LA clara prosa del P. Sáenz recalca en todo momento que el ambiguo y prestigioso rótulo de "Renacimiento" se refiere en un principio a la nueva germinación de algunas perspectivas paganas utilizadas como ariete cultural contra la cristiandad y la Iglesia. Semejante título no lo pusieron los actores primeros, quienes estaban lejos de ser espiritualmente "renacentistas", sino ideólogos posteriores, con el objetivo de equiparar el cristianismo, medieval o no, con una época de muerte y de tinieblas.

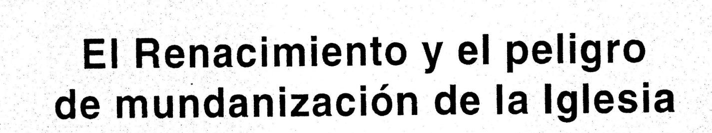
El mejor mundo grecolatino es irreemplazable en cuanto orden natural de la inteligencia cultivada para recibir la Fe. La gracia corona la naturaleza –en este caso, la naturaleza de la cultura–, pero no la suprime, así que todo moderno y necesariamente futuro perfeccionamiento cristiano o nueva evangelización debe darse desde fuentes intelectuales similares a las comentadas en este libro.

OCTAVIO A. SEQUEIROS
Del Prólogo

N 950-9674-71-0

Alfredo Sáenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES


El Renacimiento y el peligro de mundanización de la Iglesia

Alfredo Sáenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

El Renacimiento y el peligro de mundanización de la Iglesia

EDICIONES GLADIUS
2004



LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

Tomo 1. PRIMERA TEMPESTAD
La Sinagoga y la Iglesia primitiva
SEGUNDA TEMPESTAD
Las persecuciones del Imperio Romano
TERCERA TEMPESTAD
El Arrianismo

Tomo 2. CUARTA TEMPESTAD
Las Invasiones de los Bárbaros

Tomo 3. QUINTA TEMPESTAD
La Embestida del Islam

Tomo 4. SEXTA TEMPESTAD
La Querella de las Investiduras
SÉPTIMA TEMPESTAD
La Herejía de los Cátaros

Tomo 5. OCTAVA TEMPESTAD
El Renacimiento y el peligro de mundanización de la Iglesia

Imagen de portada

Dante Alighieri, de Luca Signorelli
Fresco (detalle), Capilla de San Brizio, Duomo, Orvieto

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Con las debidas licencias

Sáenz, Alfredo
La Nave y las Tempestades. El Renacimiento y el peligro de mundanización de la Iglesia –1ª ed.– Buenos Aires, Gladius, 2004
224 p., 18 x 11 cm. (La Nave y las Tempestades V)
ISBN 950-9674-71-0
1. Historia de la Iglesia. I. Título
CDD 270

Fecha de catalogación: 28-10-04

Índice

Muchas son las olas que nos ponen en peligro, y graves tempestades nos amenazan; sin embargo, no tememos ser sumergidos porque permanecemos firmes sobre la roca. Aun cuando el mar se desate, no romperá la roca; aunque se levanten las olas, no podrán hundir la nave de Jesús.

San Juan Crisóstomo, Hom. antes de partir al exilio, 1-3: PG 52, 427-430

Prólogo

Atrapado con salida

El Padre Alfredo Sáenz nos sumerge en la tempestad del llamado Renacimiento occidental –tema por demás complejo–, mediante una síntesis especialmente cordial y matizada que, como los otros tomos de esta colección, responde a una exigencia de los fieles amigos interesados en la historia de la Iglesia.

En esa época (aproximadamente a partir de 1400) por motivos diversos, la Divina Providencia incluida, los dirigentes de nuestra sociedad interpretaron la antigüedad greco-romana desde nuevas perspectivas; "una nueva imagen de la antigüedad" dicen hoy los estudiosos. Y por cierto que cada época tiene una, particular e irrepetible; en este caso surgió el deseo de entender y gustar la cultura gentil superior como una culminación estética, filosófica y literaria independiente o, por lo menos, armonizable con la Revelación. Sin duda

todo ello se fundaba en los concretos estudios de las fuentes antiguas, con método y un rigor peculiar que revolucionó prontamente el mundo intelectual y la posteridad.

Para los fieles cristianos la relación con el mundo gentil, específicamente Grecia y Roma, fue motivo de permanente reconsideración. Desde los primeros siglos la Iglesia había destacado la necesidad de la mejor cultura pagana para el sustento intelectual de la Fe, lo mismo que repite en estos últimos tiempos una famosa Constitución Apostólica de título nada ingenuo: nada menos que *Veterum Sapientia*, "Sabiduría de los Antiguos", proclamada con toda intención y a todo trapo en San Pedro como pauta directriz del último concilio aunque luego censurada de hecho, nadie lo ignora, por los encargados de una política eclesial amotinada contra los documentos "oficiales". De todos modos valga la intención, por lo menos la intención primera, pues *la Veterum Sapientia* ha repetido la enseñanza tradicional de modo llamativamente enfático; otro tanto ocurre con la *Instructio* "Sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal", documento de la Congregación para la Educación Católica del 10 de noviembre de 1989, que considera indispensable dicha cultura para acceder a la Tradición.

Es que un renacimiento de la cultura católica, incluida la inteligencia y profundización de los dogmas y misterios, no puede darse desde la Biblia, por la mera razón de que allí hay revelación, pero no el desarrollo, la promoción ni las nociones básicas de "cultura", entendida como despliegue humano autónomo [1] o si esta palabra resulta equívoca, desarrollo natural según la tendencia a su perfección. Menos puede darse un renacimiento desde el Talmud, el que ahora se autoconvoca como modelo de la humanidad y de humanismo. La Biblia contiene verdades de orden natural, racionales o "laicas" en el sentido moderno del término, y también supone la existencia y ejercicio de las virtudes, el conocimiento del mundo físico, la observación política, etc., pero lo menos que puede decirse es que sus grandes libros y sus personalidades emblemáticas no han desarrollado de modo racional, ni promovido una inteligencia o perspectiva de la Creación a partir de la "condición" humana o, si no se acepta esta terminología, desde las potencias naturales del hombre. Poco o nada de "humanismo" estrictamente hablando.

El mejor mundo grecolatino es por eso irreemplazable en cuanto orden natural de la inteligencia cultivada para recibir la Fe. La gracia corona la naturaleza –en este caso, la naturaleza de la cultura–, pero no la suprime, así que todo moderno y necesariamente futuro perfeccionamiento cristiano

1 Jaeger, W., *Paideia. Los Ideales de la Cultura Griega.*, F.C.E., México-Buenos Aires 1957, la última gran síntesis del mundo cultural griego. Ya en el prólogo explica este concepto. En la polémica de entrecasa, es decir entre católicos ortodoxos o sea creyentes, es notable el ejemplo de Alberto Caturelli, que habiendo en su juventud negado la posibilidad de un humanismo cristiano, luego cambió de opinión y reconoció la autonomía, relativa y en su orden, del ámbito humano. Lo cuenta él mismo en un libro encantador y frontal, de reciente publicación: *La Historia Interior*, Gladius, Buenos Aires 2004, p.73.

o nueva evangelización debe darse desde fuentes intelectuales similares a las comentadas en este libro. "¿Quién nos liberará de los clásicos?", se preguntan irónicamente los eruditos. Respuesta: nadie, si queremos desarrollar las potencias humanas, porque todos sabemos que los muertos mandan, incluso los santos y también la historia. La cultura no está por descubrirse –famosa expresión de León XIII– y no la descubrirán los curas tercermundistas, los indigenistas, orientalistas, los antropólogos, los arqueólogos, los pedagogos de Flacso, ni la teología de la liberación o cualquier otra similar, por esta sencilla razón: no existen otras "fuentes" culturales capaces de funcionar como viagra espiritual que se aproximen a las grecolatinas.

Distinciones

Dejo pues ese tema, que no es ahora el nuestro, y trataré de responder a la sugerencia del P. Sáenz: referirme a las influencias actuales del llamado Renacimiento y al antropocentrismo que muchos equiparan a la "paganización" de las costumbres. Ciertamente debo aquí realizar algunas elementales distinciones.

a) Los cristianos no necesitaban del "Renacimiento" para corromperse: se corrompían, nos corrompemos y corromperemos solos, sin necesidad de refinarnos leyendo a Petronio, a Plauto, a los sofistas, la comedia, los cínicos y la lírica más o menos depravada o erótica. Más aún: los textos me-

nos moralistas de la antigüedad son una lección de fundamentalismo puritano frente a las lecturas o, mejor dicho, los espectáculos actuales, interactuados además, con participación o experiencia intertextual como el *Ulises* de Joyce.

b) "Pagano" no es sinónimo de inmoral y mundano, ni "cristiano" de moral y beatífico, salvo que recurramos a una arbitrariedad desaforada. El sol, la luna y la depravación salen para todos, cualquiera sean sus convicciones. Salviano de Marsella [2] buen conocedor de las gentes de su tiempo, sostiene que nuestros correligionarios superaban a los paganos en libertinaje. Sírvanos de consuelo.

San Agustín, que le carga la romana a los romanos por sus vicios carnales, violencia, licencias, avaricia, etc., sin embargo les reconoce virtudes que ojalá tuvieran las naciones o estados cristianos, empezando por la Argentina.

c) "Pagano" en su sentido originario designa las gentes del pago, de la aldea o el campo, que fueron los últimos en recibir la Revelación, pues los apóstoles, incluido San Pablo, comenzaron por casa, es decir, por los asentamientos judíos en las ciudades. Luego "pagano" se aplicó a los gentiles en general, y tomó un sentido religioso y moralmente peyorativo, identificándose con conductas depravadas y creencias idolátricas. La palabra "pagani-

2 Ponferrada, G. E. *Salviano de Marsella, Maestro de Obispos*. Fundación Santa Ana, La Plata 2001, p.15 y 26. A diferencia de San Agustín, su contemporáneo, juzga que las desgracias del mundo cristiano son fruto de su propia infidelidad.

zación" es, en consecuencia, de por sí ambigua y suele utilizarse para travestir las lacras actuales descargando la culpa ladinamente sobre aquellos gentiles indefensos.

Los gentiles o paganos no esperaron al Mesías y, en consecuencia, no predominó entre ellos ni la utopía ni lo que ahora llamamos mesianismo, especialmente en Grecia y Roma, nuestras hermanas mayores en este aspecto de la Fe y la Tradición. Por ello la actual procacidad de las costumbres, promocionada por el "mundo del espíritu", del espíritu del dinero y del mal Espíritu, sólo se encuentra de modo muy incipiente en algunas épocas de la Roma cristiana renacentista, tal como la describe el P. Sáenz.

Ante todo hoy: 1) ha desaparecido la búsqueda de la belleza y las proporciones humanas; 2) también desapareció la admiración por la antigüedad pagana o por cualquiera, a lo que me referiré luego; 3) ha muerto la muerte de Dios, reemplazada como ideología general por un gnosticismo satanista –payasesco o no, o los dos a la vez –, tanto en el mundo "laico" como en el eclesial; 4) predomina un mesianismo antipagano, progresivamente irracional de origen bíblico travestido por la gnosis, el Talmud y la Cábala, en complicidad con las verdades católicas enloquecidas de que habla Chesterton. 5) la Iglesia heredó, como mal muy menor, un boato y fastuosidad algo folclóricas, ha mucho inapropiadas para la "sensibilidad" contemporánea y chocantes aun para los más fieles como Castellani; por algo los últimos Papas han tratado de atenuar esta impresión.

La clara prosa de nuestro autor recalca en todo momento que el ambiguo y prestigioso rótulo de "Renacimiento" se refiere en un principio a la nueva germinación de algunas perspectivas paganas utilizadas como ariete cultural contra la cristiandad y la Iglesia. Semejante título no lo pusieron los actores primeros, quienes, estaban lejos de ser espiritualmente "renacentistas", sino ideólogos posteriores, con el objetivo de equiparar el cristianismo, medieval o no, con una época de muerte y de tinieblas.

Más aún, aunque nos disguste, se trató de todo un acierto lingüístico pues el menú de expresiones como "renacimiento", edad oscura, tinieblas, etc. expresa elocuentemente: 1) la ruptura decisiva con la tradición cristiana; 2) la disconformidad con la conversión de los gentiles (¿para qué se iban a convertir si tenían ofertas mejores como Yahvé, Abraham y hasta Judas, el único nacionalista irreprochable del universo?); 3) una repugnancia a la historia concreta de los pueblos gentiles conversos, repugnancia de por sí inherente a todo progresismo.

Insistamos aquí en el segundo aspecto, a menudo ausente con aviso en los estudios sobre nuestro tema, pero que suele ser agudamente destacado por los estudiosos hebreos del primitivo cristianismo: nos aseguran que la traición de algunos caudillos judíos, en particular Pablo de Tarso, los llevó a aliarse con el imperio romano en contra de su patria y posibilitó la cristianización o "conversión" de los pueblos gentiles para humillación de Israel. Nótese este vigoroso impulso antipagano y antirro-

mano de tantos "renacentistas" contemporáneos. Aquí estaría, para ellos y ahora para todos los "intelectuales", uno de los motivos más profundos de la muerte cultural y espiritual contenida ya en la raíz de la Cristiandad que culminó en la llamada Edad Media y que el Renacimiento habría venido a remediar de raíz.

d) A esta altura resulta evidente que ha caído otro pilar interreligioso del humanismo renacentista: en este ámbito la "Tradición judeo-cristiana" es un mito sentimental para consumo de muchos cristianos y poquísimos judíos, como dice el norteamericano Joe Sobran [3]. Numerosos pensadores hebreos han advertido, con todo acierto y franqueza, sobre los límites y limitaciones de la posible judeocristiandad. Nuestros cofrades eclesiásticos más o menos globalizadores quedaron en este asunto pedaleando en el aire, de modo que para continuar su proyecto político-religioso se verán obligados a profundizar su discurso acercándose o asimilándose a ese judaísmo supuestamente originario.

Sea como sea, el rótulo de "Renacimiento" se impuso, pero ahora queda chico: en efecto, ya antes del nihilismo dichos "intelectuales" tuvieron pretensiones de un nacimiento absoluto, sin "re" y sin antigüedad pagana; en estos días se autodenominan pretensiosamente "hombre moderno o

3 Sobran es un conocido ensayista norteamericano, especialmente agudo y franco en el análisis de esta relación. Últimamente vale la pena leer, aunque no coincida con San Agustín, *The Jewish Faction*, mayo de 2004, consultable "http://www.sobran.com/articles/faction.shtml".

posmoderno", porque "hombre nuevo" recuerda a San Pablo y conserva el inolvidable, para ellos, sabor de los fascismos y del antisemitismo religioso del Nuevo Testamento.

Este nacimiento absoluto cultural no fue por cierto el de los Padres de la Iglesia: "Por lo tanto las conquistas y la grandeza de la cultura clásica no constituyeron, para los Padres, un punto de llegada y un límite para el esfuerzo del espíritu humano; ni ellos afirmaron jamás que la idea cristiana hubiera de considerarse como un inicio en sentido absoluto, aunque sí como un precioso divino fermento..." [4].

e) La admiración por la Antigüedad grecolatina está tan muerta como Dios en la cabeza de los intelectuales del momento, sean laicos o curas, para lo cual basta analizar los programas de las respectivas casas de estudio. En este sentido no parece haber peligro alguno de algún rebrote entusiasta e interreligioso, al modo del Renacimiento en su vertiente antieclesial.

Sin duda jamás existieron tantas publicaciones especializadas, editoriales, revistas, congresos, etc., pero se trata más de un "*country* académico", como se lo ha denominado, y para nada de un impulso espiritual análogo al renacentista que conmovió toda la aristocracia. Ahora el enfrentamiento absorbente se da entre "humanismo clásico y progreso técnico científico, entre valores literarios y eficiencia

4 Iaconelli, Roberto, "«Humanitas» classica «praenuntia Aurora» all'insegnamento dei Patri" en *Lo Studio dei Padri della Chiesa Oggi*, LAS, Roma 1991, p.113.

industrial" [5], donde queda poco o ningún lugar para la educación humanista, ni siquiera de la población superior. Eso no impide que como Lenin, "helenista y latinista muy aceptable" [6], un dirigente y hasta un prelado, puedan instrumentar su formación clásica para promoción personal.

Entre los pocos admiradores del paganismo que conozco está precisamente el P. Sáenz, pero se trata del paganismo superior, iluminado además y asumido por la Revelación, en el sendero de San Agustín, Sto. Tomás y la Tradición de la Iglesia aludida en las primeras líneas. Se lo están haciendo pagar.

f) Precisemos: la palabra "Renacimiento" corresponde a la perspectiva y a la lingüística del progresismo liberal; ahora bien esos padres liberales procrearon hijos "comunistas", según observaba Dostoiewski, y éstos, a su vez, han engendrado nietos globalizadores siempre bien pagos por el "imperialismo mundial del dinero" (Pío XI) o la Gran Finanza. En fin cualquiera sea el ADN espiritual o cuadro genealógico de nuestros intelectuales y dominadores, lo cierto es que, como dijimos, el liberalismo re-nacentista les resulta insuficiente e insoportable. Incluso el concepto, idea, ideología o sentimiento del Hombre como objeto esperanzado de la cultura

5 Felici, Sergio, "Rilevanza degli Studi Filologici e letterari nell'approccio ai Patri" en *Lo Studio dei Padri della Chiesa Oggi*, LAS, Roma 1991, p.141.

6 Dubuisson, Michel, "Reflexions sur l'actualité de l'antiquité gréco-romaine" en *Histoire de l'Antiquité*. Liège, 2001. Trabajo con amplia bibliografía sobre el humanismo liberal, nazi, comunista y de la nueva derecha.

y la vida social que nos vende la propaganda masiva ha desaparecido del pensamiento contemporáneo, donde la "crisis del humanismo" llena bibliotecas. En este sentido la definición de Sartre ("el infierno son los otros") expresa inmejorablemente, desde el punto de vista teológico, la culminación del esfuerzo humanista.

Es cierto, como surge de la síntesis esclarecedora del P. Sáenz, que a partir de cierta época, el Renacimiento "italiano" se europeíza y, aunque conserva cierta máscara cristiana y católica, constituye un impulso profundamente secularizador. De allí en adelante, la ilusión del Hombre con mayúscula y su genio autónomo proporciona los fundamentos espirituales del "optimismo" humanista.

Optimismo es una categoría psicológica que se usa generalmente como eufemismo para escamotear la palabra "utopía", ese neologismo que concentra toda la modernidad, acuñado por el mártir católico Tomás Moro en 1516. El hombre es un ser complicado de tal modo que uno puede ser mártir, erudito renacentista, político inglés y lingüista revolucionario, todo al mismo tiempo; seguramente Dios sabrá discriminar.

Los fundamentos intelectuales de este humanismo siguen vigentes ahora y de ningún modo podrían nutrirse ante todo en la carne y las protuberancias celulíticas de su plástica o de alguna literatura equívoca, sino en el impulso espiritual de otro renacimiento. Si se me permite usar de nuevo la imagen, se trata de la resurrección de la gnosis, la Cábala y en especial, del Zohar: en efecto, al final

de la Edad Media renace este panteísmo inmanentista y su Hombre como divinidad específica y "real". Aunque expresada en lenguaje iniciático y oscuro, esta doctrina esotérica pretende completar la revelación del Antiguo Testamento; ya por esa época era imprescindible corregir a su Dios antisemita: recordemos que Yahvé era asimilado al demiurgo perverso que había dispersado y sumergido en la esclavitud al pueblo de su elección. Esta concepción crítica, digamos, del Dios Padre bíblico (y de todos los padres) continúa hoy: nos topamos a cada rato con un Yahvé perverso, una especie de Hitler espiritual para consumo de intelectuales y escándalo de los rabinos, como modelo permanente de todo antijudaísmo, incluido el antijudaísmo cristiano.

Semejante concepción implicaba y exigía una reinterpretación de los textos sagrados empezando por el Pentateuco y es el secreto o no tan secreto motor ideológico de muchas exégesis actuales, eclesiásticas *et alia*. La literatura italiana, en ese momento la más prestigiosa, está inficionada de tales ideas desde fines del XIII, por lo menos cuando Federico de Hohenstaufen hizo traducir a Averroes y Maimónides.

Uno de los ejemplares más famosos, Pico della Mirandola (1463-1494), eligió un título con vistas al Concilio Vaticano II, según el P. Henri de Lubac: *Sobre la dignidad del hombre* [7], tema mucho antes

7 Cf. De Lubac, H., *L'alba incompiuta del Rinascimento. Pico della Mirandola*, Jaca Book, Milano 1977, donde el autor es presentado como el padre indiscutido de la "Nueva Teología", aunque en realidad tiene mucha competencia.

desarrollado por los Santos Padres desde una perspectiva cristiana. Della Mirandola en cambio mistifica el asunto con símbolos, alegorías, figuras herméticas, cabalísticas, etc. y pretende así darnos la clave de los misterios esotéricos que se esconderían tras la letra de la Biblia.

Si Ud. no me cree, puede consultar a una persona infinitamente más autorizada: Bernard Lazare, ateo, sionista, banquero y humanista, quien concluye, –a partir de estas mismas fuentes y otras mejores– que fueron los hebreos de la Cábala quienes crearon la exégesis bíblica protestante hoy globalizada [8]. Para estos intelectuales, en el peor sentido del término, la exégesis más correcta es la que ostenta mayor conocimiento de las lenguas y de datos eruditos, pues su "ciencia" repudia la autoridad de la Iglesia. Todo depende de la conciencia individual o genérica y su infinita arbitrariedad, siguiendo la tesis gnóstica de que la voz de la conciencia da en el clavo, porque es la voz de Dios en conexión directa con la chispa divina que llevamos dentro, o sea, en síntesis, con cada uno de nosotros.

Pero sin meternos en esas honduras, cuando Ud. entre en un museo de Bellas Artes renacentista se quedará en ayunas si no se aviva de que "estos cuadros fueron pintados por iniciados; por tanto requieren una iniciación" como dice Edgard Wind [9] en un libro de estética que afronta el contenido

8 Lazare, B., *El Antisemitismo, su historia y sus causas.*, La Bastilla, Buenos Aires 1974, p.116 ss.

9 Wind, Edgard, *Los Misterios Paganos del Renacimiento*, Barral, Barcelona 1972, p.24.

espiritual de las obras; así pues, allí nos recuerda la doctrina esotérica-sociológica de Pico della Mirandola, hoy vigente en periódicos, universidades y seminarios sobre la diferencia entre los hombres de la cultura, los mencionados intelectuales, seres iluminados e inteligentes por un lado, y por otro, allá abajo, la piedad popular, superstición de los brutos y tradicionalistas: "los sastres, cocineros, carniceros, pastores, criados y sirvientas, a todos los cuales les fue dada la ley escrita", en referencia a los mandamientos de Moisés. Los intelectuales, pues recibieron leyes esotéricas, o sea otros mandamientos, que seguramente Ud. podrá reconocer, en parte, en la famosa Cumbre de la Tierra de Río donde nos revelaron los verdaderos mandamientos supramosaicos para toda la humanidad.

Sigamos a Wind: "El pensamiento cabalístico y la imaginería pagana debían pues, de acuerdo con las conclusiones de Pico, convertirse en nuevas herramientas de la teología cristiana y debían ser utilizadas por los nuevos teólogos en su propio provecho." "La Escritura misma, en opinión de Pico, era como un sedimento superficial, una costra que tendía a endurecerse impropiamente; pero la tradición apócrifa era un pozo profundo en el que la fe en el canon debe ser refrescada y alimentada" (p.31). Y no seguimos, porque me lo prohíbe el P. Sáenz y porque Ud puede hacerlo por su cuenta *aggiornando* lo más actual del Renacimiento con sólo leer el diario, o asistir a misa, y escuchar atentamente la nueva evangelización.

Etapas del Humanismo

Con posterioridad al siglo XVII nunca decayó esta ideología universal y paradigmática peculiar de las humanidades renacentistas, "clásicas" desde 1630 o sea de primera clase o categoría, lo que les daba prestigio frente a los estudios cristianos. Eso sí fue desarrollándose de modo asombroso para quien ignore el vigor de los principios espirituales. Sin duda uno de los momentos dialécticos claves está constituido por Hegel, humanista indiscutido, que como un nuevo dios providente revela el supuesto decurso de la historia, su sentido y evolución posterior, en cuya culminación estaría aquel Hombre humanista, el hombre omega de nuestros progresistas, como conciencia de la humanidad organizada políticamente, y (no hace falta ni mencionarlo) con un gobierno mundial del palo, porque siempre hay que darle al César lo que es de él.

Pero también Hegel se queda atrás pues, en su opinión, todavía la cultura griega sigue constituyendo la fuente espiritual y el cristianismo de la Iglesia un escalón positivo, si bien definitivamente superado por la revolución religiosa protestante que sustenta su Estado. En realidad sólo el arte griego continúa siendo ejemplar pues, siguiendo a Schiller, Hegel nos anuncia ya una época en que no añoraremos a los griegos [10]. En ese ecumenismo estamos.

10 Cf. Müller, Reimer, "Hegel, Marx über die Antike Kultur", *Philologus*, Zeitshrift für klassische Philologie, T. 116, FET I, 1972. El autor es un marxista sentimental iluso del futuro humanismo socialista.

Siguieron luego muchos movimientos y filósofos, todos descendientes del humanismo renacentista y deudores más o menos agradecidos del genial teutón, pero entre ellos es imprescindible acordarnos de Nietzsche y Marx.

Nietzsche, que renovó los estudios clásicos, tiene el mérito inmenso de haber erradicado al cristianismo de este esquema ideológico, clarificando los tantos. Su actitud es tan valiosa como la actual decisión de suprimir el cristianismo en la constitución europea, puesto que elimina las confusiones, las hipocresías y los acomodos o *ralliements*. En Nietzsche el esquema ideológico renacentista adquiere una coherencia arrolladora y definitiva, con vigor expresivo y espiritual tan eficiente que se impone a la llamada conciencia contemporánea. Otro de sus grandes méritos, realmente providencial, consiste en haber definido la evolución moral e intelectual de la Cristiandad como un proceso de reabsorción en el judaísmo primitivo y final: el cristianismo, nos dice, salió del judaísmo y vuelve a él. Recuérdese lo dicho poco más arriba sobre Pablo de Tarso, dentro de este esquema ideológico.

En cuanto a Marx, él también era un humanista, especializado en Demócrito y Epicuro, con tesis doctoral sobre el concepto de naturaleza en ambos. Más sentimental y romántico y por eso más "cristiano" que Nietzsche, acepta la perspectiva favorable que Hegel concede al cristianismo en la evolución de la humanidad, pero carga su ideología con una mística utópica y revolucionaria, que de hecho arrasa con los detritos anacrónicos de su propio

pensamiento. Por otra parte –no lo olvidemos– ya en su juventud Marx nos comienza a deleitar con encantadores poemas donde se consagra devotamente a Satán, y prolonga así la nueva piedad –la *devotio* moderna del humanismo en sentido estricto– revelándonos el futuro del mundo y el meollo de su sistema personal.

¿Paganización?... ¡Ojalá!

San Agustín, ante el saqueo de Roma en el 410 por Alarico, repensó con especial vigor la cultura grecorromana y les dio a los cristianos esa "nueva imagen de la antigüedad" de que hablamos antes. La perspectiva polémica no le impidió reconocer la grandeza de sus cumbres espirituales que lo llevaron a la conversión y también de las virtudes morales que nos vendría bien recuperar.

De entre ellas la más importante, la decisiva, reside en el afán de gloria u honor humano, es decir de la buena opinión de los ciudadanos superiores lograda no por cualquiera y cualquier medio, sino por caudillos con afán de grandeza. "Porque los malos ni siquiera la tenían, aun cuando ambicionaban el honor; pero lo hacían valiéndose de malas artes, es decir astucias engañosas" [11]. Luego los escolásticos, concretamente Sto. Tomás de la mano de Aristóteles y con la mejor inspiración "re-

11 *La Ciudad de Dios*, V, 12, 3 in fine., B.AC. Madrid 1977.

nacentista" o "humanística", redescubrirán esta virtud superior llamándola magnanimidad.

Obsérvese que este tipo de gloria "puramente" humana pudo compensar incluso el pecado de idolatría, más aún: la impiedad por excelencia del satanismo, lo que parece de especial importancia en estos días, cuando Satán es motivo de culto, sacrificios y literatura públicos; no nos vendría mal a nosotros, y menos a los italianos, un "cacho" de este humanismo pagano: léase el *Corriere della Sera* del 6-VI-2004 y días subsiguientes donde el satanismo y los crímenes rituales resultan practicados por la juventud, incluidos los piadosos monaguillos y colaboradores parroquiales.

Pero, sigue Agustín. "Aquellos viejos romanos de los primeros tiempos, a juzgar por lo que la historia nos trasmite y nos encomia de ellos, no obstante seguir el rumbo de los demás países –con la única excepción del pueblo hebreo–, dando culto a los dioses falsos, inmolando víctimas no a Dios, sino a los demonios, sin embargo «estaban ávidos de alabanza y desprendidos del dinero; su ambición era una gloria elevada y una fortuna adquirida honestamente»" (Salustio, *Catilina* 6, 7). "Ésta fue su pasión más ardiente: ella fue la razón de su vivir, por ella no dudaron en entregarse a la muerte; esta sola pasión por la gloria llegó a ser tan poderosa que ahogó a todas las demás. Y como la esclavitud les parecía una ignominia, mientras que el ser dueños y señores, una gloria; todo su empeño fue desear que su patria fuera primeramente libre, y luego la dueña del mundo" [12].

12 Ibidem V, 12.

Amén de lo dicho, este párrafo contiene varios aspectos claves de su enseñanza moral: 1) la pasión no es mala de por sí, sino muy buena, en especial la pasión política, la pasión por la vida cívica que nos otorga gloria y nos aleja de Mamón, el dinero, el gran oponente del Dios verdadero; 2) la gloria es incompatible con la esclavitud, sobre todo de la esclavitud nacional; 3) en Roma esta pasión ahogó a todas las demás pasiones, mucho menos elevadas; 4) esto constituía el motor de la República, luego del Imperio y sus legiones, para la conquista del mundo; 5) sigue a Salustio en el análisis histórico, por lo cual este historiador viene a convertirse en uno de los maestros paganos de San Agustín, que también citará en este capítulo a Virgilio y Cicerón.

Eso sí, desde la perspectiva cristiana del Dios verdadero, "precisamente de aquellos que parecen realizar algún bien con vistas a la gloria humana, dice también el Señor: «ya han recibido su paga, os lo aseguro» (Mt 6, 2)". Pero esos romanos que fueron honrados y dieron su vida por la Patria –para ellos el bien absoluto– se acercan en virtud a los cristianos que en un plano superior, también deben buscar la gloria humana: "Brillen también vuestras obras ante los hombres; que vean el bien que hacéis y glorifiquen a vuestro Padre del cielo" (Mt 5, 16) [13].

13 Ibidem V, 14.

Un vicio casi virtuoso

Volviendo al orden natural, a la llamada "doctrina social", San Agustín la desarrolla en muchos pasajes, de entre los cuales elegiremos el del libro V [14]: La gloria humana nos diferencia de las bestias. Los que sólo buscan el poder, despreciando la gloria humana, superan a las fieras, ya en crueldad, ya en lujuria, como Nerón; en cambio el que busca la gloria humana "pone mucho cuidado en no desagradar a quienes juzgan la vida con equilibrio", persigue pues el poder por la *vera via* y es más útil a la ciudad terrena. Conviene aquí bajar a nuestro país cuyos pensadores constitucionales adoptaron sistemáticamente el criterio opuesto, programado por Alberdi en sus *Bases*: "la victoria nos da laureles, pero el laurel es planta estéril en América"; "desde que el heroísmo guerrero no es ya el órgano competente sino las necesidades prosaicas del comercio y de la industria", etc. En consecuencia muchas veces hemos superado a las fieras.

Dios, nos enseña *La Ciudad de Dios*, no piensa lo mismo y ha ayudado por ello a los romanos para lograr la honra "de tan grandioso imperio", porque a diferencia de pensadores refractarios a la tradición clásica, para quienes *virtutes paganorum splendida vitia* (las virtudes de los paganos son sólo magníficos vicios) Agustín en cambio reconoce valor a las virtudes romanas, aunque sean

14 Ibidem V, 19.

imperfectas, y fue su trofeo aquel imperio sin igual (*Epist.* 138, 3, 17).

Sintonice la onda actual

Démosle el gusto al P. Sáenz con un ejemplo de estos días: George Steiner, de la línea hasídica, admirador de los principios marxistas y sionistas, ahora desconsolado, pues es de los que elevan cadalsos a las conclusiones. De todos modos está de moda y tiene la inevitable promoción del *establishment* universitario, ideológico y político, al servicio del selecto club democrático que manda en este mundo. *La Nación* del 18 y 20 de junio 2004, con promoción de Vargas Llosa, lo presenta, entre otros cumplidos, como "uno de los más luminosos herederos de la tradición humanista", y realmente proyecta mucha luz sobre el asunto, porque aprovecha la tijera, que todo buen humanista tiene a mano, para recortar la historia a su gusto y seleccionar los hombres luminosos semejantes a él mismo. De un tajo liquida toda Roma y el cristianismo, considerado mera "nota al pie de página" del judaísmo, muy de acuerdo a lo ya explicado. Por lo demás la imagen de la mencionada "nota" literaria y erudita es invento de Whitehead para resaltar que toda la filosofía estará siempre en dependencia fatal de Aristóteles, de cuyo nombre y metafísica Steiner ni siquiera quiere acordarse, porque repugna a la ideología de este humanismo.

La tensión interna de Europa, nos dice, se da entre "la ciudad de Sócrates y la de Isaías", o sea

que Roma, su Vaticano y la ex Cristiandad quedan fuera de la competencia humanística cuya final se da entre griegos y judíos, mejor dicho entre iluministas y sionistas, pues aquellas personalidades prestigiosas no son sino espantapájaros eufemísticos. Ya se imagina Ud. quién sale campeón.

En cuanto a "los grandes textos", este hombre superior y elegido nos aclara que "Nuevo Testamento" es mala palabra, y tiene razón, si aceptamos su punto de vista humanístico: a la Biblia "¡nunca hay que llamarla Antiguo Testamento, expresión exclusivamente cristiana!", porque el Evangelio o Nuevo Testamento no es centro de la Revelación ni el Antiguo Testamento una sombra que adquiere sentido a la luz del Nuevo, sino que la Antigua Alianza con sus hebreos vuelve a constituir el núcleo de la humanidad, si es que los restantes hombres pertenecen a dicha corporación, lo que no siempre fue, entre ellos, una interpretación segura.

Humanismo Cristiano

Uno de los fundamentos evangélicos del humanismo cristiano, con perdón de esta expresión cada día más ambigua, reside en aquella irrepetible e indispensable "plenitud de los tiempos" (Ef 1, 10 y Gal 4, 4), por lo común presentada, amén de la inescrutable decisión divina, como una maduración del árbol genealógico de Jesús, el cual, dicho sea de paso, no está constituido por personas de humanidad siempre recomendable. Estas interpretaciones deben completarse con otras dos, a saber: 1) el creciente desquicio de la religión y de la sociedad tanto pagana como judaica (recuerde Mt 15, 3, Jn 1, 11 y el problema del Templo central en la religión hebrea, hoy con especial vigencia), o sea el progreso del mal, porque también hay una plenitud de la perversidad, mencionada sólo por Cristo y los primitivos cristianos: el hacha ya estaba puesta en la raíz (Mt 3, 10); 2) los aspectos positivos de esa "maduración" que, en lo que nos interesa, abarca desde la paz augusta hasta la gran tradición espiritual grecolatina que no puede reducirse a la filosofía, como que el mismo texto sagrado se refiere a los poetas griegos en conjunto [15].

Sinteticemos: amén del Todopoderoso, los hombres también ponían lo suyo en dicha maduración, así que lo mejor de toda la cultura pagana, particularmente la grecolatina, constituye la fuente del llamado "humanismo cristiano". Viene a ser ella el orden y la base natural de la inteligencia, sin la cual la Fe suele caer en el pietismo o la degradación. Por eso el P. Sáenz se ha referido a los diversos y necesarios "renacimientos" cristianos y ha comenzado su libro con este asunto.

Jesucristo no era precisamente un humanista convencido al estilo Hegel, y al comienzo de su vida pública (Jn 2, 23-25), el momento más oportuno para valorar al Hombre pues había llegado la plenitud de su desarrollo, se permitió hacerlo sin

15 Cf. lo dicho en el prólogo a *Las Invasiones Bárbaras* de esta misma colección.

concesiones: poco después de fabricar un elemento de tortura, de intervenir en el libre mercado y de azotar a varios no tan prójimos, atrajo a muchos otros con sus milagros, "pero personalmente (autós) Jesús no se confiaba a ellos, por conocerlos a todos y porque no tenía necesidad de que alguien testimoniase sobre el hombre, pues Él conocía lo que había en el hombre". De inmediato Cristo habla precisamente del re-nacimiento, lo que los exégetas humanistas suelen olvidar, del nacimiento "desde arriba" o "de nuevo" *(ánoothen)* con doble sentido intencional según Zerwick [16] y otros; sin duda Dios también tenía presente a los renacentistas *strictu sensu*, pero que de esas teologías se ocupe el P. Sáenz.

Detengámonos en Juan 23-25. Dos veces emplea el verbo *gignóoskein* que, a diferencia de *oîda*, implica ya en el mejor griego clásico la adquisición del conocimiento por una experiencia, una relación entre el sujeto cognoscente y el objeto exterior que él conoce... etc., según I. de la Potterie [17]. Este notable exégeta, recientemente fallecido, el capo católico de los estudios sobre San Juan, suele ostentar el prestigioso desprecio por la metafísica característico del gremio y por eso se muestra incómodo al interpretar estos versículos complejos donde es-

16 Zerwick, Max, S. I., *Analysis Philologica Novi Testamenti Graeci*, Scripta Pontifici Instituti Biblici, Romae 1960, p.215. Se trata del mataburros católico oficial para todo el que tenga algún interés en aproximarse al texto del Nuevo Testamento.

17 De la Potterie I.: La *Verdad de Jesús - Estudios de Cristología Joánica.*, BAC, Madrid 1979, p.284 ss.

tán en juego los dos tipos de conocimientos, humano y divino, propios de la dos naturalezas de Cristo. De todos modos termina por poner en claro que "Sin embargo para el Evangelista es evidente que Jesús poseía ese conocimiento en grado superior, porque en el v. 25 lo aplica de modo muy general" (p. 288). El v. 25 es precisamente el nuestro, pero "de modo muy general" significa, aunque a de la Potterie no le guste, que Jesús se refiere a todo el género humano.

Muchos comentaristas modernos se limitan a observaciones "estructurales", como que este pasaje sería una mera "bisagra", una "transición" o preparación, un instrumento para la escena próxima donde Cristo penetra en la mente o lee los pensamientos de Nicodemo. Así R. Bultmann, quien desmitologiza todo, menos las estructuras que le convienen, y C. H. Dodd [18]. Mucho ruido y pocas nueces. Eso de la "bisagra" es un cuento chino irracional e interesado, con un objetivo ideológico muy claro: quitarle responsabilidad a los judíos enemigos de Cristo (a los cuales apuntan específica, gramatical y teológicamente los versículos 22-25) y aplicárselos al judío favorable a Cristo, Nicodemo. Así se hace "exégesis científica" para cristianos desguasados.

En cambio el primer comentador de San Juan, Orígenes, allá en el s. III, dice que Cristo conocía

18 R. Bultmann, *Das Evangelium des Johannes*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen 1964, p.91 ss, y C.H. Dodd, *Historical Tradition in the Fourth Gospel*, Cambridge 1963, pp.234/5.

"las peores y mejores potencias que van a actuar en los hombres", especialmente si uno le da "lugar al demonio" (cita de Ef 4, 27) como Judas, modelo, agreguemos, de estos hombres y de todos nosotros (Origène, *Commentaire sur Saint Jean*, Éd. du Cerf, Paris 1970, T. II, p.579).

Sto. Tomás [19], como era previsible, va a fondo en pocas líneas. Siguiendo a Crisógono y Agustín, destaca el perfecto conocimiento de N. S. J. C. sobre el hombre en general y en particular *"cognitio Christi universalis" "quia intuetur cor" "id est, oculta cordis"*: el conocimiento de Cristo [es] universal "porque examina el corazón" "es decir lo oculto del corazón". Por si hubiera alguna duda respecto de las intenciones y la probable residencia final de sus escuchas en nuestros versículos, la despeja con esta implacable cita bíblica: *Prov XV, II: "infernum et perditio coram Domino"*, o sea "el infierno y la perdición [están] a la vista del Señor", y uno pensaba que eran inventos medievales... [20]

19 *Super Evangelium S. Johannis*, Marietti, Roma 1952, p.87, nº 420/422.

20 El último grito de la exégesis en lengua castellana es AAVV, *Comentario Bíblico Internacional*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2000, p.1333. Allí Teresa Okure, muy edulcorada en comparación con Sto Tomás: "Jesús no se dejaba engañar por la manifestación externa de la fe en sus «signos». En Jerusalén las gentes [que no eran los gentiles o paganos, me permito la odiosa aclaración] «creyeron» en él debido a los «signos» que vieron, pero su fe no era suficientemente profunda, porque no estaba basada en un verdadero conocimiento de Jesús y su Misión"; en fin, "acríticamente", como dicen los críticos, también acepta la "bisagra".

El mejor "experto en humanidad"

Las palabras citadas son de lo más antihumanistas y "pesimistas" que se pueda imaginar, al extremo de que Mons. Juan Straubinger creyó necesario darnos un poco de tranquilidad con una oportuna nota sobre el pecado original en su traducción de la Biblia [21].

El pasaje de temática similar, Lucas 16, 14 ss. es aún peor. Cristo acaba de exponer la complicada parábola del administrador infiel que termina con el pasaje tan ejemplificado por el Tnte. Coronel Santiago Alonso sobre la imposibilidad de servir a Dios y a Mamón: "Oían estas cosas los fariseos que son avaros y se mofaban de Él" [fruncían la nariz de risa, *ecsemyktéerizon*, un verbo "antisemita" a criterio de los exégetas, o por lo menos antifarisaico]. Y les dijo: vosotros os justificáis frente a los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones: porque lo que entre los hombres es elevado, es abominable ante Dios"; viene a continuación una advertencia para biblistas con el diálogo entre el rico (que desde los tormentos infernales se preocupa por su humanidad y la de sus prójimos) y el buen Abraham, incapaz de dar soluciones misericordiosas frente a ese abismo que discrimina, en el otro mundo, a los habitantes del cielo y del infierno; de todos modos el Patriarca pone lo suyo y se niega rotundamente, esta vez *motu propio*, a enviar a Lázaro a la tierra en misión humanitaria.

21 Reeditada por Fundación Santa Ana, La Plata 2001.

Se me ha objetado que ambos pasajes, especialmente el segundo, se refieren a fariseos y judíos, no a gentiles, pero un sano diálogo interreligioso y la aplicación general del mismo texto ("el hombre", "los hombres") aconseja no volvernos fariseos y aplicar estos pasajes a los humanos de toda raza, color, ideología, pecado y religión. Cristo había experimentado en su propia alma la perversidad de los fariseos –la famosa "subjetividad" de Kirkegaard y Castellani– y sacó las conclusiones objetivas universales que desgraciadamente comprometen a todos. Nos desenmascaró como humanistas espurios, y lo hizo especialmente en cuanto encarnado, o sea en ejercicio de su naturaleza humana, en fin, en cuanto humanista o "experto en humanidad", digamos, en el mejor sentido del término, recalcando estilísticamente esta circunstancia, porque el *autòs* cômentado jamás puede referirse a la segunda persona de la Sma Trinidad.

Sin embargo mis objetores romanófilos tienen razón al señalar que tiempo después se maravilló Cristo, a pesar de su ciencia y la experiencia recién comentada, ante un militar del Imperio por una fe "que no he hallado en Israel" (Lc 7, 9 y Mt 8, 10). Mateo, que escribía para israelitas, aprovecha la oportunidad para pasarles la boleta, advirtiéndoles que a diferencia de los gentiles "los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes". El centurión es también presagio y primicia de la conversión del Imperio, el que por otra parte cumplía en Israel esa misión humanística tan alabada por San

Agustín: a pedido de los dirigentes judíos [22], la República romana intervino militar y políticamente en Israel para impedir que los partos los masacraran y, de paso, para cobrarse sus tributos. Roma evitó pues providencialmente el holocausto o un segundo exilio, pues los partos eran expertos en cortar cabezas y por algo, según cuenta también Flavio Josefo en el Libro I de *La Guerra de los Judíos*, el rey Herodes peregrinó hasta Roma a suplicar nuevamente la ayuda del maldito imperialismo, unos cuarenta años antes de nacer el Mesías.

Las observaciones hechas de pasada bastan para que este exiguo regreso a las fuentes nos arraigue en el realismo sacro y "laico", desarrollado por la mejor doctrina de la Iglesia, vacunándonos contra las utopías y desatinos antiguos o modernos sobre cuyos orígenes históricos principales el P. Sáenz nos previene especialmente en estas páginas tan amables y aparentemente sencillas gracias al hábito –a veces malsano– de ocultar su erudición y su persona.

Octávio A. Sequeiros

22 Grant, Michael: *The Jews in the Roman World.* New York, Barnes & Noble, 1995. Los acuerdos empezaron con los nacionalistas macabeos: en Grant se transcribe la versión romana de la declaración de amistad entre Judas Macabeo y Roma en el 161 a. C (p. 29 y 53), que fue censurada y en consecuencia omitida nacionalísticamente en la Misnah judía. Israel se los veía venir a los Partos de nuevo allá por el 66 a C. En p. 65. Grant explica la grave situación del país al que los mismos partos ya le habían mutilado el candidato a sumo sacerdote, Juan Hircano II, impidiéndole así asumir ese cargo, además se lo habían llevado a Parthia, y sostenían a los asmodianos, una disnastía anti-romana. A su vez la República había experimentado en Carrhas –año 53 a.C.– una derrota feroz frente a estos asiáticos y la alianza le venía de perillas.

OCTAVA TEMPESTAD

EL RENACIMIENTO Y EL PELIGRO DE MUNDANIZACIÓN DE LA IGLESIA

TRAS haber considerado algunas de las tempestades que sacudieron el edificio de la Cristiandad medieval –la querella de las investiduras y el grave conflicto de la herejía cátara–, entremos ahora en otro período de la historia, el del Renacimiento, durante el cual aparecieron nuevos y espesos nubarrones que amenazaron con zarandear una vez más la nave de Pedro. Digamos ante todo que la idea de considerar el Renacimiento como si se tratase de un "bloque ideológico" es un mito creado por escritores de la segunda mitad del siglo XIX. Ni siquiera los humanistas que vivieron durante el siglo XV, salvo excepciones, tuvieron la idea de que estaban protagonizando un "Renacimiento" de la cultura. La apreciación de estos últimos no estaba lejos de la verdad. El humanismo no debía renacer sino, en todo caso, reavivarse, como enseguida lo explicaremos mejor. La cultura cristiana no había muerto, como para que pudiese volver a nacer. Sólo necesitaba de algún estímulo

para florecer en belleza. La palabra misma de "humanismo" proviene de Francia, si bien fue importada quizás de Alemania, a fines del siglo XIX, donde se hablaba de *Aufklärung*. El diccionario Larousse de 1973, que la califica de "neologismo", dice que significa "deificación de la Humanidad". Desde que empezó a emplearse se le dio un sentido histórico para expresar la corriente humanística literaria de los clasicistas del siglo XVI, y, en general, del Renacimiento grecorromano.

Otra acotación preliminar. Cuando se habla de "hombres del Renacimiento"; se piensa casi siempre en los que vivían en Italia, porque si bien el Renacimiento fue un fenómeno europeo, no hay duda que fue en Italia donde se desarrolló antes que en las demás naciones. Se suele imaginar al pueblo italiano del siglo XV como el más ajeno a la mentalidad medieval; el más irreligioso e indiferente de Europa, en lo cual evidentemente se exagera.

I. La Antigüedad cristiana y su aprecio por el clasicismo greco-romano

Lo que hoy se está conteste en llamar "Renacimiento" fue un movimiento que se manifestó en el curso de los siglos XV y XVI, que partiendo de Italia se extendió por toda Europa, señalando algo así como el fin de la Edad Media. Su propósito era restaurar las formas e ideales de la Antigüedad clásica, para lograr una renovación plena de la vida cultural y política.

Sin embargo no sería justo pensar que fue en el Renacimiento cuando se "descubrió" por primera vez el mundo grecorromano. Desde sus primeros años, el cristianismo se expresó no sólo con el lenguaje bíblico del Antiguo y del Nuevo Testamento, sino también con el ideario y hasta con el léxico de los antiguos griegos. Como bien lo ha señalado Carlos Disandro, el helenismo supuso, en relación con el cristianismo, una intrínseca capacidad de apertura, y el cristianismo supuso, frente al helenismo, un intrínseco poder de asimilación y de consumación de su itinerario cultural. San Pablo, el apóstol de los gentiles, lo entendió cabalmente. Al predicarles la Cruz a los griegos, no tenía ninguna intención de arrebatarles su cultura. Cuando pronunció su primer discurso en el Areópago de Atenas, habló no solamente en su carácter de evangelista, sino también como filósofo y literato, entreviendo un mensaje cristiano en el trasfondo de la filosofía de Platón, e incluso en la visión lírica del poeta Arato, a quien citó expresamente. Luego de afirmar que "en Dios vivimos, nos movemos y existimos", agregó: "como algunos de vuestros poetas han dicho: «Somos del linaje suyo»" (Act 17, 28). Este pasaje está tomado del poema de Arato, *Fenómenos*, que dice así: "Conocemos por Zeus, a quien jamás los humanos dejan de nombrar. Llenos están de Zeus todos los caminos, todas las asambleas de los hombres, lleno está el mar y los puertos. En todas las circunstancias, en efecto, estamos necesitados de Zeus. Pues también somos descendencia suya." Al tratar de que los atenienses se convirtiesen a la fe, el Apóstol no les ofreció

menos sabiduría, sino más sabiduría. Es claro que posteriormente debió advertir a los gentiles que a pesar de la herencia recibida, algunos de ellos "trocaron la verdad de Dios por la mentira y adoraron y sirvieron a la creatura en lugar del Creador" (Rom 1, 25), lo que merecía reproche. Pero, con todo, ello no amenguó su aprecio por el pensamiento griego. Con agudeza ha observado Spengler que no deja de resultar sintomático el hecho de que para comenzar su apostolado, no se haya dirigido San Pablo a las ciudades orientales de Edesa y Ctesifonte, sino a Corinto y Atenas. Y desde allí a Roma. Era ya bosquejar el abrazo a la gran cultura grecorromana, que haría las delicias del futuro Renacimiento.

Esta manera de ver se prolongó en la época de los Padres de la Iglesia. Es cierto que durante las dos primeras centurias de nuestra era no dejaron de experimentar algunas vacilaciones. ¿Por qué preocuparnos, se preguntaban, por la sabiduría, por la *sophia*, cuando tenemos la gracia, la *jaris*? Había una cierta sospecha cuando se pensaba en Atenas, en la filosofía, en la inteligencia que busca la felicidad en la verdad. Aun Orígenes, tan admirador de lo griego, en una de sus cartas decía: "Es dañoso para muchos tratar con los egipcios [es decir, con la ciencia pagana] después de haber profesado la ley de Dios." Particularmente Tertuliano, siempre tan tajante, no quería saber nada con la cultura griega. "¿Qué hay de común –decía– entre Atenas y Jerusalén?" Y terminó separándose de la Iglesia. Al parecer, como escribe Gilson, no se puede separar Jerusalén de Atenas sin romper con

Roma. Otros Padres de aquellos tiempos, más benevolentes con dicha cultura, no dejaron de prevenir de vez en cuando contra los extravíos religiosos y morales en que la juventud podía caer al estudiar los escritos de los griegos. Sin embargo esta posición adversa a la antigüedad fue minoritaria e inicial en la Iglesia.

Decimos minoritaria ya que dentro de esos dos primeros siglos hubo algunos Padres que miraron con mejores ojos la filosofía de los antiguos. Por ejemplo San Justino, del siglo II, que antes de hacerse cristiano se había formado en las instituciones educativas del Imperio Romano. Él mismo, relatándonos el proceso de su conversión a la Iglesia, nos dice que en sus primeros años de estudio un maestro lo inició en la sabiduría de Aristóteles, y otro lo introdujo en Platón. Sin embargo, se apresura a agregar, sólo cuando encontró la fe en Jesucristo se encontró plenamente filósofo, enamorado de la perfecta sabiduría. No tuvo, con todo, que decir: Ahora empiezo, lo de antes no me sirvió para nada, sino al revés: "Todo lo que de verdadero ha sido pronunciado por los hombres, nos pertenece como cristianos." Contemporáneo suyo fue Minucio Félix, escritor latino convertido, y autor de una de las mejores apologías del humanismo cristiano que se hayan escrito. Nos referimos a su libro *Octavius*, verdadera joya humanística, de un latín exquisito. Apasionado por la perfección literaria que tanto amaban los antiguos, Minucio Félix le posibilita al lector sentir el encanto de las maneras antiguas. Pero hemos de decir que estos dos últimos autores citados son excepcionales en aquel perío-

do. La mayor parte de los Padres se despachaba sin ambages contra la cultura griega. Tales autores, sostenía no sin sorna San Gregorio de Nazianzo, no dejaban de ser consecuentes, ya que al atacar el ideario griego estaban defendiendo su propia ignorancia y su falta de interés por ahondar en la verdad, despreocupándose así de la formación intelectual de la sociedad cristiana. A partir del siglo II la gran mayoría de los Padres, tanto orientales como occidentales, asumieron la defensa del viejo patrimonio cultural grecorromano.

Por cierto que también se hubiera podido pensar en asumir elementos de otras culturas, por ejemplo del hinduismo. Pero, como bien señala Carlos Disandro, "no es que la sabiduría de oriente sea despreciable, ni que dentro del marco universal de la historia deje de pesar con un designio providencial que se nos escapa. Es que históricamente, en ese preciso y único instante, no podía ser vehículo de algo que le era tan extraño como el cielo a la tierra. Pero precisamente porque se trataba de la unión del cielo con la tierra, sólo la inteligencia griega era capaz de expresar en una síntesis grandiosa el nuevo ciclo de la humanidad". El mismo pensador señala luego: "En todo el trayecto del espíritu griego aparece cual una constante inscripta en su ritmo más profundo la relación entre el poder especulativo de ascender a lo universal y la flexibilidad plástica y poética de inquirir lo individual, sea en la naturaleza o en el hombre. Pero es en el desarrollo intelectual de Aristóteles, magníficamente investigado por Jaeger, donde se percibe el modo de esa curva que sale de las cosas, el hom-

bre y sus creaciones, para remontarse con el empuje de un espíritu inspirado y retornar nuevamente a aquel depósito primero, inefable en su totalidad y armonía."

Tomemos algunos ejemplos de lo que nos dicen los Padres. "La filosofía de los gentiles –escribe Clemente de Alejandría– no perjudica a la vida cristiana, y la calumnian aquellos que la presentan como oficina del error y de las malas costumbres, pues fue la luz, la imagen de la verdad, y el don que Dios concedió a los griegos; la cual, muy lejos de perjudicar a la verdad con una fascinación vacía, nos proporciona más bien un nuevo baluarte de la verdad, y ayuda, como una ciencia hermana, a fundar la fe sólidamente. La Filosofía educó a los griegos, como la Ley a los judíos, para llevar a unos y a otros a Cristo." Clemente llegó a sostener que eran tres y no dos los testamentos: el testamento antiguo, el nuevo, y el testamento de la cultura griega. "Aquel, pues, que descuida la filosofía pagana –concluye–, se parece a los insensatos que quisieran cosechar racimos sin haber cultivado las viñas. Pero, por cuanto los gentiles mezclan lo verdadero con lo falso, es preciso tomar de la sabiduría de sus filósofos, con la precaución con que se cortan las rosas entre las espinas."

De manera semejante se expresaron otros Padres, ampliamente abiertos para descubrir las virtualidades de la cultura clásica. Sin dejar de reconocer los aspectos oscuros del mundo grecorromano, lograron percibir también las voces proféticas de la fe de Cristo. Sin duda que hubieran podido

hacer suyas estas palabras de Odo Casel: "En verdad, la venida del Señor ha realizado maravillosamente todo lo que la antigüedad había deseado, lo que no había podido alcanzar sino de una manera confusa, como la sombra de las cosas por venir. En efecto, el don de Cristo sobrepasa inmensamente cuanto hubieran podido esperar los hombres. Sin embargo, todo lo que de más perfecto había creado y poseído la antigüedad, estaba llamado a servir la religión del Señor." También podrían haber firmado esta convicción de Romano Guardini: "El pensamiento griego ha trabajado durante seis siglos al servicio de la historia, según la entienden San Juan y San Pablo, a fin de que esta percepción del logos estuviese pronta para cuando fuera menester anunciar el ministerio de la Persona del Señor." Por cierto que aquellos Padres sabían distinguir perfectamente los elementos cristianizables contenidos en la literatura griega, de lo pagano que en ella se encierra, quedándose sólo con lo primero. San Anfiloquio, por ejemplo, dando consejos sobre el modo de enseñar los clásicos griegos decía: "Sé prudente en el trato con ellos; recoge siempre lo bueno que tienen; huye con cautela de lo que en ellos es pernicioso; imita la prudencia de la abeja, la cual, posándose sobre todas las flores, solamente extrae de ellas los jugos dulces."

Muy ilustrativo es a este respecto el modo de proceder de *San Basilio*, obispo del siglo IV. Su incansable búsqueda de la belleza y de la verdad por todos los grandes centros de cultura de su época, su amistosa relación con los profesores paganos de Atenas, que eran dechados de erudición, estilo y

buen gusto, su cálido afecto por los amigos, su inspirada producción literaria, su estilo epistolar, su hondura teológica, su celo pastoral, su encanto personal, y sobre todo su santidad, confieren a su figura unas dimensiones que no tienen paralelo ni en el helenismo pagano ni en el humanismo renacentista.

Es cierto que Basilio no ignoraba, como tampoco Clemente y Anfiloquio, que el mundo clásico griego era pagano, y ello se reflejaba cabalmente en su literatura, según lo muestran los errores que allí se contienen, así como el concepto hedonista de la vida, la corrupción de las costumbres, el individualismo, la idolatría de la forma, en una palabra, todas las manifestaciones del hombre caído, consecuencia del pecado original. Tales deficiencias ponían en peligro la educación de la juventud cristiana. Era un riesgo real. ¿Qué hacer? ¿Cortar por lo sano, prohibiendo la lectura de los autores griegos en los institutos cristianos de enseñanza? El mismo San Basilio nos ha dejado sobre esto una notable homilía que dirige a los jóvenes bajo el título de *Discurso a los adolescentes cristianos sobre el buen uso de los clásicos gentílicos*. Allí comienza por decirles que los autores clásicos paganos han de constituir la base de su cultura literaria. Pero tienen que saber que ofrecen peligros para la fe y la moralidad, por lo que deben estar prevenidos, contrarrestando con una enseñanza y cultura intensamente cristianas el influjo maléfico que pudieran ejercer sobre sus almas. Dirigiéndose a los profesores, les señala la necesidad de apartar con cuidado los pasajes escandalosos de los antiguos escritos, que podrían hacer mal a los jóvenes, y aprovechar

lo bueno para destacar las enseñanzas y los ejemplos de virtud que vayan allí apareciendo.

Se trata de una inteligente propedéutica. "Nosotros debemos creer que una gran lucha, y la más grande de todas, nos es propuesta y que, para prepararnos a ella, debemos hacerlo todo, soportar todas las fatigas según nuestras fuerzas, frecuentar los poetas, los historiadores, los oradores, y todos los hombres que pueden ser de alguna utilidad para la cultura de nuestra alma. Así como los tintoreros por medio de ciertas manipulaciones preparan primero la tela que debe recibir el tinte y solamente entonces la bañan en la púrpura o en otro líquido, del mismo modo nosotros, si queremos que la imagen de la virtud sea imborrable en nuestras almas, nos iniciaremos en estos estudios exteriores, antes de atender a las enseñanzas sagradas y misteriosas, y después de habernos acostumbrado a ver el sol en las aguas, fijaremos nuestras miradas en la primera luz." Pero el toque de atención permanece en pie: "No hemos de tomarlo todo de los libros gentiles sin hacer diferencia, sino sólo aquello que nos haya de aprovechar, pues sería cosa fuera de razón que mientras en los alimentos corporales apartamos con cuidado lo dañoso, no tuviésemos cuenta con las lecturas, alimento del alma, antes nos endosásemos lo primero que se nos pusiera delante." Las ideas de San Basilio son algo así como la normativa pedagógica cristiana del verdadero humanismo.

De este modo se fue solucionando el dilema que inicialmente se había planteado con motivo

de la aceptación de la cultura griega, especialmente en lo que se refiere a si se debía o no emplear su literatura en la formación de los jóvenes. Una segunda crisis ocurrió, sobre todo en el mundo occidental, cuando los dirigentes de la Iglesia pensaron en la posibilidad de incorporar a la cosmovisión cristiana los elementos más rescatables de la civilización romana, como lo habían hecho con la cultura griega. Se ha dicho que si los griegos ofrecieron su "cultura", los romanos aportaron su "civilización". ¿En qué se diferencia la cultura de la civilización? En líneas generales podemos decir que la cultura es un patrimonio más bien doctrinal, una vertebración de ideas, mientras que la civilización es el fruto de un ordenamiento práctico de la vida, la instauración de un cierto entramado social. Según bien dice Gerard Walsh, en la tarea especulativa de ordenar ideas invisibles, ninguna ciudad ha tenido tantos logros como Atenas. En cambio, en el negocio práctico de ordenar las cosas visibles, el genio de Roma fue insuperable. Sin embargo no debemos exagerar esta distinción, ya que Roma conoció también una cultura propia. Sea lo que fuere, el hecho es que Dios se hizo hombre en el preciso momento en que el sistema del orden romano –la *pax augusta*– se había desposado con el patrón mental helénico, tanto que, cuando Poncio Pilatos hizo escribir en la Cruz que Cristo era rey de los judíos, ordenó que se lo hiciera en hebreo, lo cual parecía obvio, pero también en latín y en griego. Es cierto que el Imperio Romano persiguió duramente, y a lo largo de tres siglos, a la Iglesia naciente. Con todo, ese hostigamiento tan

prolongado terminó con la conversión del Imperio, entregando éste a la Iglesia lo mejor de sus valores. Si varios Padres orientales incorporaron al Evangelio la urdimbre helénica, fue mérito de los Padres latinos asumir todo lo rescatable de Roma. Entre los primeros en hacerlo se cuenta *San Ambrosio*. En él la Fe se desposó con el Foro. Cuando era todavía pagano, lo educaron con vistas a capacitarlo para la carrera administrativa imperial, llegando a ser gobernador romano de Liguria y Emilia. Entonces se convirtió, y poco después lo nombraron obispo de Milán. El mismo Gerard Walsh, al que acabamos de citar, escribe: "En él se unieron una cuidadosa educación en la sabiduría griega, una larga experiencia de los procedimientos romanos, un alto grado de encanto aristocrático, y todo esto mantenido y elevado a un nivel sobrenatural por el cristianismo del que se enamoró."

Nombremos asimismo a *San Jerónimo*. Formado desde niño en el gusto clásico, leyó asiduamente a Virgilio, Horacio y Cicerón, tanto que siendo ya anciano le brotaban espontáneamente numerosas frases de aquellas obras inmortales. Se sabe que cuando estuvo en el monasterio que fundó en Belén, al tiempo que traducía la Sagrada Escritura en lengua latina, explicaba personalmente su querido Virgilio, juntamente con historias, odas y comedias de autores antiguos, a los jóvenes cuya educación le habían confiado algunas familias del lugar.

Podemos aludir también a *Prudencio*, noble poeta español del siglo V, quien recurrió didácticamente a imágenes de la época clásica y de los mitos antiguos para expresar la lucha interior, como lo hizo en su obra *Psicomaquia*. Mucho podríamos decir asimismo de *San Agustín*, quien en sus *Confesiones* reconoce expresamente que fue un libro de Cicerón, el *Hortensio*, una especie de introducción a la filosofía, el que lo encaminó hacia el cristianismo. Y cuando en su obra *De Civitate Dei* trata de indagar la causa por la que Dios concedió al pueblo romano el dominio del mundo, tras dar por supuesto que la principal razón fue el designio del mismo Dios, que quiso servirse de aquel pueblo ecuménico para preparar el camino a la predicación universal del Evangelio, señala además como causa secundaria el haber querido premiar aquella magnanimidad que a los romanos los llevó siempre a realizar grandes empresas, y aquella persuasión que tenían de que el medio más seguro de adquirir el honor y la gloria no era otro que el aprecio y el cultivo de la virtud. Luego va pasando revista a los diversos períodos de la historia romana, trazando la semblanza de los más insignes exponentes de la antigua Roma, a quienes propone como ejemplos de heroísmo para los cristianos.

San Agustín supo aprovechar también elementos sustanciosos de la cantera griega. En su *De Civitate Dei*, refiriéndose especialmente a Platón y los platónicos, escribe: "Mientras los otros filósofos consumieron sus ingenios en la inquisición de las causas de las cosas y el modo de aprender y de vivir, éstos, habiendo conocido a Dios, descubrieron dónde podía estar realmente la causa del universo creado, la verdadera luz para percibir la verdad y la fuente para beber la felicidad. Si, pues,

los platónicos y cualquier otro filósofo de cualquier otra nación pensaban así de Dios, opinan como nosotros." Este entronque salvífico en la cultura griega lo ve expresado en aquel discurso de San Pablo en el Areópago al que aludimos más arriba: "Y hablando a los atenienses, habiendo dicho de Dios una cosa grande y que solamente por unos pocos pudo ser entendida, a saber que «en él vivimos, nos movemos y somos», añadió: «como ha dicho alguno de vosotros»." Influido más directamente por el pensamiento de Platón, poco tiempo después de su conversión escribió un breve tratado sobre la música, verdadera joya del humanismo cristiano. Dice allí que en la poesía (y no sería rebuscado aplicar estas reflexiones a la vida), debe haber música que satisfaga los sentidos, pasión que suscite nuestras emociones, contenido conceptual para dar pábulo a la mente, y todo ello debe elevarse al nivel de la plegaria. Fue Platón quien forjó la expresión "vivir musicalmente", *mousikós zen*; pero fue sin duda Agustín quien describió el significado más profundo de aquellas palabras. El obispo de Hipona admiraba a Sócrates, principalmente porque había enseñado que la verdadera sabiduría es sólo la que conduce a la bienaventuranza; en virtud de ello el pensador griego orientó toda su filosofía a corregir las costumbres, interesándose mucho menos en el estudio de las cosas físicas y naturales.

Agustín se consideraba deudor del patrimonio de Grecia y de Roma, juntando a Platón con Cicerón. La herencia griega se transfundió a través del tronco romano. "¿No fue sabio Cicerón, por el cual

la filosofía [griega] no sólo fue incoada, sino también perfeccionada en la lengua latina?", afirma, adelantándose a lo que en la época del Renacimiento diría uno de los humanistas: "La filosofía fue en otro tiempo trasladada por los griegos a Italia y aquí regada por aquel río de elocuencia." A juicio de Agustín, los latinos habían mejorado, al traducirlas, las obras de los griegos, "las aprendieron más gustosamente que las otras [lenguas] y, traduciéndolas a nuestra lengua, las hicieron más nobles y más famosas". Según el Santo Doctor, el traslado de Pablo a Roma, para que desde allí la predicación se difundiera de la cabeza del mundo a todo el orbe, no es un hecho irrelevante. Fue la providencia de Dios la que eligió a Roma para que por intermedio suyo se conociera el ideario griego, y de ese modo "nos abriera las fuentes de la filosofía [...] que ha de ser ilustrada y fomentada por nosotros". El pensamiento griego encontraba en Roma una virtud innovadora, que el cristianismo tomaría luego en sus manos. Un autor contemporáneo, refiriéndose al humanismo renacentista ha dicho que "fue romano, logrando expresar las intuición romana del mundo griego".

Dos fueron pues las "asunciones" que llevó a cabo la Iglesia en la época patrística, la de la cultura griega y la de la civilización romana. Cuando ambos procesos quedaron consumados, cuando el pensamiento griego y la ley romana fueron ya inseparables de la vida cristiana, cuando la cultura, civilización y fe cristiana formaron parte de un solo todo, el mundo del siglo IV ofreció un espectáculo de santidad, erudición y capacidad de gobierno

que nunca ha sido sobrepasada. Tal hazaña inauguró un "renacimiento" antes de tiempo, mal que les pese a los que, siglos después, se vanagloriaron de llamarse "renacentistas", como si puenteando el pasado patrístico, hubiesen sido ellos los primeros en haber "redescubierto" el presuntamente olvidado mundo clásico. Refiriéndose al período que ahora nos ocupa, ha escrito Ludovico Pastor: "Este empleo de los clásicos con verdadero espíritu cristiano, produjo los más sabrosos frutos; y de los escritos de los grandes pensadores gentiles tomaron los Padres gran copia de profundos pensamientos y verdades naturales, para defender la Revelación contra los ataques de los filósofos y herejes, para fundarla de un modo racional y darle forma científica; y en la incomparable belleza de forma de los antiguos, aprendieron el arte de aquella exposición llena de fuerza, y los elevados vuelos que admiramos en tan gran número de ellos."

En la segunda mitad del siglo IV, Juliano el Apóstata, sobrino de Constantino, que de joven había sido cristiano, pero luego renegó de su fe, razón por la que fue llamado "el apóstata", lanzó una ofensiva en orden a retrotraer el proceso histórico de la conversión del Imperio y retornar al paganismo de la antigüedad. Disgustado al advertir la autoridad que les daban a los cristianos y a los obispos los conocimientos de la cultura clásica, y la ocasión que los maestros cristianos tomaban de sus mismas explicaciones para rebatir los errores doctrinales de aquellos poetas y oradores cuyo primor de estilo enaltecían, no descansó hasta publicar su famoso edicto en que daba a escoger a los

profesores cristianos entre seguir enseñando los clásicos, pero a condición de no refutarles en nada, o renunciar, en caso contrario, a sus cátedras. Los profesores, se dice en dicho edicto, no deben enseñar doctrinas opuestas a las del Estado. Quienes rehúsen atenerse al edicto imperial, deberán retirarse o abrir otras escuelas donde expliquen a "su Mateo y a su Lucas". San Gregorio de Nazianzo contestó a Juliano con altivez: "¡Quién me diera la elocuencia de Herodoto y de Tucídides para legar a la posteridad las maldades de Juliano! Ha querido impedir que hablemos en lenguaje ático, pero no atará nuestras lenguas para no decir la verdad." Exalta luego el Santo el don de la elocuencia, aprendida de los griegos y latinos, "esa elocuencia por cuya adquisición lo dejé todo, si bien no me pesa haber arrostrado tantas fatigas por tierra y por mar para hacerme con ella! ¡Pluguiera al cielo que yo y mis amigos poseyésemos la fuerza de la palabra! Después de los dones de la gracia y de las esperanzas del orden sobrenatural, no hay cosa que lleve yo más en el corazón".

Ardid diabólicamente astuto el que había tramado aquel Emperador, a quien no por nada llamó San Agustín el undécimo de los perseguidores de la Iglesia. "¿O es que él no persiguió a la Iglesia cuando prohibió a los cristianos enseñar y aprender las letras liberales?" Obligados por la necesidad, los cristianos tuvieron que utilizar, en la enseñanza literaria, libros de escritores cristianos apresuradamente compuestos para este objeto, pero pronto entendieron que semejante ardid era insuficiente, por lo que enseguida de la muerte de Julia-

no, volvieron a la frecuentación directa de los clásicos antiguos.

En el siglo siguiente emerge otra figura que tiene que ver con los estudios clásicos. Nos referimos a *Boecio*, el ministro de educación del rey ostrogodo Teodorico. Boecio era cristiano y Teodorico seguía el ideario arriano. Al principio, el Rey lo trató con toda consideración, nombrándolo ministro suyo, pero con el tiempo cayó en desgracia y fue enviado a la cárcel. Allí escribió un libro espléndido, *Consolación de la Filosofía*, donde muestra su aprecio por el pensamiento griego, y principalmente el platonismo. Admiraba el *Gorgias*, el *Fedón* y el *Timeo*, pero lo que sobre todo tenía en su mente era la figura arquetípica de Sócrates quien, consolado por su propia filosofía, se había preparado con toda serenidad para la muerte. También se sirvió de la *Física* y de otras obras de Aristóteles, así como de los escritos filosóficos de Cicerón, en especial las *Discusiones tusculanas*, que tratan de la infelicidad del hombre, y el *Sueño de Escipión*, que es un canto a la inmortalidad. En cuanto a la literatura extrafilosófica de los clásicos, Boecio se detuvo más en las obras romanas que en las griegas, encontrando en Séneca la principal inspiración para sus versos, en Cicerón el estilo de su prosa, y en Virgilio y Horacio muchas de sus máximas generales. De manera especial buscó conjugar lo griego y lo romano. “Poniendo en estilo romano todo cuanto yo pueda de la obra de Aristóteles, haré de ello un comentario con toda rapidez en lengua latina, a fin de que, si las cosas fueron escritas por Aristóteles con la sutileza del arte lógico, con la gravedad

de su pericia moral, con la agudeza de la verdad natural, pueda yo verterlo todo y todo esclarecerlo con orden y en forma de comentario. Del mismo modo, traduciendo y también comentando los diálogos de Platón, pretendo ponerlos en idioma latino.” Tal fue su programa en la cárcel. Como se ve, Boecio se reveló también como un gran asimilador de la cultura clásica, viendo en la filosofía principalmente su carácter terapéutico para remediar los sufrimientos que vienen después de la bonanza.

El humanismo cristiano de los primeros siglos asimiló así lo mejor del pensamiento griego y de la ley romana. Pero también incorporó a su *Weltanschauung* lo mejor del mundo bárbaro, asimilando su apego a la fuerza y la fantasía. Tanto el encanto de los celtas como el vigor de los germanos, podían haber constituido un peligro. Pero canalizados por la filosofía, la ley y la gracia de Dios, se convirtieron en un elemento enriquecedor de la cultura cristiana. La figura de *San Patricio*, un celta educado en escuelas romanas, desde este punto de vista resulta ejemplar. Ternura y sencillez revelan los versos de un monje irlandés, descendiente espiritual de Patricio, cuando lejos de su hogar, escribe al margen de un libro, líneas como éstas, dedicadas a su gatito Pangur Bán:

> Yo y Pangur Bán, mi gato
> tenemos los mismo gustos;
> su placer es cazar ratones,
> yo, de noche, cazo palabras.

A menudo, un ratón extraviado
cae en las garras del héroe;
a menudo, mi mente en acecho
caza un significado en su red.

Contra el muro tiene los ojos fijos,
fieros, agudos y astutos;
contra el muro del conocimiento
yo ensayo mi débil saber.

Si un ratón sale de su cueva,
¡qué alegría siente Pangur!
¡Y qué alegría experimento yo
cuando resuelvo mis dudas!

Así, en paz, nuestra labor
practicamos Pangur y yo.
Con nuestras artes somos felices,
yo con el mío y él con el suyo.

Ningún griego hubiera podido escribir esto. Es la muestra de un nuevo género de encanto que, por intermedio de los bárbaros, logró introducirse en la cultura cristiana. Imaginación, humor, sentimientos delicados, ímpetu espiritual, idealismo y espíritu caballeresco, todo ello constituyó un aporte más el humanismo.

II. Los dos pre-renacimientos

Tras la época patrística, y en continuidad con ella, habiendo el mundo pasado por los terribles avatares de las invasiones de los bárbaros, se fueron gestando nuevas reasunciones del pasado grecorromano. Podríamos así hablar de dos renacimientos, previos al que se conoce vulgarmente como tal.

1. *El pre-renacimiento carolingio*

En medio del huracán bárbaro fueron sobre todo los monasterios donde se conservaron los tesoros de la Antigüedad. Eran materiales preciosos tomados de un edificio en demolición, para ser remodelados e integrados en una nueva construcción, o si se quiere, *membra disjecta* que estaban allí para ser un día reestructurados. Hemos tratado de este tema en el segundo volumen de la presente serie, culminando nuestro estudio con la figura de Carlomagno, que resultó ser de alguna manera el heredero de aquel paciente trabajo. Pero no sólo se contentó con salvar lo que los monjes habían recibido de los antiguos sino que sobre dichas bases supo crear un foco de cultura en torno al trono imperial, mediante su famosa *Escuela Palatina*, con sede en Aquisgrán.

El gran Emperador buscó para ello a los mejores intelectuales de la época. En primer lugar lo invitó a *Alcuino*, monje anglosajón, un producto

típico de las escuelas británicas. No era, por cierto, un pensador original, sino más bien un preceptor que inspiraba en sus discípulos un entusiasmo apasionado por el saber. "Las virtudes que los antiguos, estudiando la naturaleza humana, han prescrito en sus leyes –decía–, son los que la religión cristiana aprueba y cultiva. Los sabios antiguos no difieren de nosotros sino por la fe y el bautismo." Su producción literaria revela una amplia familiaridad con los poetas clásicos, entre otros, Virgilio, Ovidio y Horacio, así como un notable conocimiento de autores de la época patrística, por ejemplo Orosio, Agustín y Salviano. Junto con Alcuino convocó también Carlomagno a Pablo Diácono, de Italia, a Dungan, de Irlanda, y a otros supervivientes del aluvión bárbaro. El mismo Carlomagno, nos dicen, entendía el latín y tenía cierto conocimiento del griego. En el año 782 promulgó lo que se ha llamado la "Carta del Pensamiento", dirigida principalmente a obispos y abades, donde recomendaba a los pastores incentivar el estudio de las letras. Dicho propósito, esporádico por cierto, implicó un reverdecimiento de la cultura, *sapientia revirescens*, frente a la barbarie de los siglos VII y VIII. La fácil comprensión del latín y la gran cantidad de monumentos supérstites, favorecieron mucho dicha tendencia a la cultura clásica, al tiempo que quedó demostrado de manera fehaciente cómo se podía seguir siendo cristiano aun cuando se recurriese al estudio de la literatura antigua, contrariamente a lo que luego sostendrían algunos renacentistas.

2. *El pre-renacimiento medieval*

Tras el renacimiento carolingio, muy breve y limitado geográficamente, la historia conoció un nuevo renacimiento, esta vez mucho más generalizado, el de la Edad Media. Lo cual hemos de acentuar, ya que luego los renacentistas despreciarían el medioevo, como época de "tinieblas", puenteándolo también, como hicieron con la época patrística, para empalmar directamente con el mundo clásico. No en vano el siglo XII conoció una notable actividad en torno a las bibliotecas monásticas. "Un monasterio sin biblioteca es como un castillo sin armería", se decía por aquellos tiempos. Gracias a los monjes, se produjo la transmisión de la cultura antigua.

No poco influyó para este "pre-renacimiento" la existencia y generalización de una lengua común, el latín, la lengua de la cultura. No era por aquel entonces una lengua muerta, sino un habla en uso, la lengua internacional de la Edad Media, no sólo para el debate filosófico, sino para la ciencia, la diplomacia y la conversación culta. En aquella época no se elegía entre el latín y una lengua moderna importante, como el francés o el inglés, que sólo estaban despuntando, sino entre el latín y algún pequeño dialecto que, además de ser mucho menos rico en vocabulario, mucho menos refinado en sus matices, se hablaba en una superficie notablemente más reducida que el latín. Si un filósofo medieval quería escribir un libro sobre su materia, ni una sola lengua europea de aquel entonces

hubiera podido proveerle las palabras y los esquemas verbales necesarios para ello. Además con frecuencia dichas lenguas sólo se hablaban, no se ponían por escrito. El humanista cristiano de aquellos tiempos, escribe Gerard Walsh, hacía con el latín algo que ni los paganos antiguos ni los neo-paganos del siglo XV lograron nunca. Ni siquiera Cicerón pudo llorar y reír en latín como estos hombres lo hicieron. Incluso escribieron en latín aquellos poetas goliardos, de no muy buena fama, pero eruditos a su manera, que reflejaban su *joi de vivre* en versos como éstos:

Meum est propositum in taberna mori,
Ut sint vina proxima morientis ori.
Tunc cantabunt letius angelorum chori:
"Sit Deus propitius huic potatori".

Me propongo morir en la taberna
con el vino muy cerca de mi boca.
Entonces cantarán los alegres coros
[de ángeles:
"¡Dios sea clemente con este borracho!"

En cuanto al griego, era por lo general desconocido en Occidente, habiendo desaparecido casi por completo durante las invasiones bárbaras. Más se sabía el hebreo y el árabe que el griego. Se leía Aristóteles no en la lengua que él escribió, sino en sus traducciones latinas. Dante, cuya erudición era bastante extensa, no parece haber conocido sino algunas palabras de griego.

Contrariamente a lo que luego se creería en el Renacimiento, la Edad Media engendró un humanismo nuevo, nacido de la fe católica, no destructor del viejo humanismo grecorromano sino transfigurador. Ya en esa época comenzó a hablarse de la *humanitas*, el humanismo, entendiéndoselo no sólo como conocimiento de los viejos autores y de la cultura por ellos creada, sino también como método de enseñanza. ¿Quién no encontrará una escuela de "humanismo" en los escritos de San Bernardo? Los grandes autores medievales se sentían humildes continuadores de sus viejos maestros. "No somos sino enanos sobre los hombros de gigantes –decía Juan de Salisbury–, y si nuestra vista puede sobrepasar la suya, a ellos principalmente se lo debemos."

¿Qué buscó la Edad Media en los autores clásicos? Ante todo, *autoridades científicas*. La medicina, por ejemplo, se aprendía en Galeno. Asimismo, *tesoros poéticos*. Sus versos se coleccionaban, y se sabían de memoria. Toda persona culta no podía dejar de conocer a Ovidio, porque estaba "*sententiarum floribus repletus*", repleto de sentencias. Lo mismo a Horacio. Hasta hoy se conservan colecciones hechas en la Edad Media de sentencias ordenadas alfabéticamente, para facilitar su consulta, donde se mezcla lo antiguo y lo medieval. Los autores medievales, a semejanza de los clásicos, se interesaron también por las *figuras arquetípicas* o ejemplares de la antigüedad, con sus virtudes dignas de imitación, pero también con sus debilidades humanas. La palabra "*exemplum*" –*parádeigma*– era un término técnico de la antigua retórica,

que significaba "una historia que se inserta en el discurso a manera de testimonio". Se usaba sobre todo en la oratoria. Cicerón encarecía la conveniencia de recurrir a dichos ejemplos, tomados de la historia, la mitología y la leyenda heroica. Formaban parte del acervo educativo preparado por la previsora sabiduría divina.

Asimismo los medievales recurrieron a la *retórica* de la antigüedad. Uno de los rubros que integraba los programas del mundo griego era la formación en la elocuencia. Aunque parezca paradojal, se ha dicho que fue Homero, un literato, el padre de la retórica. Cerca de la mitad de la *Ilíada* y más de las tres cuartas partes de la *Odisea* consisten en discursos, a veces prolijos. Los ciudadanos griegos tenían el derecho de participar en la vida pública, por lo que la elocuençia era un requisito indispensable para desenvolverse como tales, máxime si sentían vocación política. Había maestros ambulantes que enseñaban elocuencia a cambio de dinero. Más allá de intereses económicos, lo que se buscaba con ello era formar hombres y educar al pueblo. Sólo se adquiría la *paideia* cuando el educando lograba descubrir la fuerza de la palabra. A partir del siglo II llegaron a Roma muchos oradores griegos que se dedicaron a enseñar el arte del buen decir. La intensa vida política de Roma constituyó un acicate para el aprendizaje del arte oratorio, si bien allí sólo se usó con fines prácticos. Pues bien, los medievales creyeron necesario incluir la oratoria en su enseñanza.

También en el *arte* se manifestó el influjo de la antigüedad clásica. Aun cuando en las fachadas e interiores de las catedrales románicas y góticas no se representaban dioses paganos, como es obvio, sino santos y vírgenes, con frecuencia se los vestía al modo antiguo. Viejas togas y peplos sirvieron para vestir nuevas ideas, ahora pertenecientes a temas cristianos.

Algo semejante se diga del *teatro* y de la *liturgia*, tan deudoras de la dramaturgia griega. Entre las instituciones pedagógicas que dieron existencia concreta a la cultura griega, señala Carlos Disandro, fue fundamental la música coral, por la que el individuo se integraba en la comunidad y por la que la comunidad se unía con los anhelos más profundos del hombre, así como con el mundo trascendente, en una armonía superior. La cultura griega sin el coro no hubiera podido subsistir, porque hubiese carecido de aquella forma artística perfecta, la poesía coral, que es vínculo entre el hombre y el cosmos, entre el hombre y la comunidad, y entre la comunidad y el mundo divino. Pues bien, no hubo institución más sublime en la Edad Media que la de los grupos corales o *Scholae cantorum*, herederos de las más antiguas formas greco-romanas. "El coro gregoriano, a semejanza del coro griego, fue el indispensable ejercicio artístico-religioso que en directa conexión con el culto posibilitó la constitución del gran organismo cultural de la Edad Media."

El medioevo significó, así, un auténtico "renacimiento" de la cultura clásica. Nada, pues, de extraño que fuese precisamente en esa época cuando

nacieron las *Universidades*. Como observa el P. Gerard Walsh, ni los chinos, ni los árabes, ni los indios, ni ningún otro pueblo del mundo antiguo fueron capaces de gestar una iniciativa cultural análoga.

Según se ve, la Edad Media heredó la antigüedad clásica y la impregnó de espíritu cristiano. Sobre este tema ha escrito un libro espléndido Ch. H. Haskins, *The renaissance or the twelfth century*. A su juicio, el gran mérito de aquella época consistió en recibir ese depósito, transfigurarlo y luego transmitirlo. Vistas así las cosas, el período de los Padres de la Iglesia representa la última etapa de la antigüedad grecorromana y la primera de la cultura cristiana. La lección de la Edad Media es la reverente recepción y la fiel transferencia de ese depósito providencial. Santo Tomás encarna el momento culminante de esta larga *traditio*. Su mayor mérito es, a nuestro juicio, el haber sabido elaborar una síntesis formidable entre la fe católica, la patrística y la cultura grecorromana. Especialmente esclarecedor resulta cotejar el tomismo con el aristotelismo. Aristóteles se había topado con límites, los límites de la naturaleza pura, y no quiso ni pudo excederse de sus marcos. El humanismo de Santo Tomás, en cambio, busca trascender, con la ayuda de la Revelación, el horizonte humano en que se enclaustró el pensamiento de Aristóteles, lo que no obsta a que conserve como depósito intangible y adquisición imperecedera el conjunto de las afirmaciones éticas y metafísicas que el Estagirita supo fundar sobre la razón. Todo lo que para la razón natural es verdadero, bello y bueno, no

puede sino ser aceptado como tal, sólo que el humanista católico es capaz de entender que la naturaleza está en actitud obediencial frente a lo sobrenatural, donde alcanza su completa perfección.

Justamente, pues, ve Étienne Gilson en el Aquinate el heredero de la gran tradición de la Iglesia, decidido a conservar sin rebajas el depósito del saber antiguo. En continuidad con los maestros de los primeros siglos cristianos, entiende perfeccionar la obra de los pensadores griegos, consolidando la unión del mundo de la naturaleza y del mundo de la gracia. Porque la naturaleza no ha quedado irremediablemente corrompida y arrasada por la caída; la Redención es más fuerte que el mal y el pecado. La gracia no destruye la naturaleza sino que la perfecciona, coronando su plenitud y su belleza nativas. Santo Tomás, escribe Gilson, construye "una síntesis en que la naturaleza llama a la sobrenaturaleza", una concepción nueva del hombre fundada en el desposorio de la razón y de la Revelación, un auténtico humanismo dispuesto a rehabilitar, contra todas las escuelas del pesimismo cristiano, contra los cátaros, Lutero, Calvino, los puritanos o los jansenistas, la naturaleza humana y la obra de la razón humana.

La Edad Media mostró en los hechos lo que el futuro Renacimiento, sobre todo en su versión mundanizante, se obstinaría en negar, y es la posibilidad de estudiar la Antigüedad sin sucumbir a su encanto y volverse pagano. Cuando el Doctor Angélico asumió la doctrina de Aristóteles, no enfeudó su pensamiento en el del gran maestro griego, sino

que más bien puso al Estagirita al servicio de la verdad cristiana. Si Dante rindió culto a Virgilio, en quien personificó la ciencia humana, más amó a Beatriz, símbolo de la ciencia divina. Son modelos ilustres, en los que hubieran podido inspirarse los hombres de los siglos XV y XVI. Por desgracia, varios no lo hicieron así, según luego veremos.

El triunfo del humanismo cristiano con el Renacimiento carolingio y el subsiguiente renacimiento del Medioevo, parecieron sufrir, a fines del siglo XIII, una crisis. Ya un tiempo atrás, preocupado al advertir cómo se iban introduciendo en las escuelas cristianas las fábulas de los paganos, San Pedro Damián, cardenal y obispo de Ostia, propuso reducir toda la formación al estudio de los dos Testamentos, viendo en la cultura griega una obra del demonio, un poco al estilo de Tertuliano. Por otro lado, el espíritu franciscano, sobre todo en su expresión más radicalizada de los *fraticelli*, con su exaltación desmesurada de la pobreza y la humildad, consideraba como un atentado contra dichos ideales la cultura refinada de la inteligencia. Jacopone de Todi, poeta franciscano de fines del siglo XIII, oponía al espíritu de París el espíritu de Asís.

Quizás fue a raíz, entre otras cosas, de tales diatribas, que desde principios del siglo XIV comenzó un proceso de creciente declinación cultural. Ello se mostró, por ejemplo, en el nivel de los estudios, donde el descuido del mundo clásico trajo consigo un lamentable desprecio por las formas. Justamente dicho desprecio estaría en el origen, por contraste, de la desmesurada preferencia por la forma, que

caracterizaría al Humanismo renacentista que pronto se iba a abrir camino. En adelante todas las predilecciones se irían inclinando cada vez más en favor de la forma, lo que se uniría muchas veces con una total indiferencia por el contenido; a menudo éste acabaría siendo algo así como un maniquí, sólo apto para resaltar la elegancia del ropaje, como ha escrito Paulsen. Si sobrevino un Renacimiento de la antigüedad clásica, hubo de haber precedido su muerte. La preponderancia de las aficiones escolásticas que caracterizó a los últimos tiempos de la Edad Media, concentrándose toda la atención en las lides más intelectuales del pensamiento, debilitó entre los doctos el aprecio de la pureza de la lengua y de la elegancia de la forma literaria. La reacción del Renacimiento contra dicha negligencia llegaría tan lejos que se pasó al otro extremo: al desecharse la forma descuidada de los últimos medievales, se envolvería en un común desprecio el contenido mismo, Escolástica incluida. Por lo demás, el siglo XIV presenció una cadena de catástrofes: la guerra de los cien años, la peste negra, el cisma de Occidente, las invasiones musulmanas. En reacción a todo ello, se abrió paso una imponente avidez por vivir y gozar del mundo. La Edad Media parecía agotada, y así se la consideraba. De donde la increíble pasión admirativa con la que, en algunos años, buena parte del mundo de la cultura, puenteando el Medioevo, concentraría su mirada en aquel mundo clásico, en aquella civilización grecorromana prácticamente olvidada. De ahí el anhelo acuciante de una nueva resurrección de la Antigüedad, resurrección libresca y ar-

queológica en sus comienzos, reservada a una élite, pero que con el tiempo llegó a interesar a la sociedad en su conjunto.

III. El renacimiento católico

Vayámonos internando ahora en lo que fue el Renacimiento propiamente dicho, que es el tema del presente ciclo, época de luces y de sombras, que encontró su mayor plenitud en el siglo XV, prosiguiéndose luego con diversas alternativas.

1. *La figura del Dante*

Antes de entrar en el corazón mismo del Renacimiento, no nos parece legítimo obviar la consideración de una figura preliminar, la del Dante, que se encuentra en el umbral del Renacimiento, cual broche de unión entre éste y el mundo medieval. Con todo, como lo ha enseñado el P. Gerard Walsh, el Dante no fue un mero "precursor" del Renacimiento, "sino coronación y síntesis suprema del humanismo medieval". Por eso está en el origen del Renacimiento sano, de lo que se ha dado en llamar el primer Renacimiento. Lo mejor del pasado revive en el gran poeta, y lo mejor del mundo nuevo se muestra allí en germen. No deja de resultar significativo que Jacob Burckhardt, ese gran estudioso del pensamiento renacentista, haya descubierto en Dante los rasgos esenciales del hombre del Renacimiento, y sin embargo tanto la *Divina Comedia* como el *Convivio* y la *Monarquía* son eminentemente medievales. Analizar el humanismo de Dante equivale a estudiar en sus raíces lo que es el verdadero humanismo, el humanismo sano, eterno, así como los prolegómenos del primer período del Renacimiento en las entrañas de una obra que es como el testamento intelectual, moral y religioso de la Edad Media.

Dante resulta ininteligible si no lo consideramos también como el eslabón que empalma su época con el mundo grecorromano. Él no creía, por cierto, que los dos mundos, el suyo, que era cristiano, y el antiguo, que era pagano, tuviesen el mismo valor: la revelación cristiana había elevado la cultura y la civilización muy por encima de los paganos de la Antigüedad. Pero sí entendía que el nuevo mundo que se estaba gestando no podía realizarse sin el mundo de la Antigüedad clásica. Su obra es una síntesis de la Roma antigua y de la Europa moderna, una síntesis tan viva y tan natural, que no es posible desmadejar los diversos elementos sin destruir el todo orgánico que constituyen. Por otra parte, el mismo Dante, que conoció como pocos la lengua latina, fue quien creó la lengua italiana moderna e inauguró la literatura propiamente italiana. Por lo demás, la *Divina Comedia*, obra culminante de la Edad Media, es ampliamente deudora de la tradición grecorromana. El título de su poema es "la Comedia". Observa Agustín Renaudet que quizás le puso dicho nombre confundiendo la acepción aristotélica de la palabra. Cuando vemos que Dante hace que Virgilio mismo se

refiera a la *Eneida* llamándola "mi tragedia", comprendemos que para él la palabra "comedia" significa lo que ahora llamaríamos una epopeya, un poema de impostación heroica, pero de conclusión feliz. Al llamar "comedia" a su obra, en contraste con la "tragedia" de Virgilio, es posible que estuviese dando a entender que lo que quería era considerar su poema como un complemento de la *Eneida*.

El tema del poema es una visita al otro mundo, el mundo del más allá de la muerte. Este argumento fue muy frecuentado por poetas y visionarios en el mundo grecorromano, y también, si no más, en el mundo medieval. La estructura general de la obra, así como su teología y moral, son cristianas. Lo importante para nuestro propósito lo constituye el hecho de que su guía en el otro mundo, a través del infierno y del purgatorio, sea el poeta romano Virgilio. Antes de que Virgilio lo abandone, se allega otro poeta latino, Estacio, discípulo del anterior, pero presentado aquí como convertido al cristianismo, que acompaña al autor hasta el paraíso, donde lo aguarda Beatriz, su primer amor. Es clarísimo que lo que Dante quiere decirnos es que, así como su poema es un complemento de la *Eneida*, de manera consiguiente la inspiración que preside la obra, y que le permite descubrir el mundo de la eternidad, se debe, después de Dios y de Beatriz, a la poesía latina, y en particular a Virgilio. De no haber sido así, de haber preferido un guía cristiano para el viaje, habría elegido a un místico.

Gilbert Highet señala varios motivos por los que Dante prefirió a Virgilio como guía de su viaje iniciático. En primer lugar, nos dice, Virgilio era, por encima de todos los demás, el pagano que había tendido un puente entre el paganismo y el cristianismo, como lo deja ver su célebre *Cuarta Bucólica*, escrita unos cuarenta años antes del nacimiento de Cristo, donde predecía la aparición de un niño maravilloso que señalaría el inicio de una nueva era, una edad de oro correspondiente a los primeros comienzos de la historia. Ese niño, al crecer, sería dios, y gobernaría el mundo, instaurando una paz perfecta. En virtud de este notable poema, Virgilio adquirió la reputación de haber sido un cristiano antes de Cristo, y de haber profetizado, por inspiración divina, el nacimiento de Jesús, como sostuvo San Agustín y otros varios. También en la *Eneida* se explica el modo como se realizó una grande y venturosa profecía que tenía por objeto la fundación de Roma; en su punto culminante se le aparece a Eneas una famosa profetisa, la Sibila de Cumas, a la que nombra en su *Bucólica Cuarta*, relacionándola con la venida de un niño divino y del reinado de Dios.

Otra de las razones que determinaron la elección de Dante, señala Highet, es que Virgilio había sido un heraldo del Imperio Romano. Para Dante, las dos instituciones más importantes de este mundo eran la Iglesia católica y el Imperio Romano. Virgilio había anunciado la aparición de la Iglesia con un oscuro presentimiento profético, y encomió la gloria del Imperio mejor que nadie. La *Eneida* es, en el fondo, una proclamación del Imperio Romano en cuanto fundado por la voluntad del cielo y destinado a durar para siempre. Dante creía que

ese Imperio era el mismo que regía entonces la Europa de su tiempo, el Sacro Imperio Romano Germánico, a quien él había glorificado en uno de sus grandes libros latinos, el tratado *De monarchia*, donde se esforzaba por demostrar que la existencia del Imperio era voluntad directa de Dios. La misma creencia aparece en un pasaje impresionante de la *Comedia*: la descripción del círculo más bajo del infierno, reservado para aquellos que habían sido traidores a sus señores. Allí, Dante y Virgilio ven al supremo traidor, Satanás, eternamente inmóvil en el hielo, mascando en sus tres hocicos a los tres peores felones de la historia: Judas, que entregó a Cristo, y los dos que asesinaron al fundador del Imperio Romano, Bruto y Casio. Por lo demás, Dante amaba a Virgilio porque éste era un enamorado de Italia, habiendo logrado descubrir como pocos el sentido de sus trabajos agrícolas en las *Geórgicas*. A cada momento lo llama "su conciudadano", "el más grande de nuestros poetas", o más simplemente "el poeta".

Otro factor que le hizo escoger como guía a Virgilio fue porque éste nos dejó en su obra la cuidada descripción de un viaje a través del mundo inferior, en el sexto libro de la *Eneida*, inspirado en Homero, donde nos ofrece una exposición filosófica y moral de los significados últimos de la vida y de la muerte. Casi todos los habitantes preternaturales de su infierno están tomados de Virgilio: el barquero Caronte, el juez Minos, el perro infernal Cérbero, las harpías, etc. Podríase decir que las dos principales fuentes de la *Comedia* son el sistema ético y físico de Aristóteles –no en vano el autor basa su geografía moral del infierno sobre el esquema aristotélico de los vicios, con ciertas explicaciones tomadas de la Suma Teológica de Santo Tomás– y el patriotismo y el carácter de Virgilio. Por cierto que hay otros autores, como Ovidio, Lucano, Cicerón, Boecio. El hecho de que el Dante los haya reunido y constituido en "escuela" es una manifestación típica del concepto medieval de la Antigüedad. Obviamente que en su obra el poeta tiene en cuenta la Sagrada Escritura, los Santos Padres, Santo Tomás, los fundadores de órdenes religiosas, los mártires y los santos, pero lo que principalmente quería destacar era su entronque en la Antigüedad. Los sabios y poetas con quienes se encuentra en el limbo, entre ellos Homero, Ovidio, Lucano y Horacio, a quienes se los presenta Virgilio, son en buena parte aquellos a quienes las edades posteriores han considerado unánimemente como los espíritus más selectos de esa larga y espléndida civilización.

El humanismo que propicia Dante, alimentado de sustancia grecorromana, y que, guiado por la teología cristiana, culmina en una mística de unión con Dios, lograda por intercesión de la Santísima Virgen, parece ofrecer el tipo cumplido de lo que se puede entender cabalmente por humanismo cristiano. En esta visión tan integradora, el poeta cristiano pudo, desde los primeros tercetos de su obra cumbre, invocar al oráculo de Delfos, y luego, al comienzo del segundo canto, asegurar que escribía bajo la inspiración de las musas.

Destaquemos la importancia que el Dante le atribuye a Roma en la historia. A su juicio, la acción

de César y de Augusto en pro de la fundación del Imperio, llevó a su plenitud la obra providencial que se anunciaba desde el desembarco de Eneas en la desembocadura del Tíber. La historia de Roma es, a semejanza de la de Israel, una historia sagrada. Roma es una ciudad santa como Jerusalén, dice en el *Convite*. Bajo el emperador Tiberio, el Águila romana recibió la misión de juzgar a Jesús, posibilitando así el sacrificio de Cristo, cuya pasión y muerte debían dar satisfacción a la justicia divina. El pensamiento histórico y teológico de Dante acerca de la misión de Roma, se centra en la idea del César jurisconsulto, según lo expone principalmente en su libro sobre la Monarquía. Allí afirma que para ordenar el suplicio de aquel que, como nuevo Adán, representaba a todos los hombres y cargaba sobre sus espaldas los pecados de toda la humanidad, era preciso un juez cuya autoridad fuese reconocida por el conjunto de los hombres. Todos pasaron para condenar al Salvador. Judas lo traicionó. Israel se negó a reconocerlo como Mesías y pidió su crucifixión. Pilato, procurador romano en Judea, por más que se lavara las manos, fue también culpable de la muerte del Justo, de modo que su pecado resultó ser el pecado de Roma. Tito fue el brazo de Dios para castigar a Israel. Pero también Roma merecía una punición, que no tardó en llegar y fue doble; temporal, ante todo, porque casi enseguida entró en decadencia; espiritual luego, porque el Imperio, creado para la Redención, rehusó como Israel durante tres siglos, reconocer a Cristo; lo negó, como Israel, y lo persiguió.

Hemos visto por qué el Dante escogió a Virgilio por guía de su itinerario. Pero llega un momento en que la razón, que Virgilio encarna, es ciega para las realidades trascendentes. Entonces aparece Beatriz, la mujer, la dama de los pensamientos, fuente de inspiración poética, personificación del amor. Es la razón elevada por la revelación divina, que ahora toma el relevo. Pero cuando llega a la Rosa celestial, el jardín de los bienaventurados, cede el lugar a San Bernardo, el místico, el que dispone al hombre para su deificación.

Nos hemos detenido en la figura y el itinerario del Dante, que fue algo así como el umbral del mejor Renacimiento. Si bien su vida y su obra constituyen la más lograda aproximación posible para comprender el mundo medieval, supo demostrar al mismo tiempo, y de manera fehaciente, que para gestar un verdadero "renacimiento", es decir, una vuelta al mundo de la antigüedad clásica, no era necesario romper con la tradición medieval, como lo creerán luego no pocos autores del sedicente Renacimiento. Según se advierte, el mundo no debió esperar hasta el siglo XV para ver lo que Burckhardt describe como el completo florecimiento del individuo. El Dante fue, como quisieron serlo los futuros representantes del Renacimiento, "*l'uomo universale*", tipo humano que pertenece exclusivamente a Italia. Para unos fue un poeta, para otros un filósofo, para otros un teólogo. En realidad fue todo eso a la vez. No era, por los demás, un hombre hosco. Cuando convenía divertirse, sabía hacerlo, y con ganas, tomando parte en los entretenimientos de la juventud de Florencia.

Por lo que deja entrever la *Comedia*, se ve que debió haber consagrado mucho tiempo al baile, el canto y la música. Asimismo luchó como soldado y llegó a ocupar cargos políticos en Florencia. Tuvo incluso ciertos arrestos místicos. Todo ello muestra el carácter integral y sintético del alma medieval, en contraste con el humanismo del segundo Renacimiento, que sería casi exclusivamente estético.

La intuición fundamental del Dante fue el orden arquitectónico del universo, la armonía de lo natural y lo sobrenatural. Penetró como pocos en el orden de las partes y del todo, en los diseños, los planos, las proporciones, las armonías que hacen tan bello el universo, y más hondamente aún en las causas finales. Pero por encima de todo vislumbró, con la ayuda de la fe, la Providencia última de Dios elevando la vida humana al nivel misterioso de su destino trascendente. El descenso de Beatrice es un símbolo del papel de la Revelación y la ayuda de la Gracia, que baja a nosotros para elevarnos. Así termina el P. Walsh su excelente libro *Humanismo medieval*: "Nosotros hemos desperdiciado los siglos modernos en guerras indiferentes, haciendo enemigos al arte y la religión, a la pasión y la razón, a la libertad y la ley; como si un hombre no pudiese amar a un tiempo la belleza y la gracia, el orden y la vehemencia, lo nuevo y lo viejo. Podemos aprender de Dante que si hemos de ser completamente felices de una manera humana, debemos cultivar la inteligencia, la conciencia y el gusto, a la luz de la razón y la Revelación, y con la fuerza de la pasión y de la Gracia, y todo ello porque el hombre es, como dijo Dante, el horizonte entre la Naturaleza y Dios; Dante, por tanto, no debiera ser llamado ni el heraldo del Renacimiento, ni el padre de la Reforma, o el Clásico, o el Romántico. Su título exacto es el de humanista medieval o cristiano."

No podemos dejar de destacar el amor que Dante sintió por la ciudad de Florencia, que sería luego la capital del Renacimiento, el punto de desemboque de toda la cultura grecorromana en Italia. De Grecia a Roma, y de Roma a Florencia. Grecia fue educada por Homero, según decía Platón, encontrando en Atenas el ámbito privilegiado de dicha docencia. El patrimonio homérico sería acrecentado por Hesíodo, Heredoto, Píndaro, Esquilo, Sófocles, Tucídides, Jenofonte, Platón, Demóstenes, Aristóteles y tantos otros. Luego vendría Roma, la mejor discípula de la cultura helena. Los romanos, no bien conocieron la *paideia* griega, comprendieron con su genial sentido práctico lo que podrían aprovechar de aquel pueblo para la educación de su juventud, uniendo sus tendencias realistas a las tendencias idealistas de la Hélade. La recitación de los versos de Homero, que en la escuela abierta por Tito Livio en Roma hacían los niños en coro, puede considerarse como el preludio de la helenización de aquel pueblo, hasta entonces culturalmente agreste. Por eso Cicerón, cuando quería poner un ejemplo, recurría a la conducta de Ulises o de Héctor. Más adelante, Marco Fabio Quintiliano, retórico hispanorromano, que había pasado veinte años enseñando, diría: "Con mucho acierto está establecido entre nosotros que

en las escuelas públicas empiecen los niños sus lecturas por Homero y Virgilio, aun cuando no alcancen en tan tierna edad a gustar y apreciar las virtudes literarias más íntimas de tales autores. Con los años entrarán más adentro de sus bellezas, pues por supuesto se da que no los han de leer una sola vez." Pues bien, como decíamos recién, fue especialmente Florencia la ciudad que mejor recibió dicha herencia de Grecia y de Roma, en la inteligencia de que sus ciudadanos podían ser a la vez cristianos y clásicos. Y la recibieron principalmente a través del Dante.

Burckhardt nos cuenta a este respecto una anécdota significativa. Niccolò Niccoli era un patricio de Florencia, enamorado de la Antigüedad. El modo como logró atraerse a un joven de aquella ciudad no deja de ser sintomático. Era éste Piero de Pazzi, hijo de un distinguido mercader, y destinado a serlo él mismo. Muy agraciado de presencia y muy dado a los placeres del mundo, pensaba en todo menos en la ciencia. Un día que pasaba delante del palacio del Podestá, le llamó Niccoli, a quien no conocía. "¿Quién es su padre?", le preguntó. "Messer Andrea de Pazzi", contestó el joven. "¿Cuáles son sus ocupaciones?", siguió inquiriendo. Piero le dijo que se dedicaba a pasarla bien. A lo que Niccoli: "Como hijo de tal padre y con la figura que tú tienes, deberías avergonzarte de no conocer la ciencia latina, que tan gracioso ornato sería para ti; si no lo haces así, no serás nadie, y en cuanto la juventud se te haya pasado serás un sujeto sin ninguna importancia." El joven entendió que tenía razón y le dijo que seguiría su consejo si

encontraba algún maestro. "De eso me ocupo yo", dijo Niccoli. Y así le procuró un maestro de griego y latín. El lugar de la anterior disipación vino a ocuparlo el estudio, a tal punto que llegó a aprender de memoria la *Eneida* entera y muchos discursos de Tito Livio, generalmente mientras iba de Florencia a su quinta de Trebbio, llegando a ser amigo de todos los hombres cultos y espirituales, y él mismo fue, con el tiempo, un hombre de Estado.

2. *El estupor inicial del redescubrimiento*

Como lo explicaremos luego de manera más detallada, el Renacimiento propiamente dicho no fue al comienzo algo perverso sino al contrario. Si consideramos lo que aconteció en la época patrística y medieval, es decir, un retorno a los antiguos y su revalorización con criterio cristiano, advertimos que constituyó un proceso en sí justificado. No otra cosa sucedió en los comienzos del Renacimiento, con nuevos y positivos resultados tanto para las ciencias profanas como para las sagradas. Lo que se buscaba era el estudio metódico de la época clásica, en orden a liberar las inteligencias de los marcos estereotipados de una escolástica vuelta decadente. La negligencia del lenguaje y del estilo, hacia fines de la Edad Media, no podía dejar de resultar perjudicial a la larga, sobre todo para los estudios humanísticos, y si se quería que las nuevas investigaciones no perdiesen todo su influjo en los espíritus formados por el Humanismo, era menester que tomaran por dechado la imperecedera be-

lleza de forma que había caracterizado a las obras de la Antigüedad, y revistieran de nuevo más agradable y menos contrahecho ropaje.

Todos se lanzaron a esta nueva empresa, tanto la Iglesia como el mundo de la cultura, en el seno de un encanto generalizado. La gente tenía la impresión de estar viviendo una experiencia insólita. Era, por lo demás, una época de hallazgos de toda índole. Los descubrimientos geográficos ensancharon los horizontes del mundo. La hazaña de Colón, por ejemplo, fue en este sentido un acontecimiento absolutamente espectacular en aquellos tiempos. A la vez se descubría el cuerpo humano, tanto como modelo de belleza para la escultura y la pintura cuanto por su interés anatómico. Pronto aparecerían la imprenta, la pólvora, el compás, el telescopio y los principios mecánicos que inspiraron a Leonardo da Vinci a considerar al hombre como señor de la naturaleza. ¿No estaremos a la altura de los griegos de Pericles y de los romanos de la era de Augusto?, se preguntaban aquellos hombres. Cada generación, a veces cada década, eran testigos de un nuevo hallazgo.

Las ruinas de Roma comenzaron a ser miradas con especial veneración. Ya lo había dicho el Dante: las piedras de los muros de la Urbe merecen reverencia y el suelo sobre el cual está asentada la ciudad es más digno de lo que piensa la gente. Petrarca nos cuenta cómo, acompañado de Giovanni Colonna, escalaba frecuentemente las gigantescas bóvedas de las termas de Diocleciano. Allí, al aire libre, en el silencio más profundo, frente a

un horizonte vastísimo, pasaban horas conversando, sin perder de vista las ruinas, no sobre negocios, ni sobre política, ni sobre cuestiones domésticas, sino sobre la historia de la vieja Roma, insinuándose la preferencia de Petrarca por la Roma pagana y la de Colonna por la Roma cristiana. Luego se entretenían tratando de filosofía y de arte. Piénsese que en aquellos tiempos quedaba en Roma mucho más de lo que hoy se mantiene en pie, e incluso numerosas ruinas conservaban aún sus revestimientos de mármol y las columnas de sus frontis. Sobre esta inclinación contemplativa de los restos arqueológicos que alimentaron ya los primeros hombres del Renacimiento, se fundaría la gran propensión a lo monumental que caracterizaría a aquella época. Del papa Pío II se dice que, aun cuando sufría de gota, se hacía llevar en litera, por montes y valles, hasta Túsculo, Alba, Ostia, con la intención de explorar las antiguas vías romanas y los viejos acueductos, mientras anotaba lo que a su paso veía.

Justamente por aquellos años se hallaron varias obras de arte clásicas que habían permanecido enterradas durante más de mil años. Así, de un viñedo que se encontraba en medio de las ruinas de las Termas de Tito, se extrajo el grupo de Lacoonte, que fue comprado inmediatamente por el Papa para el Museo Vaticano. Cuando lo que descubrían era una estatua particularmente hermosa, la llevaban en procesión, entre flores, música y declamaciones, para que el Papa la viera; luego los artistas se ponían a copiarla y a emular sus bellezas. En cierta ocasión se corrió en Roma el rumor de que

se había encontrado el cadáver, perfectamente conservado, de una joven de la Roma antigua, de extraña belleza, en cuyo sarcófago se leía: "Julia, hija de Claudio". El resto fue fantasía: que la tumba había sido saqueada por los lombardos, que el cadáver se conservaba fresco y flexible, con color vivo, y entreabiertos los ojos. Se lo llevó al Capitolio donde convergieron varias peregrinaciones. ¿Cuál era su valor? Ser un cuerpo "antiguo". Las ruinas despertaban una emoción elegíaco-sentimental.

Mucho más importantes que los restos de construcciones o esculturas del mundo antiguo fueron los escritos que se pudieron exhumar, tanto griegos como latinos. Ello coincidió con el redescubrimiento de la lengua griega clásica, principalmente por influjo de los bizantinos que, sobre todo a raíz de la caída de Constantinopla en manos de los turcos, se habían trasladado a Italia y allí hacían escuela. Los mecenas italianos, por su parte, mostraban especial interés en la adquisición de manuscritos antiguos de la Hélade, lo que suscitó la pasión por adquirir códices y hacerlos copiar. En cuanto al latín, los estudiosos occidentales perfeccionaron en tal grado su conocimiento que pronto llegaron a hablarlo y escribirlo de manera no muy inferior a la del mismo Cicerón. Como por lo general el griego era menos conocido, pronto se tradujeron al latín la *Ilíada*, la *Odisea* y las obras de los trágicos. Según se ve, entre las grandes pasiones del Renacimiento no sólo estuvieron las construcciones sino también los libros. En las copias se usaba siempre pergamino, y la encuadernación era esmerada, generalmente con terciopelo carmesí e incrustaciones de plata. Tanta veneración por el contenido de los libros, juntamente con el cuidado de una presentación lo más elegante posible y con los más nobles materiales, permite comprender cómo la invención de la imprenta por parte de Gutenberg fuera recibida, al principio, con cierta displicencia. Un autor de la época dice que "se hubiera avergonzado" de poseer un libro impreso.

Estamos adelantando lo que pasaría en el curso mismo del Renacimiento. Pero dichas actitudes estaban incoadas desde el comienzo. La Iglesia también se sentía embelesada ante las glorias del mundo clásico. Ya no veía la necesidad de defenderse de los paganos, como se vio precisada a hacerlo antes, sino que ahora podía soñar en poner toda la Antigüedad al servicio de la fe católica. Un optimismo semejante embargó también a los políticos, convencidos de que el Imperio Romano era el antecesor remoto de la nación italiana y su máxima gloria. Ahora los autores paganos podían ser empleados sin temor en la educación y en el arte. ¿Acaso Cicerón no había afirmado en su *De natura deorum* que los mitos no eran sino relatos distorsionados de hechos históricos, y que los dioses eran hombres que habían sido elevados al rango de los inmortales, siendo tan sólo símbolos cósmicos, o la expresión en fábulas de ideas morales y filosóficas? Si los dioses eran meras alegorías mitológicas, ¿por qué no poder incluirlos en la cosmovisión católica?

Tal fue el "asombro" y la "seducción" que el redescubrimiento de la antigüedad clásica comenzó

a suscitar en los primeros tiempos del Renacimiento, y que se prolongó hasta su término. Dicha admiración incluyó, como todas las reacciones apasionadas, cierto entusiasmo no exento del fanatismo con que una generación joven, arrastrada por el contagio de una élite de maestros brillantes y de gran ascendiente, suele seguir a quienes abren nuevos caminos. El siglo XV presenció así una brillante fiesta del espíritu, sobre todo en Italia, que culminó no pocas veces en una auténtica embriaguez cultural, signada por el fuego, el ardor, y hasta la irreflexión. Para cualquier asunto se invocaría la autoridad de los antiguos como argumento contundente en favor de alguna hipótesis, aunque se tratase de postulados de sentido común. Conocida es la simpática burla con que Cervantes, en su prólogo al *Quijote*, pone en ridículo a los escritores que para todo alegan autoridades de los antiguos, "tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes, y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes". En cualquier libro escrito por aquel entonces, el lector se topará, venga o no al caso, con citas, a veces traídas por los cabellos, de clásicos griegos o romanos. Más aún, hubiera parecido que para escalar los honores y las dignidades, tanto civiles como eclesiásticas, hubiese sido una *conditio sine qua non* el conocimiento y el cultivo de los clásicos. Tales aptitudes llegaron a conferir un certificado de competencia, no sólo literaria sino social. Sabemos que no pocos humanistas pudieron encontrar las puertas siempre abiertas en los palacios de los Cardenales, en las

cortes de los Príncipes y hasta en la Cancillería pontificia, gracias a su dominio del latín y su capacidad para redactar cartas en dicho idioma con elegancia y corrección. Al margen de las exageraciones, no deja de resultar simpático aquel juvenil alborozo con que los espíritus de aquella época saludaron la reaparición de la Antigüedad, al descubrírseles ésta en una segunda primavera.

Los autores de la época clásica empezaron a gozar de una celebridad generalizada. Hasta esos momentos habían sido estudiados en los institutos educativos, pero desde entonces la gente común comenzó a imitar hasta su modo de vivir. El mundo antiguo, sin dejar de ser materia de análisis en las aulas, llegó a convertirse en realidad viva y presente a los ojos de aquellos humanistas. Era una nueva patria para su espíritu. Pronto los más entusiastas comenzarían a dirigir sesudas cartas a los grandes hombres de la Antigüedad, como si de hecho pudiesen ser leídas y fuesen familiares suyos. El hombre de la Edad Moderna se hallaba embelesado, en una especie de luna de miel, lleno de confianza en sí mismo, en sus propias posibilidades creadoras.

3. *Renacimiento y Edad Media*

El Renacimiento fue un verdadero florecer de la cultura. Pronto se produjo una admirable y brillante eclosión de hombres geniales. Nunca la historia había conocido un impulso creador tan fecundo como en aquellos primeros tiempos del Renaci-

miento. Es verdad que a veces iba unido con una cierta tendencia a "liberarse" del pasado inmediato, de la tradición medieval. Pero todavía aquellos hombres estaban próximos a las fuentes espirituales de su vida, no habiéndose alejado aún de ellas, si bien los observadores más sagaces podían advertir en el fondo cierto movimiento hacia la superficie. El hecho es que en ellos subsistían muchos elementos cristianos y muchos principios medievales. Como escribe Berdiaiev: "La gente del Renacimiento se nutrían de la atmósfera de la antigüedad, pero al mismo tiempo permanecían, querían permanecer, buenos cristianos. Vamos a ver luego cómo pronto rugiría en el corazón de aquellos hombres una especie de tempestad producida por el choque de los principios paganos y cristianos, antiguos y medievales. Lo que al comienzo fue una integración, acabaría por convertirse en una dialéctica."

A juicio de Godefroid Kurth, el término de "Renacimiento" está bastante mal escogido para designar el vasto movimiento intelectual de los siglos XV y XVI. Lo que se produjo entonces, sobre todo a los comienzos, fue una prolongación más que un renacimiento, y éste es un punto capital. En modo alguno se trató, y resulta conveniente insistir en ello, de una brusca y repentina resurrección de la vida intelectual después de largos siglos de tinieblas. Porque en la historia, como sucede en la naturaleza, no hay efecto sin causa. Nada proviene de la nada, todo se encadena y se engendra. El único fenómeno que trasciende esta ley es el cristianismo, porque no es de origen humano. El movimiento cultural que estamos considerando no constituye

en suma sino la aceleración natural conforme a las leyes de la historia, del desarrollo progresivo e ininterrumpido de la sociedad de la Edad Media. Nacido en esa sociedad, el hombre creció con ella durante los siglos laboriosos y fecundos de su infancia; después, al llegar la primavera, se abrió como una flor, desplegando a la vez todas las riquezas de la vitalidad más magnífica.

El mismo Kurth señala, de manera apretada, los grandes jalones de este largo proceso que va de Carlomagno al siglo XVI. A partir de la floración cultural que protagonizó la Escuela Palatina, bajo la protección de Carlomagno, se produjo la eclosión de los idiomas modernos, el nacimiento de la poesía popular y de los cantares de gesta, la aparición de la poesía cortesana y caballeresca, los trovadores y los juglares, el teatro, las grandes discusiones teológicas y filosóficas del siglo XII, el nacimiento de la ciencia experimental con Roger Bacon, el impulso generoso y peregrinacional que suscitó la epopeya de las Cruzadas, el vasto movimiento cultural que originó la elaboración de las "Sumas", gracias a genios como San Alberto Magno o Santo Tomás, la arquitectura románica y gótica, el esplendor de las artes plásticas, que cubrieron Europa de monumentos jamás igualados... Por lo demás, los descubrimientos de Colón y de Vasco de Gama no hicieron sino continuar las hazañas de aquellos intrépidos navegantes portugueses que desde hacía un siglo habían explorado toda la costa del África occidental. De un modo semejante, cuando Gutenberg descubrió la imprenta no hacía sino continuar, por un medio tan inge-

nioso, la idea de los monjes que, muchos siglos antes que él, consagraban su vida a la copia de manuscritos. Todo lo grande del Renacimiento es fruto de los esfuerzos sostenidos y constantes de las generaciones medievales. Lo que sucede en el mejor Renacimiento es la prolongación de aquello, y quedaría sin explicación si se prescindiese de dichos antecedentes. Por eso, aun en los momentos posteriores, en que los hombres del Renacimiento renegarían de la Edad Media, afirmándose como "hombres nuevos", no podían menos de seguir siendo hijos de su madre.

Bien hace Berdiaiev al afirmar que el Renacimiento se incubaba ya en las profundidades de la Edad Media, y sus primeros móviles fueron puramente cristianos. En el alma medieval, que era un alma eminentemente cristiana, se despertó, como era lógico, ya que el cristianismo es siempre fecundo, la voluntad de creación. Dicho despertar tomó cuerpo en los siglos XII y XIII, manifestándose por un admirable florecimiento de santidad, que es la cumbre más acabada que puede alcanzar el espíritu creador del hombre, y ello en coincidencia con el auge de la mística y de la escolástica. Ya lo hemos dicho, pero conviene reiterarlo. Hubo un Renacimiento, o un pre-renacimiento, si se quiere, que inspiró el arte gótico y la pintura de los Primitivos italianos. Santo Domingo y San Francisco, Santo Tomás y San Buenaventura, Dante y Giotto: he ahí un verdadero Renacimiento del espíritu humano, de la creación humana, un renacimiento medieval, y que en modo alguno se creyó obligado a tener que divorciarse de la antigüedad clásica.

Un ejemplo de dicho influjo lo encontramos, dentro del género literario, en la aparición de una novela, la más importante de la Edad Media, el *Roman de la Rose*. Es la historia de una intriga amorosa, donde el héroe es el amante y la Rosa la heroína. Los personajes son en su mayor parte abstracciones, cualidades morales y sentimentales personificadas, como los cuatro guardianes de la Rosa, la Calumnia, la Vergüenza, el Miedo y el Peligro. Hay también personajes humanos anónimos, sobre todo el Amigo, que ayuda al amante con alguna máxima tomada del poeta romano Ovidio. Interviene asimismo Cupido, el dios romano del amor, y la misma Venus, la diosa del amor, quien aparece para ganar la victoria definitiva. El esquema general del poema es una aventura dentro de un sueño. El autor comienza aludiendo expresamente a una de las más célebres visiones de la Antigüedad, el *Sueño de Escipión*, escrito por Cicerón. Dentro del sueño se desarrolla el argumento de la novela, la búsqueda de la amada, que termina con un asedio y una batalla. Digamos de paso que el tema de la búsqueda se encuentra en la trama de muchos de los poemas heroicos de la Edad Media, lo mismo si tratan del rey Arturo y sus caballeros o de los griegos y troyanos. La búsqueda de la Rosa por el amante no es demasiado diferente de la búsqueda del Santo Grial por los caballeros de la Tabla Redonda. La influencia de los clásicos es indudable, como se nota, por ejemplo, en el hecho de que el conflicto acontece, no entre dos seres humanos, sino entre dos bandos de personificaciones, cada uno de los cuales cuenta con la ayuda

de determinados dioses, lo cual es un expediente literario de larga tradición y de origen clásico. La idea misma de representar un combate espiritual como si se tratase de una batalla física pasó probablemente a la literatura medieval y luego renacentista a través de la *Psicomaquia* o "Batalla espiritual" de Prudencio, poeta hispano-romano del siglo IV, que presenta los vicios y virtudes disputándose el alma, sobre el telón de fondo de los viejos combates descritos por Homero y por Virgilio.

Se ha dicho que el *Trecento* italiano fue la época más grande de la historia de Europa, el punto culminante del humanismo cristiano, concebido en el espíritu de San Francisco, de Santo Tomás y del Dante, todos italianos. No deja de resultar aleccionador el hecho de que, precisamente en Italia, donde las fuerzas creadores del hombre hallaron su máxima expresión, no hubo jamás una ruptura formal con la Iglesia católica. Aun en los peores momentos del Renacimiento, cuando se llegó a desencadenar la "tempestad" a que no referimos en este ciclo de conferencias, tempestad que puso en grave peligro a la Iglesia, siempre subsistió una extraña coexistencia de sus personeros con la fe católica, al punto de que los Papas nunca dejaron de ser considerados como verdaderos protectores del Renacimiento.

4. *El mundo de las letras y de las artes*

Fue sobre todo el campo de la cultura literaria el ámbito predileccionado en el Renacimiento católico, a tal punto que muchos de los admiradores de la cultura clásica, seducidos por la fuerza y la belleza de las mejores obras griegas y latinas, daban por supuesto que éstas nunca podrían ser realmente superadas, y que los modernos tenían que contentarse con respetarlas, sin esperanza alguna de llegar a crear algo mejor. Cuando se redescubrió la arquitectura y la escultura grecorromanas, se amplió aún más aquel supuesto para hacer entrar en él las demás artes, y se dijo otro tanto del derecho, de la política, de las ciencias, de toda la cultura. Gilbert Highet ha escrito sobre ello un espléndido libro *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, donde analiza dichos influjos en el teatro, la epopeya, la poesía bucólica y la novela. Sinteticemos sus observaciones.

La influencia clásica pasó a la literatura renacentista a través de dos canales principales: la traducción y la emulación. El canal más natural fue el de la traducción. Casi con la misma rapidez con que se iban descubriendo los autores antiguos ignorados, ellos entraban en contacto con los lectores gracias a su traducción en lenguas modernas. Pero también hubo emulación, procurándose añadir a las formas y contenidos clásicos, ingredientes del propio estilo y de los propios temas, con el deseo de producir algo no sólo tan bueno como las obras de los antiguos sino también distinto y nuevo.

Veamos ante todo el género de la *épica*, y la influencia en ella de la cultura grecolatina. Los renacentistas comenzaron a interesarse grandemente en la epopeya heroica. La *Ilíada*, por ejemplo, fue traducida en el siglo XV a varias de las lenguas romances. Especial interés concitaban los héroes homéricos, principalmente Aquiles. Publicáronse asimismo epopeyas sobre aventuras heroicas contemporáneas, pero escritas principal o totalmente a la manera clásica. La más grande de ellas fue *Los Lusíadas*, en referencia a "los portugueses, hijos de Luso", compuesta por Luis de Camoens, donde se cuenta la historia de la exploración del África oriental y de las Indias orientales por el navegante Vasco de Gama. El autor, que había sido él mismo uno de los primeros exploradores del remoto Oriente, describe el tormentoso Cabo de Buena Esperanza bajo los rasgos de un genio gigantesco que entre nubes y borrascas se aparece a Vasco de Gama cuando éste se dirigía con su flotilla hacia la India. Su nombre es Adamastor, que en otro tiempo, escribe de Camoens, había sido un Titán, y que fue transformado en montaña por haber intentado seducir a Tetis, una diosa marina. El propio Júpiter habla allí de los exploradores portugueses, reconociendo que han añadido nuevos mundos a los descubiertos por Ulises, Antenor y Eneas. También hubo epopeyas noveladas de hazañas caballerescas medievales, todas ellas penetradas de numerosos elementos grecorromanos. La más conocida es *Orlando furioso*, de Ludovico Ariosto, vasta y deliciosa obra donde se cuentan las aventuras amorosas y guerreras de Roldán y otros paladines, en

un período ubicable en la época de la invasión de Francia por los sarracenos y su derrota por Carlos Martel. Cuando Alonso de Ercilla, por su parte, se refiere a los aguerridos indios de Chile en su obra *La Araucana*, afirma que eran más valientes que los Decios y que muchos otros héroes griegos y romanos que se sacrificaron por la patria, y describe el saqueo de Concepción con detalles más horrendos que el saqueo de Troya.

Más adelante aparecieron epopeyas sobre temas directamente religiosos, también según la manera clásica, como *El Paraíso perdido* y *El Paraíso recobrado* de John Milton. La primera de ellas está escrita en doce libros, al igual que la *Eneida*. Allí se nos describe una terrible batalla entre los ángeles y los demonios, copiada de la lucha de los dioses que relata la *Ilíada*. El derrocamiento de Satanás reproduce el derrocamiento de Ares, y el momento culminante en que los ángeles arrancan de cuajo montañas para lanzarlas, con ímpetu espantoso, contra los demonios, es una adaptación de la guerra de los Titanes contra los Olímpicos en la *Teogonía* de Hesíodo. En la segunda de sus obras, Milton identifica con Belial a varios dioses de la mitología griega que, valiéndose de disfraces, seducen mujeres. Cuando el autor inglés emplea las palabras con que Virgilio describe el fantasma de Héctor, está queriéndonos decir que Satanás y Belcebú, aunque caídos, son aún poderosas figuras heroicas; pero que Belcebú, vestido en otro tiempo de clámide de luz, está ahora cubierto de las terribles heridas que sufrió al rebelarse contra Dios, tal como el fantasma de Héctor aparece con sus cabellos re-

vueltos en polvo y sangre, y su rostro indescriptiblemente desfigurado por haber sido arrastrado en torno a los muros de Troya, atado al carro del vencedor.

Recordemos también *La Jerusalén liberada*, de Torcuato Tasso. En el canto cuarto, el autor describe un infierno parecido al de los clásicos, con harpías, la Hidra, Pitón, las Gorgonas, junto a brujas y demonios medievales. El concilio de los demonios que allí se evoca es semejante a los concilios de los dioses en las epopeyas griegas, comportándose aquéllos de manera completamente distinta a los demonios tal como los concebía la Edad Media. En una de las escenas, Godofredo le dice al emisario egipcio que los cruzados no tienen miedo de morir en la batalla por el Santo Sepulcro. "Moriremos, tal vez, pero no inultos", exclama, en clara alusión a las últimas palabras de Dido según la *Eneida*.

Aquellos literatos comprendieron la conveniencia de recurrir a la mitología grecorromana –la Edad Media casi no aparece– en el convencimiento de que el mundo clásico, lejos de estar muerto, era una parte viva y palpitante de la cultura renacentista, por lo que enriquecieron su obra poniendo de manifiesto dicha continuidad.

El peso que la cultura grecorromana tuvo en el Renacimiento es advertible también en el campo de la *historia* y de la *filosofía*, si bien en este terreno lo que abundaron fueron las traducciones. Las *Vidas paralelas* de Plutarco se vieron vertidas al español en el siglo XIV. Herodoto fue puesto en latín a

mediados del siglo XV. También de Tucídides hubo una célebre traducción latina. La *Guerra de las Galias* de César pudo ser leída en francés en el siglo XIV. Tito Livio fue vertido al italiano. Hubo también numerosas traducciones de libros de filosofía. Parece extraño, pero Platón no fue traducido demasiado. Sí, en cambio, Aristóteles, especialmente su *Política*, así como varios diálogos de Cicerón.

En cuanto al *teatro*, algunas obras, no demasiadas, sobre todo de Sófocles y Eurípides, conocieron versiones vernáculas. También Plauto gozó de gran popularidad. Hubo, asimismo, producciones originales. Pero aun en esos casos, la estructura de dichas obras no dejó de inspirarse en los usos del teatro griego y romano, por ejemplo la duración de más o menos tres horas, la división en tres, cuatro o cinco actos, la costumbre de intercalar cantos y danzas en ciertos momentos de la trama. El coro es otra invención griega, asumida por los renacentistas. Lo mismo que la idea de desarrollar un argumento complicado, en base a personajes vigorosamente delineados y complejos, entre los que estallan conflictos físicos y espirituales, con el suspenso cada vez mayor que produce en el ánimo la tensión de la intriga. Todo el teatro del Renacimiento depende directamente del teatro griego y romano. Los que antes que nadie experimentaron el atractivo del teatro clásico fueron autores italianos, quienes compusieron las primeras comedias, tragedias y églogas de los tiempos modernos. También en España hubo interés por este género. En 1499 Fernando de Rojas publicó un libro donde se funden la novela naciente y el teatro, *La Celesti-*

na o "Comedia de Calixto y Melibea", que luego se llamó "tragicomedia", palabra inventada por Plauto, a quien el autor español conoció bien; sus sirvientes intrigantes, sus rufianes, sus soldados fanfarrones y sus prostitutas desembozadas son, por cierto, personajes de la España de entonces, pero llenos de reminiscencias de las obras más atrevidas del comediógrafo romano. Celestina, la protagonista, proviene, sin duda, de la vida real, pero aparece ya vislumbrada en Ovidio. Como afirma Gilbert Highet, "en la *Celestina* se unen España y Roma, tal como habían estado unidas quince siglos atrás".

Fue también en aquellos tiempos cuando la *ópera* inició su curso, que sería glorioso. Nació gracias a que algunos conocedores de los clásicos que amaban el teatro, sabían que en las tragedias griegas la música era una parte esencial de la pieza. Por eso se lanzaron a entretejer declamación dramática y exposición lírica con acompañamiento musical. Sólo tenían una duda, y era si los griegos ponían en música sólo los coros, o también los discursos dramáticos y los argumentos. Éste fue un problema no del todo resuelto, acabándose por recurrir a los recitativos, interrumpidos aquí y allá por arias. Siglos después, Wagner adoptaría el sistema que llamó "canto-discurso". Digamos de paso que también el gran músico alemán pretendería emular con sus óperas la tragedia griega. Se dice que mientras componía *El anillo de los Nibelungos*, escribía música durante toda la mañana y por la tarde leía los trágicos griegos. La primera ópera de nuestra época, que se representó justamente en Florencia el año 1594, se llamó *Dafne*, que era el

nombre de una de las ninfas de la mitología griega, amada por Apolo y convertida en laurel al querer huir de su seductor. Poco después entró en escena el primer gran compositor de óperas, Claudio Monteverdi, con una dramatización de la leyenda de *Orfeo*, el legendario poeta y músico griego, que buscó rescatar del infierno a su esposa Eurídice, pero volvió a perderla por haber mirado hacia atrás antes de lo convenido con los dioses, muriendo destrozado por las Ménades. La ópera y el teatro moderno son ambos hijos de la tragedia griega.

Digamos también algo de la *poesía lírica*. Este género literario existía ya en Europa antes de que empezara el Renacimiento, cultivado de manera admirable por los poetas provenzales, franceses, españoles, italianos, ingleses y alemanes. Con frecuencia dichos poetas mostraban su afición por lo clásico retomando o adaptando las formas de versificación de aquellos remotos tiempos. Para los poemas líricos más ambiciosos escogieron el nombre de *oda*, que en griego significa "canción". La oda era una canción compuesta según la manera clásica. El poeta romano Horacio fue ampliamente conocido en la Edad Media. No así el griego Píndaro; por eso, cuando se lo redescubrió, produjo una impresión muy honda en los vates del Renacimiento. A mediados del siglo XVI, Joachim du Bellay, con el deseo de que la literatura de Francia adquiriese mayor vuelo, propuso que la poesía "saquease la ciudad romana y el templo délfico", es decir, el pasado cultural clásico, retornando a los temas, los mitos, los recursos de estilo, la belleza toda de Grecia y Roma. En lo que toca a las

"odas", los poetas renacentistas se esforzaron por realzar su belleza, haciendo que algún compositor les pusiera acompañamiento musical. Los que escribían poemas líricos al estilo de Horacio, si pensaban en su melodía, preferían que estuviese a cargo de un solo cantante, o un grupo reducido. En cambio para las odas de inspiración pindárica, como el estilo literario del poeta griego era más brillante y de vuelo superior, parecía requerirse de un coro y una orquesta. John Milton, que escribió odas pindáricas y sonetos horacianos, en una de sus odas destaca el vínculo entre la poesía y la música:

Dulces sirenas, celestiales dones,
armoniosas hermanas, Voz, Poesía,
fundid las dos vuestros divinos sones.

Horacio inspiró ampliamente a los nuevos poetas. El primero de los grandes humanistas que se sintió inspirado por su encanto fue Petrarca. En el ámbito de la literatura castellana, Garcilaso de la Vega escribió los primeros poemas líricos de inspiración horaciana. Fray Luis de León, por su parte, tradujo más de veinte odas de Horacio. En Inglaterra, dichas odas se enseñaban en las escuelas y durante algún tiempo se las recitó en latín, antes de que los poetas comenzaran a imitarlo en la lengua local.

5. *El llamado Primer Renacimiento*

Lo dicho hasta acá muestra cómo el Renacimiento, sin dejar de ser católico, asumió los grandes valores de la antigüedad clásica, proyecto admirable, por cierto. Sin embargo, como lo hemos señalado anteriormente, algunos estudiosos destacan la necesidad de distinguir dos momentos en el Renacimiento, uno saludable y enriquecedor, y el otro peligroso y mundanizante. Detengámonos ahora en la consideración del primero, en el que se puede descubrir cierta continuidad con la Edad Media. Es cierto que el Renacimiento, aun en sus momentos iniciales, tomó alguna distancia del espíritu medieval, no tanto en el plano del pensamiento cuanto en el de la vida. Como afirma Louis Bouyer, la gente comenzó a experimentar gusto nuevo por lo humano y por el universo natural. Ya no se haría filosofía como peldaño de la teología, ni literatura para hacer exégesis, ni arte para glorificar a Dios. O mejor, esos fines seguían subsistiendo, si no el Renacimiento ya no hubiera sido católico como de hecho lo fue en sus comienzos, pero a aquellos hombres les agradó destacar, junto a esos fines trascendentes, otros más inmediatos.

El entusiasmo por los clásicos, sobre el que nos hemos extendido, fue propio de todos los renacentistas, desde los primeros hasta los últimos, como se ve por el ardor con que en todas partes se multiplicaban las ediciones de los antiguos textos. La aparición de la imprenta, formidable invento hecho en el año 1468, en pleno Renacimiento, mostró

enseguida la admiración profunda que el mundo culto rendía a los méritos de la antigüedad. Buena parte de los primeros libros impresos no hacían sino entregar el público el patrimonio grecorromano. En este poner al alcance de la gente las obras de los clásicos se trasuntaba la idea de convertir a los antiguos paganos en algo así como en "heraldos de Cristo", según la bella expresión del humanista Jouvency. Ello se logró, no forzando el sentido de los escritos de aquellos autores, o falseando sus pensamientos, sino tomando pie de las muchas ocasiones que en su explicación se iban presentando para exhortar con naturalidad a las diversas virtudes. No sería difícil reunir los incontables pasajes de la *Ilíada* y de la *Odisea*, y de tantas obras clásicas en que, explícita o implícitamente, se encomian acciones meritorias y heroicas, conformes a la ley de Dios. La existencia de un Ser supremo, su providencia, su justicia, la necesidad de aplacar a un Poder sobrehumano con sacrificios, el respeto a los padres y a la patria, la práctica de la hospitalidad, de la beneficencia, de la magnanimidad, el desprecio al adulterio, a la felonía, a la desmesura...

El P. Arturo Cayuela nos ha dejado algunos argumentos teológicos que pueden fundar dicha actitud. ¿Acaso no aseguraba San Pablo a sus fieles, escribe, que todas las cosas, tanto de la gracia como de la naturaleza, les pertenecían, ya que Dios, autor de la una y de la otra, las ponía en sus manos? *Omnia vestra sunt, vos autem Christi* (1 Cor 3, 22-23). Luego, el tesoro del mundo grecorromano, donde se conserva un patrimonio tan rico de humanidad, de belleza y de verdades naturales,

producto, en parte, de la razón humana, y en parte residuo de una revelación primitiva, les pertenece a los fieles cristianos por donación divina. Como los hijos de Israel cuando salieron de su cautiverio en tierra egipcia, también ellos han despojado de sus tesoros a los egipcios, esto es, a los antiguos paganos, para ponerlos al servicio de Dios. "El Cristianismo, además de ser una luz que todo lo esclarece, es una energía que todo lo transforma, dotado como está de un sobrehumano poder de asimilación. Por algo lo comparó Jesús a un fermento que, infundiéndose en la masa, la hacía fermentar toda. No es, pues, de maravillar que, infundido ese su espíritu en las obras de la sabiduría pagana, haya eliminado de ellas lo nocivo y lo falso, y tras ese trabajo de eliminación, se haya asimilado cuantos elementos de verdad y de vida se contenían allí."

La Iglesia pudo así cosechar en aquellos tiempos no sólo la Revelación proveniente del pueblo elegido, sino también el contenido de la cultura griega y de la civilización latina. No sin misterio –lo hemos ya señalado– el título de la Cruz estuvo escrito en hebreo, en griego y en latín.

El primer Renacimiento no pudo ser sino plenamente católico. Así lo constata Ludovico Pastor. A juicio del gran historiador alemán, hay que cambiar aquella idea tan generalizada del carácter irreligioso e inmoral del Renacimiento, al menos si la referimos a los comienzos de aquella época. El profundo sentido religioso que había constituido el fondo del pueblo italiano en la Edad Media, se con-

servó en el pueblo fiel. Las familias seguían preocupándose porque la educación fuese según el Evangelio. También el arte tenía un carácter marcadamente cristiano, como lo testimonia gran cantidad de obras de arquitectura, escultura y pintura del siglo XV. Ciudades enteras, por ejemplo los habitantes de Siena en 1483, se consagraban públicamente a la Santísima Virgen. Y cuando el domingo de Ramos de 1496, Savonarola, con el crucifijo en la mano, se dirigía al pueblo de Florencia diciéndole: "Florencia; este es el Rey del universo; él quiere ser tu Rey; ¿quieres tú ser suya?", le respondía el más entusiasta asentimiento. Fue también época de grandes santos, entre ellos San Bernardino de Siena, San Juan de Capistrano, San Antonino y tantos otros.

Hubo, pues, prosigue Pastor, un Renacimiento verdadero y cristiano, pletórico de entusiasmo por los tesoros del mundo antiguo. Es cierto que los cristianos mas lúcidos, al tiempo que reconocían en los clásicos uno de los principales medios de formación, tenían conciencia de los peligros que traía consigo la resurrección de la antigua literatura. Seguían en ello el comportamiento del Dante. Su programa era: conservación de las tradiciones religiosas y nacionales, cultivo de la Antigüedad con espíritu cristiano, y conciliación del Renacimiento con el Cristianismo. Tal fue el Renacimiento cristiano, que se expresa admirablemente en los que continuaron a Cimabue y a su discípulo Giotto, ambos del siglo XIII, como por ejemplo, el gran fra Angelico, hombre que aun siendo plenamente renacentista, trataba de elevar los corazones a las cosas

eternas con el lenguaje de la pintura, como los místicos los hacían con sus escritos. El primer Renacimiento fue uno de los momentos más extraordinarios de la cultura occidental europea.

Por cierto que, como lo acabamos de señalar, la Iglesia debió estar atenta al modo como se implementaban los estudios humanísticos. Bien señala Pastor que ellos se podían volver hostiles si se abandonaban los cautos métodos seguidos hasta entonces; o si los estudios clásicos, en vez de ser puro medio de formación, se convirtiesen en fin independiente; o si, en lugar de utilizarse para profundizar y arraigar las convicciones específicamente cristianas, se emplearan en cuestionarlas o destruirlas. Por el contrario, si la antigüedad pagana se contemplaba desde el punto de vista de la verdad del cristianismo, el renacimiento de la literatura clásica no podía menos de ser provechoso para la Iglesia. Mientras dicha relación se entendió bien, lo que sucedió fue un intercambio de beneficios. Cuando el mundo antiguo fue considerado desde las alturas del Cristianismo, se manifestó en toda su belleza y en su total plenitud. Y cuando las instituciones cristianas y la doctrina de nuestra fe se compararon con las correspondientes manifestaciones de la vida y el pensamiento antiguos, adquirieron nuevo realce. "El fomento, pues, que las autoridades eclesiásticas procuraron a los recientemente renovados estudios de la Antigüedad, mientras éstos se cultivaran en el espíritu que debían, no podía ser sino provechoso para los intereses de la Iglesia. Partiendo del principio de que la ciencia en sí misma es un alto bien, y que los abu-

sos de ella no justifican el que se la oprima, la Iglesia defensora en esto como en todo del justo medio, combatió desde el principio solamente la superstición pagana, la inmoralidad pagana, pero no la cultura grecorromana del espíritu", escribe el historiador alemán.

La actitud que tomó la Iglesia fue producto de la sabiduría. Entusiasmo por los tesoros del genio antiguo, pero no tan desmedido que pusiera en peligro la fidelidad a la doctrina católica, midiendo y juzgando las ideas de aquel mundo con arreglo a los principios del Cristianismo. Justamente será la actitud contraria a la que tomarían los otros renacentistas, los del segundo período, los paganizantes y mundanizantes. Como explica Pastor, era claro que el ideal de humanidad que concebía la antigüedad clásica, y encarnaba en sus héroes y dioses, no era todo ideal, ni un ideal completo de lo que debe ser el hombre y su existencia. Era tan sólo un bosquejo, un perfil que había de recibir de otro orden superior sus colores, su vida, y una especie de transfiguración. Hubiera sido ridículo querer abrazarse a ello renunciando al cristianismo, como veremos intentarán hacerlo los partidarios del falso renacimiento, "aquellos humanistas que, en vez de levantarse desde los poetas y filósofos de la antigüedad hacia Cristo, volverían las espaldas a la gloria del Cristianismo, para tomar prestados sus ideales al genio de la Antigüedad".

A pesar de las deficiencias y peligros de la cultura antigua, resalta la amplitud que mostró la Iglesia frente a ella. Para poner un ejemplo, en lo que toca

a los libros de los clásicos, la Inquisición española del siglo XVI procedería más bien con lenidad que con rigor, permitiendo imprimir las obras completas de los clásicos paganos "*propter elegantiam sermonis*", por la elegancia de su decir, con tal de que no se leyesen a la juventud los pasajes obscenos.

Hemos señalado de manera reiterada cómo en el Renacimiento hay que distinguir dos corrientes, la de un Renacimiento católico y la de un Renacimiento paganizante. Dos hombres geniales, que están en el origen del renacimiento literario, parecen haberlas encarnado: Francisco Petrarca y Juan Boccaccio. Si bien ambos vivieron en el siglo XIV, fueron ya hombres del Renacimiento. Detengámonos ahora en la figura del primero, dejando para más adelante la consideración del segundo. *Petrarca* supo juntar una ardorosa adhesión a la Antigüedad clásica con una adhesión total al Cristianismo. "Yo no soy ni ciceroniano, ni platónico, sino cristiano –decía–, ya que estoy seguro de que Cicerón mismo hubiese sido cristiano si hubiese podido ver a Cristo y conocer su doctrina. En cuanto a Platón, no hay duda alguna, según San Agustín, de que si él hubiese resucitado en esta edad o si hubiese podido prever el futuro, habría sido cristiano; cuenta el mismo Agustín que muchos platónicos de su tiempo lo llegaron a ser, y puede creerse que él estuviese en aquel número." No en vano afirmó muchas veces que tenía el Evangelio en más alto lugar que toda la sabiduría de los antiguos. "Sólo entonces se puede amar las escuelas de los filósofos y consentir con ellas –escribe a un amigo– cuando no se separan de la verdad, ni nos apartan de nues-

tro supremo fin. Si alguno se atreviera a intentar esto, aunque fuera Platón o Aristóteles, Varrón o Cicerón, debiéramos con libre constancia despreciarlo y pisotearlo. Ninguna agudeza de la argumentación, ninguna gracia del lenguaje, ninguna celebridad de los nombres puede extraviarnos; a pesar de todo, ellos fueron solamente hombres, eruditos hasta donde alcanza la investigación humana, brillantes por su elocuencia, favorecidos con los dones naturales; pero dignos de compasión por carecer del soberano e inefable Bien; y porque solamente confiaron en sus propias fuerzas, y no se afanaron por llegar a la verdadera luz, cayeron muchas veces como los ciegos. Admiremos, pues, los dones de su ingenio; pero de tal manera que adoremos al Creador de los mismos dones. Compadezcámonos de los errores de aquellos hombres, y felicitémonos al mismo tiempo, reconociendo que, por gracia y sin nuestro merecimiento, hemos sido antepuestos a nuestros predecesores por Aquel que esconde sus misterios a los sabios y los descubre graciosamente a sus pequeñuelos. Filosofemos de tal suerte, que amemos la sabiduría; mas la verdadera sabiduría de Dios es Cristo; y para filosofar de verdad debemos ante todas las cosas amarle y adorarle. Ante todo hemos de ser cristianos, y esto supuesto, seamos después lo que nos pluguiere. Los escritos filosóficos, poéticos e históricos, hemos de leerlos de modo que siempre repercuta en nosotros el Evangelio de Cristo; sólo de esta manera podremos ser eruditos y cristianos, y por otro camino, cuanto más hubiéramos aprendido, tanto seremos más ignorantes y desdichados."

Tan grande era, sin embargo, su admiración por la gran tradición clásica que resolvió latinizar su nombre, ya que originalmente se llamaba Francesco di Petracco. Petrarca perteneció a la generación posterior a Dante, y si bien no conoció la Escritura ni a los filósofos griegos tanto como aquél, sí lo superó ampliamente en el conocimiento de la literatura clásica. Su frecuentación de Cicerón le enseñó a expresarse notablemente a través del género epistolar. Una de sus más encantadoras ocurrencias fue la de dirigir cartas a los grandes muertos a quienes admiraba: Homero, Cicerón y otros más.

Para justificar su afición a los poetas y pensadores clásicos, Petrarca invocó repetidas veces la autoridad de San Agustín. "Un tan gran Doctor de la Iglesia –dice– no se ruboriza de dejarse guiar por Cicerón, por más que éste persiguiera un fin distinto; y ¿por qué se había de ruborizar?, pues ningún guía es despreciable, si nos muestra el camino de la salud. Con lo cual no quiero negar que se hallen en los clásicos muchas cosas dignas de evitarse; pero, aun en los escritos cristianos se encuentran también otras que pudieran seducir al incauto lector; y el mismo Agustín desarraigó con sus propias manos, en una obra laboriosa, la cizaña esparcida en el fecundo campo de sus escritos. Para abreviar; son raros los libros que puede uno leer sin peligro, si no le alumbra la luz de la divina verdad, enseñándole lo que ha de elegir y lo que debe evitar; pero si seguimos aquella luz, podemos andar seguros por todas partes."

El gran literato reiteró sin temor estas mismas consideraciones cuantas veces salió como apologista en defensa del Cristianismo. Tal fue su prestigio que en 1341 las autoridades romanas decidieron coronarlo como poeta en el Capitolio de la Urbe. La coronación con ramos de laurel era una idea griega que los romanos habían hecho suya. En aquella ocasión, luego de recibir la corona, se dirigió a la basílica de San Pedro, para depositarla en el altar del Príncipe de los Apóstoles. Por aquel entonces el Papa residía en Aviñón, y él era funcionario de la administración pontificia. Fue quizás su adhesión a la sede de Pedro lo que le indujo a exhortar a Benedicto XII para que retornase de Aviñón a Roma.

Sin embargo Petrarca no quedó exento de algunas de las tendencias de su siglo, ni de los aspectos peligrosos de aquel retorno cultural a la Antigüedad. En el ámbito de la moral cedió repetidas veces en el combate con las pasiones sensuales, y mostró desmedida ambición en acumular prebendas. Asimismo no disimuló su desprecio por la escolástica, si bien es cierto que ésta se encontraba, como ya lo hemos indicado, en un período de franca decadencia. Hubo también en él un cierto contagio del paganismo, que en ocasiones oscureció el ideal cristiano.

Juntamente con Petrarca podemos considerar otra figura relevante del ámbito renacentista, si bien se trata de un literato bastante posterior y de una nación diversa. Nos referimos a *William Shakespeare*. No hay duda de que sobre el gran dramaturgo inglés ejerció una influencia decisiva la cultura griega

y latina. De las cuarenta grandes obras que se le atribuyen, seis de ellas se inspiran en la historia romana, y otras seis transcurren en ambiente griego, al punto de que su interés por los temas de la antigüedad clásica corre parejo con el atractivo que sobre él ejercieron los asuntos ingleses, sus reyes y sus nobles. Por lo demás, no deja de resultar significativo que aluda en tan pocas ocasiones a temas medievales, lo que muestra que no consideraba a la Edad Media como algo vital y estimulante, actitud muy común en los renacentistas, siempre inclinados a prescindir de aquella época para empalmar directamente con la antigüedad clásica. Sus obras nos permiten advertir que conoció mucho más y saboreó con mayor fruición los asuntos de Roma que los de Grecia, con la única excepción de los mitos griegos que llegaron a través de Roma. Aun cuando era católico, su conocimiento de la Escritura parece limitado, al menos si lo comparamos con el que tenía del mundo antiguo.

Al igual que los poetas del Renacimiento, Shakespeare gustaba citar frases de la poesía latina, en su lengua original o traducidas, e imitar pasajes particularmente notables de los clásicos. No lo hacían por pedantería, señala Gilbert Highet, sino que era uno de los recursos que privilegiaban para dar toques de belleza y también de autoridad a sus obras. Shakespeare conoció bien a tres autores clásicos. El primero fue Ovidio, su poeta preferido. El segundo, Séneca, quien lo inspiraría sobre todo en sus dramas históricos y sus tragedias, por ejemplo en *Ricardo III*, y también en *Macbeth*, con sus brujas, oráculos, fantasmas y locuras. "Enclavado quedará

el crimen", decía Séneca. Y Shakespeare expresaba así la angustia de Macbeth luego de haber asesinado al rey: "¿Podrá quitar Neptuno con sus aguas de mi mano esta sangre? Antes mi mano los vastos mares tornará bermejos." El tercero de los autores que predileccionó fue el historiador griego Plutarco, quien en su *Vidas paralelas* trazó las semblanzas de varios estadistas griegos y romanos. *Julio César, Coriolano, Antonio y Cleopatra* proceden de esa fuente.

Shakespeare fue un inglés del Renacimiento. Nadie logró expresar tan hondamente como él la infinita miseria del hombre cuando se deja arrastrar por las pasiones y la sublima nobleza del alma cuando realiza su destino espiritual.

IV. El Renacimiento paganizante

Anteriormente hemos señalado cómo la actividad creadora estaba ya en su plenitud durante la Edad Media, suscitando una verdadera cultura, y hasta qué punto ello implicó la adopción de la tradición grecorromana. En aquel período de la historia, la cultura antigua se incorporó plenamente al catolicismo, y éste fue el vehículo que la condujo hasta los tiempos modernos. No fue sino ello lo que posibilitó un Renacimiento histórico y cristiano. Pero para llegar al Renacimiento fue preciso que las fuerzas del hombre se acumulasen previamente en su interior –tal fue lo que sucedió a lo largo del medioevo– de modo que luego se manifestasen con mayor plenitud, si cabe. Quede así bien en claro que el florecimiento subsiguiente se debió ante todo al reservorio medieval. No obstante, si bien algunos supieron reconocer dicha deuda con gratitud, fueron muchos los que se mostraron ingratos para la época que los había engendrado, y quisieron liberarse de ella, con el ansia de apurar todas las ilusiones humanistas. Los primeros procuraron combinar armónicamente el elemento antiguo con el cristiano, y hacer fructíferos los tesoros culturales de la Antigüedad, viendo en ella un precioso manantial de ideas y sugestiones. Los otros adhirieron sin reticencias ni distinciones al mundo grecorromano, con un fanatismo no exento de morbosidad, al punto que sus partidarios exhibieron en muchas de sus producciones un criterio preponderantemente pagano. La primera dirección dio lugar al verdadero renacimiento, que fue cristiano, y del que ya hemos tratado; la segunda, a un renacimiento espurio, que fue pagano. Algunos humanistas anduvieron vacilando a una y otra parte entre ambas tendencias; otros buscaron una posición intermedia, y otros, finalmente, se dejaron arrastrar por una de las dos corrientes en su juventud, y por la otra en su edad madura. El impresionante influjo de este segundo movimiento provocó un verdadero huracán en la historia e inficionó amplios sectores de la Iglesia. Es en este sentido que lo hemos incluido entre las "tempestades de la historia", ya que puso en peligro la nave de Pedro.

1. *Entusiasmo fáustico*

Bien ha escrito Godefroid Kurth que toda riqueza, material o intelectual, tiene su peligro. La primera conduce fácilmente a los placeres del mundo, la segunda puede ser fuente de soberbia. Cuando el Evangelio dice: "¡Ay de los ricos!", quizás esta "malaventuranza" se pueda aplicar no sólo a los que están obsesionados por el oro, sino también a los que buscan de manera prometeica el saber. Pues bien, para no pocos de los humanistas del Renacimiento, la vida intelectual fue un vino que los embriagó. Sólo quisieron ser "humanistas", sin inquietarse por saber si seguían siendo cristianos. Y así, encandilados por los brillos de la Antigüedad, se hicieron paganos, porque los antiguos lo fueron. No se arredraron más ante los vicios que reprueba la moral cristiana, cuando los vieron surgir idealizados y con todo el prestigio de la poesía.

Por eso en el segundo Renacimiento, lo único que "renació" fue el interés por la cultura grecorromana, un tanto olvidada a fines de la Edad Media. En ello coincidió con el otro tipo de Renacimiento. En cambio, si atendemos a los demás sectores de la vida, dicha tendencia estuvo marcada no tanto por un renacer cuanto por un cambio progresivo –y a veces repentino– de ideas y sistemas aceptados desde hacía mucho, que fueron abolidos y sustituidos. Se trató de una verdadera revolución cultural, que estalló incluso dentro mismo de cada persona.

Hemos visto que el Renacimiento se caracterizó por la fascinación literaria que sobre aquellos hombres ejerció la Antigüedad, de donde la convicción universal de que los tipos incomparables de lo bello habían sido concebidos por los antiguos, y que a los modernos sólo les restaba imitarlos, si querían realizar el ideal estético. Esta persuasión fue común a todos los renacentistas, sin distinción. Mas lo propio de quienes integraban el llamado "segundo Renacimiento" era que la edad moderna debía repudiar la cosmovisión medieval, y pasando por encima de la Edad Media, totalmente bárbara y estéril, empalmar directamente con la Antigüedad, brillante y fecunda. Nicolás Boileau, por ejemplo, en su *Arte poética*, afirmaría tranquilamente que "nuestros abuelos" –los medievales– no conocieron ninguna especie de poesía ni de ritmo, y que el teatro había sido para ellos un placer ignorado. Afirmación monstruosa para los que sabemos que los trovadores de la Edad Media fueron los padres del lirismo moderno, que todas nuestras epopeyas datan de esa época, la de Rolando, la del Cid, la de los Nibelungos, y en fin, que jamás el teatro gozó de tanta popularidad y tuvo tanto influjo social como en la Edad Media.

Los más inteligentes lo expresaban de una manera matizada. Al hombre medieval, decían, no se le había dado la libertad suficiente para crear a su gusto, para iniciar un movimiento cultural espontáneo, de modo que sus fuerzas espirituales, formadas por la disciplina ascética del cristianismo, se encontraban trabadas. Se creyó, asimismo, que el ascetismo medieval había puesto un freno al anhelo de felicidad del hombre, siendo fuente de incurable tristeza. Como afirmó un escritor, refiriéndose

a dicho prejuicio: "Lo peculiar del Renacimiento fue haber hecho del Clasicismo una secta, un orgullo y una agresión contra la Edad Media."

Lo fructuoso del primer Renacimiento, el cristiano, se debió al hecho de haber recurrido a las letras antiguas, buscando en ellas un fermento para mejorar su gusto, algo estragado en las postrimerías del Medioevo. Pero luego muchos no se contentaron con valorar el ideal literario, sino que lo que comenzaron a apetecer, y de manera morbosa, fue hacer suyo el ideal pagano que se reflejaba en aquellas obras, tratando de trasladar a la sociedad de su tiempo el estilo de vida de los antiguos. Algunos comenzaron entonces a exaltar los goces materiales, la superioridad de lo corpóreo, la gloria y el lujo mundano, el disfrute de la vida y la adoración del yo.

El entusiasmo por la Antigüedad se desorbitó. Como la admiración a los santos se había aminorado, en pro de los héroes grecorromanos, algunos padres de familia preferían poner a sus hijos nombres de griegos o romanos ilustres, como Agamenón, Ulises, Aquiles, César, o incluso sustituir el nombre que les habían puesto en el bautismo por otro nombre antiguo y eufónico. Incluso algunos optaron por cambiar el apellido. Fue entonces cuando se introdujo la costumbre de traducirlo al latín o al griego. Así de *Giovanni* se hizo *Jovianus* o *Janus*; de Pietro *Petreius*. El mismo Ariosto, que tanto se burlaba de estas cosas, hubo de ver cómo se bautizaban niños y niñas con los nombres de los héroes y heroínas de sus obras.

El fanatismo por Cicerón fue simplemente demencial. Hubo verdaderos casos de locura entre los "ciceronianos", como lo prueba la trágica historia de un belga, Cristóbal Longolio, un especie de Quijote literario, que consumió diez años seguidos en la lectura de Cicerón para no contagiarse con ningún otro autor, y llegó a creerse ciudadano de la antigua Roma, y a componer, como si verdaderamente hubiese de recitarlas en el Senado, pomposas arengas, para defenderse de acusaciones, en gran parte imaginarias, o nacidas de manías persecutorias... Como él, hubo varios "ciceronianos" que se prohibían toda expresión cuya procedencia no se pudiese probar documentalmente en las fuentes del gran orador latino.

Los más cultos procuraban escribir como lo hacían los antiguos y acabaron por sentir también como los antiguos pensaban y sentían. Ya no era "tradición", es decir, un depósito que se transmite de una a otra generación, siempre enriqueciéndose, y eventualmente retocándose, sino una mera "reproducción". Los poetas de este tipo querían que se los llamase –al menos así se llamaban a sí mismos– "sacerdotes de las musas", y ello no sin una pizca de celosa militancia contra el clero, orgullosos de haber renunciado a veces, en aras del sacerdocio de la poesía, a las comodidades y al bienestar. Fue el proceso exactamente inverso al que desarrolló la época patrística y medieval. En aquellos tiempos se recurría a los autores antiguos, quitándoles sus errores, para integrarlos luego a la cosmovisión cristiana. Ahora se realiza la operación inversa, a veces sin que ni siquiera los católicos se diesen cuen-

ta. Se vuelve a los antiguos, pero asumiendo sus errores para oponerlos a la cultura católica, tildada de medieval y oscurantista.

Un entusiasmo tan desbocado por los antiguos no pudo sino ejercer cierto influjo perturbador en las convicciones y la vida de los cristianos. Ya hemos visto cómo Petrarca deploraba que quienes confesaban la fe cristiana y la anteponían a la filosofía de los paganos, eran desacreditados como necios e ignorantes; y que se había llegado hasta el extremo de tener como incompatibles la formación literaria y la fe católica. Algunos, pretendiendo basarse en Aristóteles, llegaron a afirmar que la ciencia estaba en contradicción con la fe católica. Aunque no combatieran expresamente al cristianismo, casi todos los partidarios de este Renacimiento espurio se mostraron indiferentes hacia él, considerando sus estudios clásicos y la antigua filosofía como algo completamente divorciado de la fe de la Iglesia, sin ningún punto de contacto con ella. Por prudencia humana o conveniencia social, se manifestaban todavía adictos a la fe cristiana y mantenían algunas prácticas exteriores, pero interiormente estaban más o menos alejados de ella.

Los literatos y artistas de dicha tendencia miraban a los demás como inferiores y desde las alturas de su orgullosa formación humanística no disimulaban su menosprecio por las personas "vulgares", el *uomo qualunque*. Fue común a todos ellos una desmedida satisfacción de sí propios, un agudo narcisismo, que los hacía sentirse escogidos y perfectos. Eran los "genios" y gustaban que así se los

considerase. Uno de ellos, Poggio Bracciolini, que veneraba tanto la antigüedad pagana que no hubiera dudado cambiar todos los tesoros de la doctrina cristiana por un nuevo discurso de Cicerón, llevaba una vida muy poco decente. Ello nos obstaba para que se arrogase el derecho de juzgar severamente las corrompidas costumbres de monjes y clérigos. Los frailes mendicantes, decía, se proponen reducir a los otros a la mendicidad, viviendo a costa del sudor ajeno.

2. *Revolución cultural*

A pesar de todos estos conatos y bravatas, los hombres del Renacimiento no se parecieron tanto como lo hubiesen deseado a los hombres de la antigüedad, a los griegos, a los romanos. Por más que lo quisiesen disimular, pervivía dentro de ellos la Edad Media; habían sido bautizados, y el agua del bautismo no podía ser ya borrada por ningún retorno a la antigüedad, por nada de lo que un paganismo superficial les pudiera aportar. Jamás, en el seno de la Cristiandad europea, podía el paganismo ser un paganismo en serio, sincero y profundo. El alma de los hombres del Renacimiento era demasiado compleja como para que hubieran podido ser buenos paganos.

Sin embargo la revolución que llevaban adelante era copernicana. El Renacimiento, más allá de su apasionado retorno a las letras y artes de la Antigüedad, se nos muestra como la encarnación de

una doctrina en que la visión teocéntrica, que fue la propia del Medioevo, busca ser sustituida por una perspectiva inversa, antropocéntrica y autónoma, en la que el hombre afirma el valor absoluto de su poder, organizando en torno a esta idea las ciencias y las artes, la política y la moral, en el seno de una concepción inmanentista de la cultura.

Los hombres se fueron haciendo "mundanales". Al convertirse la antigüedad clásica no sólo en modelo cultural sino también en ideal de vida, el escepticismo comenzó a invadirlos. Si bien seguían distinguiendo el bien y el mal, reconocían cada vez menos el sentido teológico del pecado y por ende la necesidad del arrepentimiento. La redención perdía toda significación, así como la idea del más allá, a no ser que se la considerase de modo meramente poético. Quizás haya sido ésta la principal peculiaridad del Renacimiento si se lo compara con la Edad Media: su carácter de mundanalidad, ennoblecida por la poesía y el arte. Incluso a algunos les gustaba hacer gala de ateos, pero era un ateísmo *pour la galerie*, no hijo de la convicción ni especulativamente fundamentado, sino sólo producto de su preferencia por el hombre de la Antigüedad frente al hombre de la Edad Media, tratando de acercársele a aquél en todo.

La principal idea que estos hombres enarbolaron como bandera de combate fue la del *humanismo*, que no era para ellos sino una ética de la nobleza humana. Impulsando el humanismo una fuerte tendencia al estudio y a la acción, buscaba exaltar la grandeza del genio, el poder de sus creaciones. Lo esencial era para ellos el esfuerzo del individuo por desarrollarse a sí mismo mediante una disciplina estricta y metódica, potenciando todas las capacidades naturales para no dejar perder nada de lo que engrandece al ser humano y lo magnífica. "Tender con un esfuerzo ininterrumpido –dice Goethe en el *Fausto*– hacia la más alta forma de existencia." Dicha ética imponía un esfuerzo constante, una moral individual y colectiva, un derecho y una economía, una política, un arte y una literatura, todo ello como fruto del esfuerzo humano, sin recurso alguno a la ayuda de la gracia, y en base a un retorno a la cultura antigua. Las generaciones del Renacimiento italiano estaban convencidas de que habían restablecido con la Antigüedad un contacto que juzgaban interrumpido desde comienzos de la Edad Media, retomando el esfuerzo del hombre antiguo por conocer el mundo y la naturaleza humana, sobre el que se había fundado la antigua educación del individuo y del ciudadano. El hombre de la Antigüedad era el hombre verdadero, el hombre como debía ser. La Edad Media lo había maleado. Se hacía, pues, preciso "renacer", reasumiendo la cultura y el modo de vida de Grecia y Roma. Refiriéndose a Italia decía Maquiavelo: "Este país ha nacido para resucitar las cosas muertas."

3. *Juan Boccaccio y Lorenzo Valla*

Hemos dicho que así como Petrarca simboliza el primer Renacimiento, de manera semejante *Juan Boccaccio* encarna el segundo. Su principal

obra fue el *Decamerón*, colección de cuentos, aventuras, amores y desengaños, redactados en espléndida prosa italiana, que se narran en el transcurso de diez días de fiesta (de ahí la palabra "decamerón", como queriendo decir un "período de diez días"). Los relatores son un grupo de siete damas y tres caballeros que han huido de la ciudad asolada en aquel tiempo por una peste, hallando refugio en una lujosa quinta, lejos de toda posible preocupación. En el comienzo mismo está el cuento de un judío que se hallaba indeciso entre abrazar o no el cristianismo. Para acabar de resolverse decidió visitar la ciudad de Roma. Al volver de allí se bautizó inmediatamente. ¿Por qué lo has hecho?, le preguntaban. Porque he visto tantos vicios y tanta corrupción en Roma, centro de la cristiandad, que si la religión cristiana había podido sobrevivir, como a todos constaba, era porque Dios estaba evidentemente con ella. Era una manera elegante que encontraba Boccaccio para burlarse de la Iglesia, ocupación muy estimada en aquellos círculos literarios.

Todo el ambiente del *Decamerón* transporta al lector a una atmósfera morbosa de pagana sensualidad. Resulta impresionante hasta qué punto aquel maestro genial de las formas y de la pintura de caracteres, escarneció cualquier tipo de honestidad cristiana, poniendo la moralidad en la picota del ridículo. En su libro, el autor propone una desenfrenada teoría del placer, celebrándose el triunfo de la seducción sobre la inocencia y la sencillez. Especiales burlas dedica a los sacerdotes, frailes y monjas, a quienes considera como compendio de toda

hipocresía e inmoralidad. Es curioso, pero este hombre no era incrédulo, ni enemigo de la Iglesia. Más adelante se arrepentiría de sus errores, en buena parte por influjo de Petrarca, muriendo como buen cristiano.

Boccaccio fue también el iniciador de la novela moderna con su obra *La Fiammetta*, donde relata la vida de una joven, inspirándose en Ovidio. Allí para nada se alude a Dios, ni a la moral cristiana. La religión es la pagana. No se habla de la Iglesia sino de "los santos templos". Los personajes dicen: "Los dioses lo saben" y "que los dioses inmortales sean testigos", como si se viviera en la época precristiana. Cuando Fiammetta vacila en entregarse a su amante, no se le pasa por la cabeza el pensamiento de Dios, de Cristo, de la Virgen; en cambio, se le aparece Venus desnuda, bajo una delgada túnica, que le dirige un discurso seductor y la persuade.

Con fina perspicacia compara Burckhardt la actitud de Boccaccio con la de Dante. Ambos situaron la Antigüedad en el primer término de la vida cultural. Pero con una gran diferencia. En la *Divina Comedia* no se conceden los mismos derechos, ciertamente, a las dos cosmovisiones, la antigua y la cristiana, si bien se las considera en constante paralelo. Así como los Padres de la Iglesia y la temprana Edad Media crearon tipos y antitipos con las historias y figuras del Antiguo y del Nuevo Testamento, de manera análoga el Dante suele comparar o contraponer la manera de obrar de un cristiano y de un pagano. Por ejemplo en el Purgatorio, María va presurosa por los montes, César corre

a España; María es pobre y Fabricio desinteresado. Ahora bien: no debe olvidarse que el mundo cristiano y la historia cristiana eran ampliamente conocidos en los tiempos del Dante, mientras que el mundo pagano y la historia antigua, por ser todavía bastante ignorados, resultaban más interesantes y originales, de modo que en la simpatía general tenían necesariamente que acabar predominando si no hubiese habido un Dante capaz de imponer el equilibrio y la jerarquía. No sucedió así con Boccaccio, donde prácticamente lo cristiano quedó eliminado.

Otro personaje interesante para ilustrar nuestro propósito es *Lorenzo Valla*, autor del siglo XV. Pastor lo califica de "verdadera ave precursora de la borrasca". Escribió un libro llamado *Sobre el placer*, en forma de diálogo, donde tres hombres de la cultura defienden cada cual su propia tesis, Leonardo Bruni la doctrina de los estoicos, Antonio Beccadelli la de los epicúreos, y Niccolò Nicoli "el verdadero bien". Valla no deja en claro cuál es su opinión personal, pero por la forma como desarrolla el asunto parecería que lo que buscaba era presentar el deleite como el supremo bien. Proponer las doctrinas de Epicuro como criterio de algunos contemporáneos, y pintar con brillantes colores un desenfrenado naturalismo, no podía dejar de contribuir en alto grado a la confusión de los principios morales y a la ruina de las costumbres cristianas. Beccadelli resume así su perorata: "Lo que la Natura engendró y formó, no puede dejar de ser laudable y santo. La Natura es lo mismo, o casi una cosa misma, que Dios." El autor presenta esta tesis, revistiéndola de un especial atractivo. El fin del hom-

bre, dice su apologista, es gozar de los bienes de la naturaleza en su plena extensión. El "evangelio del placer" exige la satisfacción de todos los apetitos, y no hay vallados de disciplina u honestidad que puedan obstar a este culto de los sentidos. Dondequiera subsistan todavía, deben desaparecer como injustos. A cada uno le es permitida la desenfrenada satisfacción de sus apetitos, y ningún sentido debe ser excluido del goce. El adulterio es algo enteramente ordenado, y en general, será preciso considerar a todas las mujeres como propiedad común. El deleite sensual es el soberano bien y por eso hay que tener por dichosos a aquellos pueblos de la antigüedad pagana que hicieron de la liviandad algo poco menos que divino. La virginidad voluntaria, que tanto estima el Cristianismo, debe ser rechazada; la continencia es un crimen contra la "benigna Natura". Esta tesis en favor de una vida consagrada al placer se presenta, por cierto, como una opinión en disputa, pero dada la débil refutación del que defiende el criterio cristiano, se ofrece con atractivo mucho mayor, y de hecho acabará predominando en la mente del lector. No deja de resultar curioso que el autor de este diálogo, en varios lugares se muestra como un cristiano devoto. A pesar de calificar a los Papas de tiranos, ladrones y bandidos, distingue tales delitos de la grandeza y elevación del cargo espiritual que aquéllos invisten.

El atrevimiento con que Valla, en su diálogo *Sobre el placer* inclina la balanza en favor del hedonismo, fue ampliamente superado por *Antonio Beccadelli*, un autor del siglo XV, cuya colección de epigramas *Hermaphroditus* no puede pasarse

en silencio, por repugnante que su argumento sea, porque allí se descubre en toda su ruindad el espíritu del Renacimiento mundano y paganizante. El autor se sumerge en un ambiente de corrupción, aunque adornándola con las más hermosas flores de la poesía. Los peores vicios de la antigüedad pagana aparecen allí glorificados, y los espléndidos versos del poeta describen los más asquerosos excesos de la sensualidad, como si se tratara de cosas inocentes. Por cierto que muchos le recriminaron su atrevimiento, con lo que Beccadelli se sentía más halagado, si cabe, y se defendía apelando a los antiguos poetas. Más aún, mostraba la lástima que le suscitaban los guardianes de la moralidad, que se negaban a considerar su obra como un producto de gracioso capricho poético y una burla ingeniosa. Si bien los humanistas cultivaron sin escrúpulo la pornografía, pocos lo hicieron como Boccadelli. Bien señala Pastor que en esta repugnante "emancipación de la carne" culmina aquel falso renacimiento pagano, el cual ha sido designado con exactitud por un historiador moderno como precursor de las grandes revoluciones que sacudirían a Europa en los siguientes siglos.

El papa Eugenio IV prohibió la lectura del libro de Beccadelli, y los predicadores de la época hicieron quemar la imagen de su autor en varias plazas públicas. Cuando un amigo le recomendó que en adelante escribiera sobre temas más elevados, él se defendió remitiéndose a la autoridad de los antiguos. Muchos "eruditos, dignos y santos, griegos y romanos", Catulo, Juvenal, Virgilio, Ovidio y el mismo Platón, dijo, habían cantado cosas semejantes.

Incluso varios filósofos y políticos griegos tenidos por virtuosos, se habían permitido obrar así. "Esto fue justamente lo propio del Renacimiento paganizante –comenta Pastor–: a partir de exagerar el entusiasmo por todo lo que estaba relacionado con el mundo antiguo, se iba considerando como únicamente bellas las formas antiguas, y sus ideas como únicas verdaderas; y algunos llegaban al extremo de creer que la antigua literatura podía satisfacer todas las necesidades espirituales y que sólo ella conduce a la verdadera humanidad, queriendo, por consiguiente, resucitar la Antigüedad (y por cierto la Antigüedad decadente) de una manera total. Como es obvio, de ello se seguía una peligrosa desviación de los modos de pensar y de vivir cristianos."

Al parecer, este pseudo-Renacimiento se propuso olvidar totalmente la idea cristiana del pecado original, haciendo un acto de fe en la bondad nativa de la naturaleza humana. He ahí una de las raíces del futuro Rousseau y del espíritu de la Revolución francesa. Como si el cristianismo, al denunciar las inclinaciones torcidas del hombre, fuese pesimista y antihumanista. Justamente Lutero saldría al paso de estos "humanistas", viendo en dicho humanismo un retorno a la confianza pagana en el poder omnímodo de la razón y en la bondad de la naturaleza. Su error consistió en irse al otro extremo: todo esfuerzo humano hacia el bien y la verdad no es sino ceguera, miseria y pecado. La razón humana de poco sirve, llevando a quien en ella se confía a la condenación. La única vía de salvación que tiene el cristiano pasa por el aborrecimiento de toda obra humana, el desprecio de la razón, no

fundando su esperanza sino en la humilde fe y en la obra redentora de Cristo.

4. *El naturalismo*

En el fondo de esta rebelión del Renacimiento paganizante podemos descubrir una expresa reivindicación de la naturaleza, una manifestación del naturalismo. Como si la Edad Media hubiese condenado la naturaleza, sacrificándola en aras del orden sobrenatural, y mérito del Renacimiento hubiera sido su restauración. Se hablaba entonces con fruición de la "*scientia creaturarum*" y del "*liber naturae*". El libro de la naturaleza, se decía, debía inspirar a los predicadores tanto como la Biblia, a tal punto que un autor del siglo XV se propasó al decir que quienes falsifican el libro de la naturaleza son peores herejes que quienes tergiversan las Escrituras. No deja de resultar curioso, pero la misma metáfora del "*liber naturae*" no fue un hallazgo del Renacimiento. ¿No era inventar la pólvora? Ya se les había adelantado la despreciada Edad Media, al haber recurrido, también ella, al "libro de la vida". Alain de Lille habló, entre otros, del "libro de la experiencia"; cada creatura era para él un libro:

Omnis mundi creatura
quasi liber et pictura
nobis est et speculum.

No se necesitaba renunciar a lo sobrenatural para valorar la naturaleza. En la misma *Imitación de*

Cristo se puede leer: "Si tu corazón es recto, entonces toda creatura será para ti un espejo de vida y un libro de santa doctrina". Más tarde, en el siglo XVI, fray Luis de Granada emplearía la expresión "filosofar en este gran libro de las criaturas". En su obra *Símbolo de la fe* escribe: "¿Qué es todo este mundo visible sino un grande y maravilloso libro que Vos, Señor, escribiste y ofreciste a los ojos de todas las naciones? ¿Qué serán luego todas las criaturas de este mundo, tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas e iluminadas que declaran bien el primor y la sabiduría de su autor? Somos los niños que, cuando les ponen un libro delante con algunas letras iluminadas y doradas, huélganse de estar mirándolas y jugando con ellas, y no leen lo que dicen ni tienen cuenta con lo que significan. Así nosotros, habiéndonos puesto Vos delante este tan maravilloso libro de todo el universo para que por las criaturas dél, como por unas letras vivas, leyésemos y conociésemos la excelencia del Criador, no hacemos más que deleitarnos en la vista de cosas tan hermosas." También Nicolás de Cusa adoptaría las metáforas de la filosofía medieval. Observa en una de sus obras que ciertos santos concibieron el mundo como un libro escrito; él, por su parte, afirma que la creación es "representación del verbo interior"; las cosas sensibles son "libros" de que Dios, maestro de la verdad, se sirve para manifestarse a nosotros. En un debate entre un letrado y un lego, afirma, éste puede mostrarse más sabio porque sus conocimientos no provienen de los libros de escuela, sino de los "libros de Dios", que Él "escribió con su propio dedo";

estos libros "se encuentran en todas partes" y "por lo tanto también en este mercado". Por cierto que la exaltación de la naturaleza y del mundo que propiciaron los renacentistas de tesitura naturalista buscaba manifiestamente excluir el orden sobrenatural.

Sería exagerado pensar que el siglo XV presenció la paganización de todos los sectores de la sociedad italiana. Pero resulta innegable que aquellas tendencias del naturalismo penetraron principalmente en las clases más elevadas. ¿Cómo podía ser de otro modo, cuando la doctrina facilista de Epicuro y la frivolidad de los viejos romanos eran presentadas con un ropaje mucho más agradable que la moral cristiana, y los dioses del paganismo como mucho más condescendientes que el Evangelio? Observa Pastor que la situación se agravó por cuanto fueron numerosos los dignatarios eclesiásticos, principalmente en Italia, que se dejaron contagiar por ese espíritu tan mundano, a lo que sin duda contribuyó la residencia de los Papas en Aviñón y las turbaciones del cisma que le sucedieron. Por lo demás, los humanistas paganizados trataban de evitar polémicas con la Iglesia, y preferían vivir en amigable concordia con el clero y sus pastores, más cuando muchos de éstos estaban también mundanizados, simulando poner sus ideas, por medio de artificios dialécticos, en armonía con la doctrina católica. Los dirigentes de la Iglesia, por lo demás, mostraban amplia tolerancia frente a las ridiculeces de los humanistas que hablaban de "los dioses", o invocaban para sus escritos el favor de Apolo y de las musas, o cuando viajaban le dirigían

una plegaria escrita a Mercurio... Cosas de renacentistas, dirían quizás, no dándoles excesiva importancia. Pero así poco a poco la sociedad iba perdiendo los anticuerpos que hubieran sido necesarios.

La influencia de esta corriente en la Iglesia afectó incluso a la liturgia y el arte sagrado. El cardenal Bonifacio Ferreri, a quien el papa León X había encargado la reforma del breviario latino, metió mano en los himnos más bellos, desfigurándolos por completo, bajo el pretexto de expurgarlos de barbarismos, hasta el punto de tratar a Nuestra Señora de "ninfa" o de "diosa", y de dirigirse a Dios como "el soberano de los dioses". Era el triunfo del esteticismo, aun a costa de la verdad y de la bondad. Aquellos hombres tan terráqueos, aunque fuesen sacerdotes, tampoco entendían el arte de la Edad Media. Se abocaron, así, a desfigurar las nobles iglesias medievales. ¿No era, acaso, arte "gótico", como lo habían calificado despectivamente, es decir, arte bárbaro, propio de "godos"? Era preciso restaurarlo, mejor aún, rehacerlo a semejanza de los templos griegos. Tenían ante sus ojos la espléndida majestad de las puertas de las catedrales románicas y góticas, y sólo sentían desprecio. Como escribe Godefroid Kurth, "se había convenido a priori que no había belleza sino en el arte antiguo o en el de sus imitadores, porque la absoluta superioridad artística de los antiguos era un axioma tan indiscutible como los dogmas de la fe. Como si el cristianismo estuviese incapacitado para realizar un ideal de belleza".

El redescubrimiento de la Antigüedad suscitó en estos renacentistas una especie de euforia colec-

tiva. Se sentían "liberados" de las "estrecheces" medievales, lo que les permitía desplegar al máximo sus potencias creadoras, hasta entonces sofrenadas por los vínculos de la tradición y la fe. La vida cultural y social se fue apartando cada vez más de los centros religiosos, con la sensación consiguiente de que la cultura humana recobraba por fin su autonomía. La ciencia, el arte, las relaciones sociales, la actividad económica, las manifestaciones culturales se veían ahora libres de toda atadura. Era preciso romper las últimas trabas del dogmatismo, aunque fuera recurriendo a la magia, que no por azar floreció durante el Renacimiento bajo diversas formas. Este frenesí de independencia en modo alguno resultó innocuo, ya que implicó una transferencia incoercible de lo divino a lo humano (humanismo), de lo sobrenatural a lo natural (naturalismo), de Dios al hombre (antropocentrismo), en camino al endiosamiento del hombre. Ya no se trataba más del hombre medieval, que la gracia elevaba hacia Dios, sino del hombre moderno, hombre horizontalizado, que buscaba afincarse en la tierra, endiosándose a fuerza de músculos.

La ruptura con el mundo medieval se mostró también de manera tan prematura como ostensible en el campo de la política cuando Cola di Rienzo se atrevió a abandonar el cristianismo para reponer en Roma los antiguos ritos del paganismo, proclamando la restauración de la República romana. Nada digamos de lo que luego propiciaría Maquiavelo.

* * *

El Renacimiento paganizante, a pesar de todas sus brillantes apariencias, trajo consigo una gran decadencia. Berdiaiev nos lo ha explicado con maestría. El Renacimiento, escribe, desató las fuerzas humanas, iniciando un nuevo capítulo de la historia, una nueva cultura. El "hombre nuevo" quiso correr la aventura de la libertad total, quiso ser autor y ordenador de su propia vida, ahora sin la ayuda de lo alto, indiferente a las sanciones divinas. Cuanto más cerca se encontraba el humanismo de las fuentes cristianas, tanto más activo y esplendoroso se mostró el genio creador del hombre. Y cuanto más se alejó de la cosmovisión medieval, tanto más fue perdiendo sus raíces, con lo que menguó dicho poder creador en elevación y en belleza espiritual. El gran pensador ruso describe, en visión panorámica, la trama de la aventura renacentista y su desemboque histórico. "El humanismo no ha fortalecido, sino que ha debilitado al hombre: tal es el desenvolvimiento paradójico de la historia moderna. A través de su autoafirmación, el hombre se ha perdido, en lugar de encontrarse. Si el hombre europeo entró en la historia moderna lleno de confianza en sí mismo y en sus potencias creadoras; si en los albores de esa época le pareció que todo dependía de su arte, el cual no veía ni fronteras ni límites, ahora sale de ella para penetrar en una época inexplorada, con un gran abatimiento, con su fe hecha jirones –esa fe que tenía en sus propias fuerzas y en el poder de su arte– amenazada por el peligro de perder para siempre el núcleo de su personalidad."

Quizás Berdiaiev adelanta los tiempos, para dejar en claro el entero periplo que recorre el "hombre moderno", desde su cenit hasta su decadencia. ¿No es acaso la parábola del hijo pródigo, aplicada a los ciclos históricos? El hijo de padres medievales, pide a sus progenitores la parte de su herencia, todo el tesoro de la tradición, y sale con ella en sus manos, para correr la aventura de la libertad desbocada. ¿Cómo terminó? La parábola nos lo muestra apacentando cerdos. Pues esto es lo que le sucedería al hombre renacentista en el futuro. Por ahora está muy feliz, aprovechando aún de la herencia que había recibido de los siglos anteriores.

A juicio de Berdiaiev la experiencia del Renacimiento mundano llevó al hombre de la profundidad a la periferia, a la epidermis de su ser. Los humanistas buscaban exaltar al hombre, inclinándose deliberadamente hacia este mundo y apartándose del otro. Y fue precisamente eso lo que les hizo perder la hondura metafísica. El hombre por ellos soñado, el hombre de la historia nueva, ya no sería más un hombre profundo, sino un hombre en camino hacia la superficie de su ser. Entonces, "liberándose" cada vez más de toda raigambre con la profundidad, se las ingeniaría en probar sus fuerzas creadoras. Producirá mucho, es cierto, ya que aunque no lo quiera, vive todavía de sus raíces, pero pronto acabará por agotarse y por perder esa fe que había puesto en sí mismo. Este proceso no ha terminado. En nuestro siglo, afirma Berdiaiev refiriéndose al siglo XX, llegado el hombre a la cumbre de la era humanista, se yergue en un estado de vacuidad terrible. Ya no sabe dónde está el centro de su vida.

El Renacimiento empezó, pues, por la afirmación gozosa de la individualidad creadora del hombre y terminó por la negación trágica de dicha individualidad. El florecimiento de lo humano no era posible sino en cuanto que el hombre tenía conciencia, en lo más profundo de su ser, de que había principios más elevados que él, ligado como estaba a raíces divinas. Durante el primer Renacimiento, poseía aún dicha convicción, por lo que produjo obras extraordinarias, llenas de belleza y de trascendencia. Pero luego, el humanismo fue haciendo que el hombre se volviera más y más a la naturaleza, transportando el centro de gravedad del interior a la periferia, es decir, arrancando sus raíces de lo sobrenatural, y anclándolas cada vez más en la tierra. El humanismo, en su versión más cruda, que llegó a ser la predominante, niega o al menos desdeña la procedencia y semejanza divina del hombre. La naturaleza humana nada tiene de divino y sólo proviene de la naturaleza universal de este mundo. Se cierra así la paradoja: mientras por una parte el humanismo afirma la suficiencia del hombre, por la otra lo degrada, porque desconoce su raigambre en Dios. El humanismo no quiso reconocer la patria divina del hombre; sólo admitió su patria terrestre. Y esta persuasión, sustentada en la preterición del orden sobrenatural, esta autoexaltación del hombre que ya no se siente unido a las fuentes primeras de su existencia, precipitó su destrucción. El hombre sin Dios cesa de ser hombre, se degrada: tal es la gran experiencia de los tiempos modernos, la historia del auge y de la decadencia de las ilusiones humanistas.

Concluye Berdiaiev su análisis: "¿Preveían que las consecuencias de su nuevo concepto de la vida, de la ruptura con las profundidades espirituales y con el sentido espiritual de la Edad Media, de su iniciativa creadora, serían el siglo XIX, con sus máquinas, su materialismo, su socialismo y su anarquismo, el agotamiento de la energía espiritual creadora a que ha dado lugar? El Renacimiento llevaba en sus entrañas todo lo necesario para destruirse. Libertó las fuerzas creadoras del hombre y ha expresado la más elevada potencia de su arte. En esto acertó. Pero también el ha sido el que ha disociado al hombre de las fuentes espirituales de la vida; él ha negado al hombre espiritual, que no puede dejar de ser creador, para afirmar exclusivamente en su lugar al hombre natural, esclavo de la necesidad. El triunfo del hombre natural sobre el hombre espiritual en la historia moderna, debía conducirnos a la esterilidad creadora, es decir, al fin del Renacimiento, a la autodestrucción del humanismo."

5. *La gloriosa incapacidad de alcanzar la perfección*

Hemos destacado anteriormente la importancia que durante el Renacimiento se les daba a los literatos, a los artistas. Eran como la flor de la sociedad, sus genios, sus dioses. También aludimos a una costumbre practicada en aquellos tiempos, que realzaba su papel. Así como ahora se estila coronar diversas "reinas", del trigo, de la vendimia, etc., también entonces se realizaba con los poetas una ceremonia simbólica: su coronación con una guirnalda de laurel. Tal celebración comenzó a bosquejarse en la Edad Media, a modo de demostración pública, de manifestación visible de la gloria del artista. Dante, por ejemplo, quiso colocarse él mismo la corona junto a la pila bautismal de San Giovanni, en Florencia, donde había sido bautizado. Se consideraba una práctica heredada de los griegos a través de los romanos. Conocemos, si bien en general, cómo se la hacía en Roma, desde los tiempos de Domiciano. Una justa de músicos, poetas y otros artistas, establecida según el modelo griego, se celebraba cada cinco años, y allí elegían al agraciado. Al parecer dicha costumbre sobrevivió a la caída del Imperio romano. Sabemos que Albertino Mussato, poeta contemporáneo de Dante, fue coronado en Padua por el obispo y rector de la Universidad. A Petrarca se disputaron el honor de coronarle la Universidad de París, que tenía entonces un rector florentino, y las autoridades de Roma. Petrarca profirió ser coronado en el Capitolio por el Senado de Roma. Durante algún tiempo constituyó esta coronación algo así como la consagración de todo gran poeta. A veces algunos Emperadores viajeros aprovechaban su paso para conferir dicha distinción, y desde el siglo XV los Papas y otros príncipes no quisieron ser menos. Los florentinos coronaban a los humanistas más célebres, pero sólo después de muertos; el orador se ubicaba a la cabecera del féretro, sobre el que yacía el cadáver del homenajeado vestido de seda.

También en esta costumbre, sobre todo en lo que toca a los criterios para elegir al premiado, se deja advertir la diferencia de los dos Renacimien-

tos, el cristiano y el paganizante. Los cultores del primero, admiraban el arte y querían galardonar a los mejores artistas, pero sin dejar de atender a las religaciones espirituales de su obra, viendo en el arte una expresión de la belleza divina que se participaba a través de las manos del artista. En cambio los del Renacimiento mundano entendían que no había cosa común entre la religión y el arte. El dogma nada tenía que ver con el arte, de modo que aun los que conservaban la fe, establecían en su espíritu dos compartimentos, uno reservado a la vida artística y a la poesía, y el otro a la religión. Ignoraban u olvidaban que el cristianismo es como el sol, que debe penetrarlo todo para vivificarlo todo; que así como hay una ética cristiana, una política cristiana, una economía cristiana, también hay un arte no divorciado de la fe. Para ellos sólo existía un arte independiente, en que todo era bello y grande, luminoso y sereno, en que los héroes históricos adquirían la magnitud de semidioses. En igual proporción se mostraban injustos con la sociedad cristiana, especialmente la concretada en la Edad Media, a la que responsabilizaban de la decadencia humana, como si aquella época hubiese hecho imposible la aparición de los genios. El "genio" era por aquel entonces la figura paradigmática del entramado cultural.

Sería interesante comparar acá el arte medieval con el arte del Renacimiento. Carecemos de tiempo para hacerlo de manera adecuada. Digamos tan sólo que se ha tachado de poco cristiano el arte del Renacimiento, aun cuando se trate de su mejor tendencia, contraponiendo la grandilocuencia clásica a la elevación gótica. No nos parece del todo justa dicha apreciación. ¿Quién podrá negar la grandeza de Miguel Ángel y su espíritu religioso? Con todo, si comparamos su Cristo del Juicio Final, que se exhibe en la Capilla Sixtina, con el Cristo de la fachada de la catedral de Amiens o los Cristos románicos, advertimos la enorme diferencia que media entre las dos cosmovisiones.

Berdiaiev nos ha dejado a este respecto una observación inteligente, y es que en el arte renacimental se advierte una aparente deficiencia, que no es en el fondo sino una gloria. Aquel arte, observa, es la expresión de una época de desdoblamiento, en que tuvo lugar el choque violento de los principios cristianos y paganos, repercutiendo en todos los órdenes del obrar. Los artistas de aquel siglo buscaban, sin duda, la excelencia, especialmente los renacentistas paganizantes, embelesados como estaban ante la perfección alcanzada por los griegos. Y sin embargo en sus obras no asistimos a algo completamente acabado y perfecto. Pero hay un encanto singular en aquella misma falta de perfección y de remate, que demuestra la imposibilidad de un Renacimiento puramente pagano en un mundo cristiano. El fracaso de aquellos artistas es, a la postre, un fracaso grandioso. En esta tierra nada puede ser del todo perfecto, como no lo fue el arte medieval, especialmente el arte sacro, cuyo inacabamiento sugiere la inefabilidad de los misterios representados. Otro tanto se diga del arte icónico de los cristianos orientales.

Bien ha escrito Menéndez y Pelayo: "Toda forma artística, por su mismo carácter de limitación

humana, resulta pobre y estrecha para tal contenido. Un arte cristiano perfecto y adecuado a su fin sería una monstruosidad inconcebible. El arte cristiano no puede ser más que una aproximación tímida hacia su objeto. En este punto, la superioridad estética del arte clásico es innegable. Acaso la clave de todo esto pudiera hallarse en la teoría de lo sublime. Lo sublime, que es una especie de relámpago de lo infinito, es el género de belleza peculiar del arte cristiano; pero por lo mismo que es un relámpago, no basta a difundir la belleza total en aquellas obras donde imprime el surco rapidísimo de una luz que no es de este mundo."

En toda la cultura helénica, señala Berdiaiev, se advierte la preponderancia de las formas, que adquieren en ella una perfección inmanente. "El Renacimiento demuestra claramente que es imposible alcanzar la perfección clásica de las formas durante el período histórico cristiano. El espíritu cristiano que entreabre el cielo y borra las fronteras del mundo, este espíritu que no puede concebir una vida inmanentemente hermética, un espíritu así no puede alcanzar en este mundo nuestro aquellas formas perfectas que pudo crear, en la cumbre de su florecimiento, el mundo helénico. El mundo cristiano nunca más podrá alcanzar aquella belleza, esa claridad e integridad espiritual, porque la disociación que establece la conciencia cristiana entre la vida divina y la terrenal, entre lo eterno y lo perecedero, entre el mundo trascendente e infinito y el mundo inmanentemente hermético, esta disociación no puede ser vencida durante nuestra historia, ni a través de nuestra cultura secular."

El cristianismo ha creado una cultura propia, prosigue diciendo el pensador ruso, un estilo creador particular, cuyas obras serán siempre *simbólicas*. El arte que el mundo cristiano está en condiciones de producir es, por su misma esencia, un arte simbólico, jamás un arte clásico, perfectamente consumado. Las obras simbólicas suelen ser imperfectas, nunca del todo terminadas, porque están presuponiendo algo trascendente, que más allá del deseo de un imposible calco, suscite una especie de nostalgia de algo que sólo es perfecto allende este mundo.

El símbolo, que es como un puente tendido entre dos mundos, parece indicarnos que la perfección de las formas sólo puede alcanzarse en el más allá, pero nunca en este mundo. Esa imposibilidad, imposibilidad gloriosa, decíamos, ya que nos hace pensar en la perfección de las formas extraterrenas, es una de las particularidades más notables del arte cristiano en general, y se hace aún más patente si comparamos la arquitectura gótica con la clásica. "Mientras la arquitectura clásica alcanza un acabamiento perfecto, como por ejemplo en la cúpula del Panteón [de Roma], la arquitectura gótica es fundamentalmente imperfecta y ni siquiera intenta alcanzar la perfección de sus formas. Se estira en un deseo angustiado hacia el firmamento, queriendo expresar que únicamente allá, en lo alto, puede alcanzarse la perfección y que este mundo sólo contiene añoranzas y deseos fervientes y atormentados. Este carácter de imposible es el rasgo característico de toda cultura cristiana."

Por eso dicha cultura, por su naturaleza misma, más que un hallazgo es una exploración inacabable, preñada de añoranza. Berdiaiev encuentra un ejemplo insuperable de aquella inadecuación gloriosa en las espléndidas creaciones del gran pintor renacentista Sandro Botticelli, dotado de tan admirable capacidad lírica y espiritual. La imposibilidad de lograr una forma perfecta de la Madonna, de expresar de manera exhaustiva el misterio de su maternidad divina, constituye la prueba irrebatible de su grandeza como artista, ya que manifiesta con máxima claridad aquel fracaso honorable que hubo de sufrir el espíritu renacentista.

"Quizás la mayor grandeza del Renacimiento –concluye Berdiaiev– estriba precisamente en este fracaso suyo, en el hecho de que no era posible su triunfo, ya que no es posible un Renacimiento clásico pagano y de formas perfectas en un mundo cristiano. El mundo cristiano buscará ineludiblemente la perfección de las formas, tenderá siempre hacia las formas clásicas antiguas, pero también no menos ineludible es su continuo desencanto ante la realización de estas formas perfectas en este mundo nuestro solamente. Precisamente, el fracaso del Renacimiento quizás haya sido su mayor triunfo, porque este fracaso contiene la realización de una máxima belleza creadora. Después del advenimiento de Cristo ya no es posible la exteriorización del espíritu creador humano a través de las formas clásicas de perfección inmanente [...] Existe sólo una apariencia engañosa, puesto que en la realidad la cultura creadora del Renacimiento es mucho menos perfecta que la del período del florecimiento

de la cultura helénica, que hasta ahora nunca ha podido ser superada en la historia humana."

V. Los Papas del Renacimiento

Hasta ahora, poco hemos dicho de la actitud que tomaron los Papas en esta grave emergencia, en orden a arrostrar tan grave tempestad, que amenazaba con mundanizar a la Iglesia. Aun en el siglo XVI, cuando ya el Renacimiento estaba muy avanzado, habiendo exhibido todas sus lacras, uno queda asombrado por la confianza que el Papado le seguía dispensando. Mientras los religiosos, especialmente los franciscanos, denunciaban los peligros, la obstinación de los Papas en mostrar su favor, a despecho de todo lo que habría podido o debido disuadirlos, no deja de resultar sorprendente.

Este mostrarse tan indulgentes con los humanistas, incluso con los de tendencia pagana, al punto de llamarlos a algunos de ellos para encargarles obras de arte y hasta cargos curiales, se ha de atribuir en buena parte al medio ambiente de aquella sociedad, que tanto se pagaba de las elegancias del estilo y de los primores formalistas del buen latín. Por lo que se advierte que el peligro de mundanización en la Iglesia no era irreal. Ello condujo a que no pocas veces se produjera cierta mezcla de lo sagrado con lo mundano, así en las obras de literatura como en las bellas artes. La decoración de las puertas de bronce de San Pedro de Roma, por ejemplo, encargada por el papa Eugenio

IV, entre cuyos motivos ornamentales travesean dioses y genios paganos al lado de las imágenes de Cristo y de la Virgen, hace juego con la concepción de muchos de los poemas de los humanistas, donde a Cristo se lo integra en la mitología.

Por otra parte, la corte pontificia, al igual que las otras cortes de los príncipes italianos, no escatimaba el boato. Su estilo de vida exigía grandes dispendios en edificios, obras de arte, libros, música, teatro y fiestas pomposas, más los pagos de gran número de curiales. Tal afición a una vida suntuosa era un fenómeno general de la época, pero cabe preguntarse si los Papas del Renacimiento tenían por qué someterse en tal alto grado a las tendencias del tiempo.

Vayamos recorriendo algunos de los Papas de esta época, considerando especialmente su modo de actuar frente a los problemas que planteaba el Renacimiento. Bajo *Eugenio IV*, que gobernó de 1431 a 1447, se produjo un hecho importantísimo para la historia de la Iglesia. Nos referimos a la celebración de un Concilio ecuménico, que si bien comenzó a sesionar en Ferrara, luego continuó en Florencia, es decir, en la cuna del humanismo, al mismo tiempo que del Renacimiento artístico. La reunión fue de enorme importancia, ya que allí se trató de la posible unión de la Bizancio cismática, amenazada en aquellos momentos por los turcos, con la Santa Sede. No deja de resultar sugestivo, desde el punto de vista que nos ocupa, que los enviados de aquella lejana sede episcopal trajesen consigo los logros de cierto renacimiento cultural

del Bizancio de los Paleólogos, que afluyeron al humanismo naciente de Italia.

Tras la muerte de Eugenio IV, sube al solio pontificio *Nicolás V* (1447-1455), en quien el Renacimiento, ahora en todo su esplendor, encontraría no ya a un simple protector, sino a un insigne representante. Nicolás era un sacerdote de gran religiosidad, literalmente apasionado por San Agustín, pero admirador también de la literatura antigua. Será él quien promoverá en Roma el humanismo italiano, hasta entonces localizado principalmente en Florencia. Para ello no dudó en cambiar totalmente el carácter de la curia pontificia. De monástica que se mostraba hasta entonces, haría de ella un foco de cultura. Para concretarlo, introdujo allí a numerosos humanistas, entre ellos algunos no tan santos. Quizás pensaba que con esa política de apertura, lograría ponerse a la cabeza del movimiento, eliminando las tendencias más peligrosas a fuerza de confianza y de generosidad, en otras palabras, absorber el humanismo para purificarlo.

De hecho su política posibilitó en el Occidente el acceso a la literatura griega, profana y patrística, instituyendo un grupo de traductores del griego al latín. Francisco Filelfo, que había sido embajador de Venecia en Constantinopla, y se destacó por ser el mejor helenista de su época y el latinista más elegante, pudo decir: “Grecia no ha perecido, sino parece haberse trasladado a Italia, la cual tuvo en la Antigüedad el nombre de Magna-Grecia.” Para el Papa cualquier nueva traducción valía “conquistar a toda Grecia para la santidad”. Entre los au-

tores elegidos se encuentran Homero, Aristóteles, Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Polibio, Plutarco, Filón, Eusebio, los Padres Capadocios, San Cirilo de Alejandría y San Juan Crisóstomo. Nicolás fue un Papa sumamente inteligente, y su propósito era mostrar que los nuevos elementos culturales, importados otra vez de Grecia y Roma, podían y debían vivir en amigable concordia con los intereses cristianos. Soñaba el Papa en un verdadero y sano humanismo, no el humanismo pagano, antropocéntrico, que replegaba al hombre sobre sí en egoísta adoración, sino el humanismo cristiano, teocentrista, que aspiraba a utilizar toda la riqueza pedagógica de la antigüedad para el desenvolvimiento integral del hombre.

Este mecenas de los literatos lo fue también de los arquitectos. Si por su cultura pudo contarse entre los humanistas, por la generosidad de su espíritu y por la grandiosidad de las construcciones que emprendió debe figurar entre los príncipes más emprendedores del Renacimiento. Roma debía ser no sólo el centro de la vida eclesiástica, sino también el centro de la literatura y del arte, una gran ciudad monumental, con la primera biblioteca del mundo y las más bellas iglesias de la Cristiandad. Se propuso asimismo reedificar el Vaticano y la basílica de San Pedro, deseando transformar la ruinosa ciudad leonina en una residencia monumental, conforme al espíritu del Renacimiento. La nueva iglesia de San Pedro la quería monumental, de modo que incluyese todos los hallazgos de las artes y de los diversos ramos del saber humano. El Vaticano debía ser como una ciudadela, con los atractivos

propios de un palacio del Renacimiento, aposentos, salas, un teatro, un magnífico salón para las coronaciones papales y recibimiento de emperadores, príncipes y embajadores... El Papa fue también un cuidadoso coleccionador de libros y de manuscritos. El mejor ornato del palacio Vaticano debía ser una magnífica biblioteca, con lo que quería elevar a Roma, por los siglos venideros, a la dignidad de metrópoli de las ciencias.

Al obrar así, creía estar realizando una inteligente labor pastoral. Hacer de Roma la ciudad más monumental del orbe, digna capital del catolicismo, era para él un acto apologético. No lo movió, pues, la mera búsqueda de gloria terrenal, sino un auténtico fin apostólico, que pasaba a través del esplendor de la cultura. Este hombre, enemigo jurado de toda adulación y fingimiento, no pudo haber mentido en su lecho de muerte cuando dijo que "la excelsa autoridad de la Iglesia romana sólo la conocen bien los hombres doctos que estudian su origen e incremento; mientras que las gentes rudas e ignorantes podrán, sí, dar crédito a los sabios y eruditos, pero su asentimiento será débil y poco firme si no va confirmado con la visión de cosas egregias y con los testimonios perennes de grandiosos edificios". Quería el Papa que hasta los más ignorantes, al contemplar las monumentales construcciones de Roma, exclamasen: "¡Grande y admirable es la Iglesia que en tal ciudad tiene su sede!" Si sus planes se hubieran llevado a término, no hubiese cedido en magnificencia a ninguno de los emperadores antiguos.

Para los humanistas empezó una edad de oro. Numerosos nuevos literatos acudieron a Roma, convocados por el Papa, muchos de ellos procedentes del extranjero, pero especialmente florentinos, con lo que pronto se formó una verdadera corte poética.

En lo que toca a la promoción de la pintura, fue mérito suyo invitar, entre otros, a fra Giovanni Angélico da Fiésole, fra Angélico, de la Orden de Santo Domingo, maestro inefable y de sencillez evangélica, en quien la pintura religiosa alcanzó una de sus cumbres en la historia. De fra Angélico se ha dicho que nunca tomaba en sus manos el pincel sin haberse entregado previamente a la oración, o como atestiguó su biógrafo José Vasari, artista él también y arquitecto: "Nunca quiso pintar otra cosa que la santidad; y decía frecuentemente que quien tal arte ejercita, ha de vivir en paz y sin sentimientos mundanos; el que representa las obras de Cristo, debe estar siempre unido con Cristo." Fra Angélico había vivido hasta entonces en su celda, apartado del mundo. El llamado del Papa lo introducía ahora en la primera corte de Europa, justamente cuando se estaba erigiendo una nueva Roma. Es un imperecedero mérito de Nicolás V el haber distinguido así al gran pintor, confiriéndole una incumbencia tan relevante en su designio cultural. Fra Angélico representa lo mejor del Renacimiento, el Renacimiento católico, el primer Renacimiento, de que tratamos anteriormente. Este fraile, beatificado hace poco por Juan Pablo II, asumió los grandes logros del arte de su época, recurriendo al uso de la perspectiva y reflejando en sus cuadros

un delicado amor por la naturaleza, tan predileccionada en el Renacimiento. En lugar del monótono paisaje de colinas puramente ornamentales que hasta entonces se estilaba como telón de fondo de los cuadros, introdujo iglesias y palacios, columnas y fortalezas, recurso muy frecuente en el arte de la Antigüedad, y también quizá como un galante homenaje al Papa tan propenso a las grandes construcciones. El pintor, como el Pontífice que lo protegía, supo unir la veneración de lo antiguo con la fidelidad al cristianismo, mostrando que el Renacimiento bien entendido podía conducir a una elevada perfección, también en el dominio del arte.

El papa Nicolás se preocupó asimismo por mejorar la celebración de los misterios en la sagrada liturgia, donde gustaba se desplegase la mayor solemnidad posible. Especialmente se preocupó de la música sagrada, que quiso estuviese dotada de santidad y de belleza. Aun en los objetos de adorno de las iglesias debían vislumbrarse, según su explícito deseo, los destellos de la Jerusalén celestial.

Cabe una crítica a este gran Papa. A pesar de ser un hombre religioso, espiritual y lleno de fe, pareció otorgar cierta preeminencia a lo cultural por sobre lo directamente pastoral. Como afirma Pastor, los humanistas que lo rodeaban trabajaban más por la Biblioteca que por la Iglesia. Y, al parecer, no advirtió la ambigüedad del Renacimiento, apartando los ojos de los peligros que encerraba en su seno, como si sólo hubiese tenido en cuenta los talentos y no las tendencias. Para traer a colación un caso-límite, no tuvo dificultad en recurrir

a personajes como a Lorenzo Valla, y lo que es aún más llamativo, a Poggio Bracciolini, autor de una obra obscena y declarado enemigo de los monjes.

Según era de esperar, no faltaron quienes vieron con malos ojos el gran acogimiento que el Papa dispensaba a los humanistas, sobre todo algunos miembros de Órdenes religiosas. Sin embargo otros salieron en su favor, como el dominico Rafael de Pornaxio: "A algunos les parece superfluo –dice en una obra suya– que un católico, principalmente una persona religiosa, estando en posesión de la verdad sobrenaturalmente revelada, se ocupe en otras cosas, y llega a considerar esto como digno de reprensión. Cuán erróneo sea este modo de ver, se colige del hecho que el espíritu humano se aguza y prepara de un modo no desdeñable para entender las cosas divinas por medio de los estudios de humanidades. Así procedieron aun los varones santos, los cuales no desdeñaron los estudios de humanidades, sino procuraron utilizar lo provechoso de ellos." Luego se dirige a dichos objetores, aduciendo aquel hermoso tratado de San Basilio sobre el buen uso de los escritores paganos a que aludimos anteriormente. Propone también en su obra una sugerencia: publicar un libro donde se transcriba una perícopa evangélica en el centro de cada página, y para mostrar su armonía con las sentencias de los escritores paganos, se la acompañe con trozos literarios de estos últimos, agrupados en torno al texto sagrado en forma de glosa. Cítanse entre ellos los más diversos autores, Cicerón, Séneca, Platón, Aristóteles, Ovidio, Virgilio, Tácito y Livio. La parte histórica de los Evangelios deberá ser ilustrada con textos de Flavio Josefo y Filón; la parte moral, con trozos de diversos autores gentiles. En orden a justificar tal modo de proceder, recuerda que en su momento el papa Inocencio III adujo a Catón, y Santo Tomás trajo a colación las fábulas de Esopo. En la dedicatoria de su libro a Nicolás V, hace referencia a la *Catena Aurea* de Santo Tomás, elaborada con un criterio semejante al de la obra que él propone; así como el Doctor Angélico explica allí los Evangelios valiéndose de las sentencias de los Padres, de manera semejante él propicia ilustrarlos con pasajes de los filósofos y escritores paganos.

Nos hemos detenido en la figura de este gran Papa. Fuera de algunos reparos, su actuación fue una muestra de lo que pudo ser una buena estrategia frente al Renacimiento, una manera de sortear esta tempestad que en sus corrientes paganizantes pareció invadir a la Iglesia, tratando de rescatar todo lo bueno que en él se manifestara. Es claro que el Papa jugó con fuego. Fácilmente pudo haber ciertas concesiones al lujo, el boato y el mundanismo, en detrimento del espíritu despojado que tanto caracterizó a Cristo, y que también él en su vida personal había asumido, ya que vivió en la pobreza y la mesura.

Muerto Nicolás V, tras un breve interregno, subió al poder *Pío II*, quien gobernó desde 1458 a 1464. Su nombre era Eneas Silvio Piccolomini. Si Nicolás V fue un *amateur* entusiasta del humanismo, el nuevo Papa era, desde antes de acceder al trono, un humanista cabal. Por eso se rodeó, él

también, de humanistas. Resulta curioso, pero este Papa, a lo mejor por haber captado muy bien la peligrosidad del Renacimiento pagano, mostró un inesperado interés por la cultura de Bizancio. El año en que esta ciudad cayó trágicamente en poder de los turcos, no siendo aún Papa, le escribía así a Nicolás de Cusa: *"Praecisus est fluvius omnium doctrinarum. Musarum dessicatus est fons. Nunc Poesis, nunc Philosophia sepulta videtur"* (El curso de todas las ciencias ha sido cortado. La fuente de las musas se ha secado. Pareciera que la Poesía y la Filosofía hubiesen sido sepultadas.) Y a Nicolás V: *"Secunda mors ista Homero est, secundus Platonis obitus."* (Es para Homero una segunda muerte, es como si Platón se extinguiera de nuevo.)

Pero volvamos a su relación con el Renacimiento. Partícipe de la admiración que despertaba la vieja lengua del Imperio Romano, el papa Pío buscó esmerarse por perfeccionar el estilo de las cartas de la Curia, dándoles ese toque ciceroniano que los documentos de la Santa Sede conservaron hasta hace poco. Protector de historiadores y de poetas neo-latinos, él mismo se impuso dos trabajos considerables. El primero fue una descripción geográfica e histórica del mundo conocido de su tiempo. Y el segundo, la publicación de una obra llamada *Comentarios*, donde además de trazar su propia autobiografía, analiza los grandes hechos de la historia contemporánea. En ambas obras se trasunta la nobleza y la originalidad de un alma profundamente religiosa, que es al mismo tiempo la de un artista y un poeta.

A Pío II, lo sucedió *Pablo II* (1464-1471), quien marcará una evolución en la actitud del Papado frente al Renacimiento, una clara reacción. No es de extrañar, ya que en esos tiempos, la segunda generación de ese movimiento, plenamente consciente de sí, sacaba las uñas, revelando una tendencia claramente paganizante, que amenazaba con destruirlo todo. Fue entonces cuando comenzó a aparecer un nuevo tipo de hombre, cuyo modelo más cumplido fue Lorenzo de Médicis, un verdadero seductor. Pronto Maquiavelo caracterizaría de manera complaciente los rasgos de dicho personaje. Siglos más tarde, Nietzsche mostraría una admiración rayana en la idolatría por este tipo de personas, hombres llenos de capacidad y de anhelos de grandeza, pero también indiferentes a la moral. Era realmente un peligro que gente así pudiese tener peso en la Iglesia.

Consciente de tal peligro, Pablo II tomó una medida radical: despedir a los humanistas de la curia romana. Ellos, sintiéndose "víctimas", no se cansaron de dirigir contra el Papa toda clase de denuestos. Sin duda que éste llevó la cosa demasiado lejos, llegando a prohibir en las escuelas la lectura de los clásicos de la Antigüedad. Proveniente de Venecia, donde no había triunfado todavía el humanismo, a diferencia de otras regiones italianas, era el Papa un hombre de cultura mediocre. Como buen veneciano, tenía algo de oriental, amante del refinamiento y el boato. Le gustaban los grandes banquetes públicos, en vajillas de oro y plata, que duraban varios días; los vestidos refinados y cuajados de pedrería; las funciones aparatosas; le complacía

coleccionar esmeraldas, zafiros, diamantes y toda clase de piedras preciosas; organizaba cacerías de gran nivel, en compañía de cardenales; carreras carnavalescas para regocijo de los romanos; y en ocasiones más solemnes, cabalgatas o "triunfos imperiales", a imitación de las antiguas entradas en Roma de los generales romanos que volvían vencedores de sus batallas. Este último espectáculo así lo describe un contemporáneo: "Iban primero unas máscaras en figura de gigantes; otras representaban a Cupido alígero con su aljaba; luego venía Diana ecuestre, rodeada de gran multitud de ninfas; a continuación más de ciento sesenta adolescentes vestidos de blanco, a los cuales, como a los antiguos caballeros, los prefectos de los juegos habían entregado sendos numismas; detrás marchaban los reyes y demás caudillos domeñados por los romanos, como Cleopatra, vencida por César Augusto, y en pos el dios Marte, los faunos, Baco y otras falsas divinidades antiguas [...] Y los que se sentaban en las carrozas llevaban versos de alabanza al verdadero padre de la patria, óptimo fundador de la paz, munífico repartidor de donativos al pueblo."

Como se ve, no se puede decir que este Papa fuese renacentista en serio. Simplemente le gustaba divertirse. Sólo en su afición al lujo y el fausto mostraba ser un príncipe del Renacimiento.

Algo curioso sucedió entonces. Un tal Pomponius Laetus, alumno y luego sucesor de Lorenzo Valla en la universidad de Roma, había congregado en torno a sí un grupo que trataba de resucitar la vida romana de los primeros tiempos de la República. Se dijo que era un poco en broma. Sin embargo los "académicos" parecían tomarlo bastante en serio, tanto que llegaron a considerarse como un colegio sacerdotal pagano. Pomponius Laetus, siempre calzado con sandalias y vestido a la romana, reunía a sus amigos para banquetes filosóficos en su villa del Quirinal, o cultivaba su viña sobre el Palatino, cuando no se perdía en meditaciones románticas caminando con los suyos entre las ruinas del Foro. Pronto se instauró un proceso contra los miembros de aquella "Academia romana". No se sabe si el Papa se equivocó, tomando demasiado en serio el asunto, o hubo en realidad una verdadera conspiración.

Al morir Pablo II, subió *Sixto IV* (1471-1484), que era franciscano. Este Papa se propuso ser el continuador de Nicolás V. Amigo de la esplendidez y la liberalidad, había nacido para mecenas. Y en aquella época renacentista, en que los príncipes se ufanaban por rodearse de artistas y literatos, quiso dar a su corte un brillo no inferior a la de Florencia. Con él, afirma García Villoslada, comenzó el "triunfo de la mundanidad en Roma", la preocupación del dinero más que de Dios, de los placeres más que de los bienes eternos. Se ha dicho que con Sixto IV, hombre mundano por cierto, en la figura del Papa empezó a menguar el sacerdote y a prevalecer el príncipe. Para colmo, dicha descompensación iba a la par de negocios financieros y, lo que es peor, de un amplio nepotismo. Era natural que el Papa quisiese tener junto a sí gente de confianza, aunque fuesen parientes suyos, pero ello sólo se hacía legítimo cuando los elegidos eran real-

mente aptos para la tarea que se les encomendaba, por su edad, por sus cualidades, tanto morales como intelectuales. Desgraciadamente no siempre fue así. Ya en su primera elección de cardenales, nombró a dos de sus sobrinos, y luego a otros cuatro más, no todos muy selectos que digamos. De entre ellos, su sobrino predilecto era Pedro Riario, quien sostenía una especie de corte de cerca de quinientas personas, numerosos servidores vestidos de seda, y un palacio con tapices, oro y plata, caballerizas, etc.

Recordemos que se trata de un Papa franciscano, lo que hace más extraño aún el espíritu mundano que lo caracterizó. Pero en su descargo hemos de reconocer que veló siempre por la pureza de la fe, y enfrentó con decisión algunas herejías que aparecieron en Alemania, Francia y Hungría. Además era muy devoto de la Santísima Virgen. ¿Qué juicio dar de este Papa? Sin duda que favoreció la cultura, la ciencia y las artes. Por primera vez reunió a los mejores pintores del momento, entre otros Ghirlandaio, Botticelli, Signorelli, Perugino, Pinturichio, para que, dentro del Vaticano, decorasen la capilla que inmortalizaría su nombre, la Capilla Sixtina, inaugurada un año antes de su muerte. Sin embargo, no se puede negar que con él se inició una de las épocas de mayor decadencia y mundanismo en la historia de los Papas.

Luego de morir Sixto IV, ascendió al trono *Inocencio VIII* (1484-1492). El gobierno de este Papa fue gris. En el último año de su pontificado tuvo lugar la conquista de Granada por parte de los Reyes

Católicos, que en Roma se celebró con una corrida de toros, espectáculo inusitado para los romanos. Tras él subió Rodrigo de Borja, que tomó el nombre de *Alejandro VI* (1492-1503), una persona nada vulgar, excelente hombre de gobierno, de fe compacta, al mejor estilo español. Su vida antes de acceder al Pontificado había dejado mucho que desear, lo que no era demasiado extraño por aquellos tiempos, especialmente en Italia, sobre todo en sus clases altas. Que muchos príncipes eclesiásticos no vivieran mejor que los seglares escandalizaba poco o nada a los italianos del Renacimiento. Pues bien, nuestro Borja no fue una excepción. Desde los treinta a los cincuenta años, vivió de manera desarreglada. Era un hombre rico, sensual por naturaleza, de buen parecer, de gran cortesía en los modales, generoso, agradecido y en lo que toca a las mujeres, como relata un contemporáneo, las atraía "más que el imán al hierro". Siendo ya cardenal tuvo tres hijos de mujer desconocida: Pedro Luis, Jerónima e Isabel; y de su dama romana, cuatro, algunos de los cuales se han hecho célebres: César, Juan, Jofré (Gofredo) y Lucrecia. No vamos a detenernos en estos entretelones de índole amorosa, ni menos en la vida de su hijo, el famoso César Borgia, joven esbelto, valeroso, inteligente, amigo de las artes, pero cruel e inescrupuloso, discípulo nada menos que de Nicolás Maquiavelo. Tampoco aludiremos a los novelones tejidos en torno a la famosa Lucrecia Borgia, porque ello tiene poco que ver con nuestro tema. En cuanto a Alejandro VI, parece que siendo ya Papa se había enmendado de la vida pecaminosa de su juventud, si bien seguía gustando de

las diversiones mundanas y de las fiestas. En torno a él se ha tejido una leyenda calumniosa, como si hubiese sido poco menos que un monstruo.

Un día llamó a su hijo Juan, duque de Gandía, porque quería verlo en Roma. Pero Juan no pudo hacerlo. Poco antes de emprender el viaje, fue asesinado. Para el Papa fue algo espantoso. "Golpe más duro –dijo en el Consistorio– no nos podría haber sobrevenido, pues amábamos al duque de Gandía más que a todas las cosas de este mundo. Por nuestros pecados ha querido Dios probarnos así [...] Perdone Dios al autor. Nosotros hemos tomado la decisión de atender desde ahora a la reforma propia y de la Iglesia. En manos de seis cardenales y de dos auditores de la Rota pondremos toda esta reforma. En adelante los beneficios se conferirán únicamente conforme a los méritos. Queremos renunciar al nepotismo, comenzar la reforma por nosotros mismos, llevarla luego a los demás miembros de la Iglesia y conducirla hasta el fin." Las cosas parecían ir por buen camino. Pero pronto el Papa volvió a las andadas. Mientras tanto, un hombre clamaba en Florencia. Era Girolamo Savonarola, quien se lanzó a predicar de manera virulenta la reforma moral de la Iglesia, en su cabeza y en sus miembros. De él hablaremos más adelante.

Pocos años gobernó Alejandro VI. Hoy se está propiciando un "revisionismo histórico" respecto a su persona. Porque sería injusto olvidar tantas cosas buenas como hizo. Ante el peligro de que los turcos se lanzasen a nuevas conquistas en Europa, propuso renovar la Cruzada. Firmó asimismo

la bula de demarcación entre las fronteras de Portugal y España, y promovió con verdadero celo la evangelización de América, secundando y alentando el proyecto misional de los Reyes Católicos. Favoreció también la reforma de las órdenes monásticas. Fomentó el culto de la Santísima Virgen... En fin, nunca defeccionó de la fe y de la defensa de la fe, que es lo más importante.

Al morir Alejandro VI, subió al poder el papa *Pío III*, quien sólo ocupó la sede por un mes. Tras él, asumió el gobierno de la Iglesia el cardenal Juliano della Róvere, quien tomó el nombre de *Julio II* (1503-1513) por admiración a Julio César, creador del Imperio Romano. Ya este dato revela su admiración por la antigüedad clásica. El papa Róvere, uno de los grandes Papas del Renacimiento y una de las figuras más típicas de aquel período hecho de luces y de sombras, tenía alma de emperador y de guerrero más que de sacerdote. Por eso no debe extrañarnos que se sintiera tan a gusto emprendiendo batallas en defensa del territorio pontificio, y que creara la "Guardia suiza", cuerpo militar de unos doscientos soldados de aquel país, bien escogidos, mandados por jefes excelentes, que formaron la guardia del palacio papal. En la actualidad no son pocos los historiadores que parecen perdonar las miserias de este Papa, deslumbrados por el fuego impetuoso de su carácter, lo gigantesco de sus empresas y el resplandor artístico con que le envolvieron los grandes genios a quienes él protegió.

Era un hombre activo, metódico, lleno de iniciativas, de carácter férreo, colérico, algo áspero de

trato, capaz de decir palabras altisonantes, poco diplomático. Sus contemporáneos lo llamaron *"il Terribile"*. En lo que toca a su comportamiento moral, su vida como cardenal fue desarreglada. Pero desde que asumió el Papado parece que nada grave se le pueda reprochar. Eso sí, su espíritu no dejaba de ser mundano. Amaba las fiestas, los banquetes y las danzas.

Julio II no cultivó los estudios ni se destacó por su cultura literaria. *"Vinum amas pro litteris"*, decía satirizándolo Erasmo en uno de sus epigramas. Por eso favoreció poco a los humanistas y poetas. En cambio fomentó de manera particular la arquitectura. Su predilecto en este campo fue Bramante, a quien le encomendó la restauración de la basílica de San Pedro. Lamentablemente este hombre, con espíritu vandálico, empezó por destruir la ya ruinosa, pero venerable, basílica antigua, construida nada menos que por Constantino. En 1506 se puso la primera piedra de la gran basílica según el nuevo plano, que cubriría 24.000 metros cuadrados, siendo así que la actual, que es enorme, ocupa sólo 14.500. Su forma sería de cruz latina, con una inmensa cúpula central y cuatro torres en las extremidades de los brazos de la cruz. Pero la muerte del artista impidió la realización de dicho proyecto faraónico, que luego sería modificado por Rafael y Miguel Ángel; este último diseñó la actual cúpula. Otro de los genios de primera magnitud al que favoreció este Papa fue Miguel Ángel Buonarotti, arquitecto, escultor, pintor y poeta, a quien le encargó su propio mausoleo. Acierto fue de este Papa haber casi forzado a Miguel Ángel, que se sentía

más bien escultor, a tomar los pinceles y dibujar en la bóveda de la Capilla Sixtina el gran poema de la humanidad, anunciado por profetas y sibilas, desde la creación hasta la parusía, y más adelante el Juicio final. En cuanto al mausoleo que el Papa le había encargado, el artista no llegó a terminarlo. La principal de las estatuas que dejó hecha para dicho sepulcro es la de Moisés, en la cual, según se dice, quiso representar el carácter dominador y terrible del Papa. Hoy se la admira en la iglesia de *San Pietro in vinculis*. Otro de los grandes a quienes invitó el Papa fue el joven artista Rafael Sanzio, a cuyo espléndido pincel debemos los frescos que se encuentran en las cámaras (*stanze*) del Palacio Vaticano, el Parnaso, la Escuela de Atenas, la Disputa del Santísimo Sacramento, la Liberación de San Pedro, etc.

Murió Julio II en 1513, luego de haberse encomendado a las oraciones de los cardenales, "porque él había pecado mucho –les dijo– y no había gobernado la Iglesia debidamente". Pronto aparecieron algunos panfletos contra él, entre los cuales uno en forma de diálogo titulado *"Iulius exclusus a caelis"*. Al llegar al cielo, San Pedro le niega la entrada por haber sido belicoso, falto de virtudes, enemigo de la reforma e ignorante del Evangelio. Julio le retruca amenazándolo con tomar por asalto el cielo, al frente de un ejército de 60.000 soldados. "Con tales jerarcas eclesiásticos –concluye San Pedro–, no me extraña que vengan tan pocos al cielo."

Tras Julio II, accede al solio pontificio *León X* (1513-1521), hijo de Lorenzo el Magnífico, hombre

calmo y benévolo, el reverso de su antecesor. Al parecer era corpulento, de cabeza grande, rostro poco expresivo, manos finas, muy distinguido a la vez que simpático, de voz armoniosa y conversación encantadora, *"bellisimo parlatore"*, dice de León el poeta y humanista Ángel Poliziano. Sin ser un humanista en el sentido estricto de la palabra, sabía un poco de todo, de manera que su cultura se mostraba variada, aunque superficial. Era, por cierto, un hombre de fe, pero abocado por lo general a gozar de la vida ("gocemos del papado, pues que Dos nos lo ha dado"), eludiendo las fatigas y las incomodidades. Le gustaban los banquetes, aunque él personalmente era sobrio. Amaba la vida cortesana, los bufones, la música y el teatro, siendo la caza su diversión favorita.

León X pretendió hacer de Roma lo que su padre Lorenzo, no en vano apodado "el Magnífico", había hecho de Florencia: el más activo foco cultural de Italia y del mundo. Por nacimiento, por educación y por temperamento, estaba como predestinado a inaugurar una época de oro. Los literatos encontraron en él al gran mecenas, por lo que acudieron en masa a la corte pontificia. Un canónigo regular, Mario Jerónimo Vida, sacerdote ejemplar en aquella Roma tan mundana y seductora, recibió del Papa el encargo de componer un poema épico sobre la vida de Cristo, que se llamaría *La Cristíada*, y le pidió que ilustrara los textos del Evangelio con versos de Virgilio. En el campo de las artes, así como el predilecto de Julio II fue Miguel Ángel, tempestuoso y titánico, así el de León lo fue Rafael Sanzio, todo armonía y gracia. Nombrado éste, arquitecto de la basílica de San Pedro, continuó aquella obra colosal, modificando la planta originalmente proyectada, a la que dio forma de cruz latina, mientras continuaba su obra de pintor en las salas del Vaticano. El gran artista murió en plena juventud y en el apogeo de su gloria, amado y llorado por todos, especialmente por León X, quien costeó de su peculio el monumento sepulcral que se encuentra aún hoy en la iglesia del Panteón.

La situación moral de Roma era deplorable. Mientras los cardenales llevaban una vida no propiamente edificante, muchos clérigos sólo se acercaban a la Urbe en busca de títulos o ventajas materiales. La venalidad estaba a la orden del día, se vendían prebendas y se falsificaban documentos. Desgraciadamente no fue ajeno a este tráfico el mismo León X, quien al parecer estaba lejos de percatarse de la tempestad que se iba preparando en gran parte de Europa. En orden a acelerar la construcción de la basílica de San Pedro a la que estaba dedicado, concedió que se anunciase en toda la Cristiandad una indulgencia especial para los benefactores. Objetando el modo de predicarla en Alemania, un monje agustino lanzaría el grito de protesta, y al poco tiempo Alemania ardería en el incendio de una revolución religiosa. León, siempre frívolo y superficial, no comprendió, al menos en un principio, la gravedad de la rebelión luterana, y siguió divirtiéndose con sus bufones, sus músicos, sus literatos y sus cacerías. Contaba 46 años cuando murió, invocando el nombre de Jesús.

Sube ahora al trono *Adriano VI* (1522-1523). Originario de Utrecht, luego maestro en la universi-

dad de Lovaina, había sido preceptor de Carlos V, quien lo propuso para que lo hicieran cardenal. Era un hombre realmente virtuoso. No bien llegó a Roma, comenzó por prohibir la venta de prebendas, expulsó de la ciudad a los clérigos de espíritu cortesano y ordenó a los sacerdotes cortarse la barba, que era por aquel entonces un signo de liviandad. En lo que toca al movimiento renacentista, que es lo que acá más nos interesa, mostró escaso interés por el arte italiano. Sin embargo no era el bárbaro que algunos enseguida dijeron ver en él. Lo que sucedió fue que, dando la espalda a todo lo que había constituido las delicias de León X, quiso abordar con toda seriedad la tarea que consideraba más urgente: frenar el progreso de la reforma protestante y comenzar, a partir de ahí, una reforma real y sincera en toda la Iglesia, empezando por la misma curia romana. Por desgracia, murió menos de dos años después de haber subido al trono, quedando trunco su propósito.

Lo sucedió *Clemente VII* (1523-1534), de la noble familia de los Médici, sobrino de León X. Durante su pontificado tuvo lugar el famoso saqueo de Roma por parte de las tropas de Carlos V. Luois Bouyer sostiene que este hecho señaló el comienzo de la declinación del Renacimiento. En la correspondencia de Miguel Ángel con la poetisa Vittoria Colonna se vislumbra la sensación lúcida y dolorosa de un derrumbe irremediable. Las inmensas expectativas de tantos cristianos concebidas durante la primavera del Renacimiento, se habían agostado. Como último superviviente de una generación que desaparecía, el Miguel Ángel de sus años pos-

treros sustituirá a aquellas expectativas el impresionante apocalipsis de su Juicio Final.

Luego de Clemente accedió al trono *Pablo III* (1534-1549). El nuevo Papa había sido un concubinario inveterado que, hecho cardenal bajo Alejandro VI, llegó a cobijar a su amante en su propio palacio. Una vez que asumió la nueva responsabilidad cual sucesor de San Pedro, cambió completamente, no sólo mostrándose como un hombre piadoso y austero, sino también aplicándose con todas sus fuerzas a la ingente tarea de la autorreforma de la Iglesia. Sólo que para ello no le pareció necesario tener que romper con el Renacimiento, sino más bien apoyarse en lo que quedaba de él, por lo que confió cargos relevantes a renombrados humanistas cristianos, como el cardenal Gaspar Contarini, teólogo italiano, y el cardenal Reginaldo Pole, teólogo inglés, luego arzobispo de Canterbury.

Hemos recorrido sucintamente la galería de algunos Papas del Renacimiento. Tratóse, sin duda, de un período borrascoso de la historia. Las actitudes de los sucesivos Pontífices frente a los dos Renacimientos, el católico y el mundano, muy diversas, por cierto, fueron desde el rechazo hasta la complicidad. Sin embargo, vistas en su conjunto, se puede decir que lograron, de una u otra forma, encauzar aquellas corrientes, tratando de integrarlas en la cosmovisión católica. Ello no significa que, aun en los mejores momentos, el Renacimiento no haya dejado huellas mundanas en el interior de la Iglesia, que tardarían mucho en desaparecer, si es que en realidad no sobreviven hasta ahora. No de-

ja de ser sintomático que ninguno de los Papas del Renacimiento haya sido canonizado.

VI. Diversas reacciones contra el Renacimiento paganizante

Como hemos podido ver, los Papas no acertaron en tomar las medidas que hubieran sido necesarias para arrostrar esta tempestad que amenazaba con la mundanización total de la Iglesia, tempestad que, de haber triunfado plenamente, hubiera significado la victoria total del "espíritu del mundo", el derrumbe definitivo de la Iglesia. Pero la Cristiandad conoció algunas respuestas más condignas a la gravedad del desafío, gracias a las cuales la nave de Pedro pudo seguir su curso airoso en la historia. Frente a las dificultades, siempre en la Iglesia aparecen anticuerpos.

1. *Reacciones desorbitadas*

La tentación doctrinal fue paralela al decaimiento generalizado de las costumbres. Un historiador alemán, Carlos Adolfo von Höfler, escribió a fines del siglo XIX un libro bajo el título de *La era de los bastardos*, donde se refiere especialmente al siglo XV italiano. El autor muestra su sorpresa al tropezar constantemente en la historia italiana de la época con personajes ilustres, civiles y eclesiásticos, de nacimiento ilegítimo, lo que constituye un indicio del clima que reinaba en las familias distinguidas. Quizás en Italia el fenómeno fue más generalizado, ya que en ella había muchas cortes principescas, y las cortes solían ser focos de corrupción por la abundancia económica, el boato, las fiestas, la adulación. Roma gozaba de muy mala fama por el lujo en que vivían los cardenales, por la ociosidad de muchos clérigos que sólo parecían estar a la caza de títulos eclesiásticos. Sin duda que resultaría escandaloso tanto mundanismo en una ciudad que hubiera debido ser paradigma de las demás.

Con todo, y este es un misterio que se reitera en el curso de los siglos, como por ejemplo en la época del arrianismo, según lo advertimos en su momento, a pesar de la decadencia del clero la fe del pueblo se mantuvo viva. Bastaba que un misionero rural o un predicador elocuente alzase su voz, para que las multitudes lo acogiesen e hiciesen penitencia. Es que perduraban todavía algunos sectores que mantenían elementos de la fe medieval, como las corporaciones, donde sus integrantes trataban de mantener la piedad y de practicar la caridad. Por lo demás, no fueron pocos en la Iglesia los que detectaron con clarividencia las peligrosas tendencias del Renacimiento, y ello ya desde el principio. Así, por ejemplo, el dominico Juan Dominici, quien se lanzó con toda la energía de su impetuoso carácter contra aquellas instituciones de enseñanza que educaban a la juventud de un modo más pagano que cristiano, incitándoles a invocar antes a Júpiter, Saturno, Venus o Cibeles, que al Dios uno y trino. Se ha conservado de él un notable escrito dirigido a un conocido funcionario flo-

rentino, donde lo exhortaba a no dejarse enredar en los alicientes del falso renacimiento. Dominici no se extralimitó pretendiendo que se prohibiera enteramente el estudio de la literatura antigua, sino sólo aquellas lecturas que pudiesen ir en detrimento de los fieles. Su celo lo llevó a decir que era más provechoso a un cristiano arar la tierra que estudiar los autores gentiles. Se refería, por cierto, a los autores lascivos y disolventes.

Fueron sobre todo los dominicos quienes más diligentemente se preocuparon por defender a la Iglesia del espíritu mundano vehiculado por el Renacimiento. También los franciscanos. Lástima que a veces se pasaban de revoluciones, lo que se explica por los furiosos ataques de los humanistas no sólo contra la Iglesia en general sino más particularmente contra las Órdenes religiosas y la Escolástica. Ello los condujo a veces a una reacción poco discreta, no distinguiendo entre el verdadero y el falso Renacimiento, y que lo malo no estaba en la renovación misma de los estudios clásicos sino en el mal uso de ellos. Fue el lenguaje de Adriano de Corneto cuando quiso demostrar, a comienzos del siglo XVI, que toda la ciencia se contenía en la Escritura y que era locura buscarla en otra parte. Era también el lenguaje de los rigoristas morales, que parecían querer convertir al mundo en un vasto convento. Contra tales impugnaciones los humanistas podían oponer, no sin razón, que varios Padres de la Iglesia habían incluido en sus obras versos de los poetas y textos de los clásicos. A veces los impugnadores fueron muy poco sutiles y hasta burdos, por ejemplo cuando uno de ellos consideraba

como ofensa a Dios el que un humanista calificase un vino excelente de "néctar de Júpiter", lo que demostraba, decía, ser Júpiter a quien veneraba aquel hombre.

La idea tan parcial como miope de que el Renacimiento en su conjunto procedía del mal espíritu no fue asumida por los mejores hombres de la Iglesia. Tampoco todos los religiosos eran de dicho parecer, antes bien varios de ellos procuraron poner la literatura clásica al servicio de la Iglesia. Por lo demás, una sola vez en este período intervino directamente el Papa contra el falso Renacimiento; y en aquel caso se trataba de una desfachatada glorificación de vicios paganos, ante lo cual el Papa no podía permanecer en silencio.

La crisis, que se reflejaba tan vigorosamente en el plano cultural, tenía, como dijimos, implicancias morales. Si se deseaba el mejoramiento del pueblo, lo primero era atender a la reforma del clero. En lo que toca al clero regular, tan bien representado por los frailes mendicantes, se encontraba jaqueado y zaherido. En ninguna parte hallaron enemigos tan virulentos como en Italia, donde los humanistas se complacían en ridiculizarlos, a veces no sin razón. Adviértase, sin embargo, que ninguna nación pudo exhibir tantos santos como Italia en la época del Renacimiento. Gracias a tales hombres, por lo general miembros de institutos religiosos, la fe católica siguió arraigada en el pueblo italiano. El estado del clero secular, en cambio, resultaba lastimoso; muchos párrocos eran indoctos, incapaces de predicar y de enseñar, llevando una vida muy poco

edificante. En cuanto a los Papas de aquel período, si bien fueron por lo general dignos hasta Sixto IV, no puede decirse lo mismo de éste ni de sus sucesores hasta León X. La defección moral de los Papas hacía que no poca gente viese en Roma la fuente y raíz de todos los males que afligían a la Iglesia. También hubo cardenales y obispos corruptos.

2. *La figura de Savonarola*

Digamos algo de este singular personaje, que vivió en los tiempos de Alejandro VI. Nació Jerónimo Savonarola en Ferrara el año 1452. Su vocación se fue gestando ante el espectáculo de la corte de dicha ciudad, con sus desórdenes encubiertos por el florecimiento artístico y literario del Renacimiento. Impresionado negativamente por el fausto excesivo desplegado por el papa Julio II al dirigirse al Concilio de Mantua, y luego de madura reflexión, se resolvió a entrar en la Orden de Santo Domingo. Pronto sus superiores lo destinaron al convento de San Marcos en Florencia. Predicador fervoroso, tajante y visionario, encontraría una magnífica plataforma en la Florencia renacentista. Nuestro fraile estaba posesionado por una idea: el mundo se encontraba corrompido por los pecados; Florencia era una ciudad viciosa y depravada; en la curia papal reinaban la lujuria y la codicia. Si no se lleva a cabo una reforma, decía, caerá pronto como un rayo el castigo de Dios. Era señor de Florencia Lorenzo el Magnífico, político sagaz, buen orador, fino poeta y humanista, gran mecenas de literatos y filósofos. Fue él quien lo había hecho traer a Savonarola para que predicase en su ciudad. Así pues, en la iglesia del convento donde residía, comenzó a exponer el Apocalipsis, y luego otros libros de la Sagrada Escritura. Acudían a oírlo muchos florentinos, cada vez más, y si no cabían en la iglesia se reunían en el patio del convento, teniendo luego que pasar a la catedral. En sus sermones, el fogoso predicador reprendía los vicios de los malos cristianos, pero también la conducta de los pastores indignos, exhortando vehementemente a una reforma individual, social y eclesiástica. Él entendía que Dios lo había elegido para promover y dirigir dicha reforma. Nombrado prior en San Marcos, comenzó la reforma por su convento, y en verdad que lo logró: la pobreza de los frailes se hizo más estricta y se dedicaron con mayor empeño que antes a la obra pastoral y al estudio de la teología y de la Sagrada Escritura, lo que significó para esa casa religiosa un período de gran florecimiento.

Se ha planteado la cuestión de si el reformador florentino era amigo o enemigo de las artes y las letras. No hay duda que su tendencia espiritualista de inspiración apocalíptica lo impulsaba a cierta minusvaloración de las cosas puramente naturales y humanas. Así, en uno de sus sermones dijo que "lo único bueno de Platón y Aristóteles es que han proporcionado numerosos argumentos que pueden utilizarse contra los herejes. Pero tanto ellos como otros filósofos están en el infierno. La última vieja sabe más que Platón sobre la fe. Para la fe misma sería conveniente que se destruyeran muchos libros que tienen una apariencia de utilidad.

Cuando no había tantos libros, ni tantas «*ragioni naturali*», ni tanta disputa, se difundía la fe mucho más fácilmente".

Sin embargo su buen sentido tomista le hacía valorar como corresponde todo lo que tienen de aprovechable las expresiones artísticas y los conocimientos literarios, cuando se subordinan a los fines religiosos y sobrenaturales. Es cierto que en algunas ocasiones, condenó los excesos de las artes y de las letras, con fuerza quizás desmedida, pero otras veces habló de ellas con estima. En una de sus cartas escribía: "Jamás ha sido mi ánimo el condenar el arte de poetas, sino solamente el abuso que muchos hacen de ello, si bien con palabras y escritos han tratado muchos de calumniarme [...] Hay una casta de falsos poetas que no saben hacer otra cosa que correr detrás de los griegos y romanos, repitiendo sus ideas, imitándoles en la forma y el metro, y hasta invocando a los mismos dioses, como si nosotros no fuésemos tan hombres como ellos y no tuviésemos nuestra razón y religión. Y ése es un falso poeta y juntamente una peste perniciosa para la juventud. ¿Y qué diremos nosotros cuando aun los paganos condenaron tales poetas? ¿No fue aquel Platón que hoy tanto se ensalza quien dijo que era necesaria una ley que desterrase de las ciudades a esos poetas, los cuales con el ejemplo y autoridad de dioses nefandísimos, con el halago de versos torpísimos, llenaban todo de ignominiosas liviandades y de devastación moral? ¿Qué hacen, pues, nuestros príncipes cristianos? ¿Por qué disimulan esos males? ¿Por qué no dan una ley que expulse de las ciudades no sólo a los falsos poetas, sino también a sus libros y a los escritos de los antiguos que tratan de cosas meretricias y alaban a los falsos dioses? Gran fortuna sería que tales libros fuesen destruidos y sólo se salvasen los que incitan a la virtud." En las escuelas, según su opinión, la lectura de los clásicos debía reducirse a Homero, Virgilio y Cicerón, completándose lo que falta con San Jerónimo y San Agustín. Puede llegar a ser conveniente, agregaba, que algunos expertos estudien a los otros clásicos para que no se pierda la tradición. Todos los demás deberían conformarse con la gramática, las buenas costumbres y la doctrina cristiana.

Lo hemos dejado a nuestro reformador predicando en la catedral de Florencia, cada vez con más concurso de gente. Estaba realmente convencido de ser un verdadero profeta y pronto afirmó que tenía visiones divinas. Sus imprecaciones se volvían cada vez más rigurosas. Denunciaba a "aquellos prelados que se envanecen de su dignidad y desprecian a los demás; son los que desean ser venerados y temidos; son los que ambicionan las primeras cátedras en las sinagogas y los primeros púlpitos de Italia". De los prelados pasó a los príncipes que "son un gran lazo para las almas"; sus malos consejeros inventan siempre nuevos impuestos para chupar la sangre del pueblo. "Señor, ¿por qué duermes? Levántate y ven a librar a la Iglesia de las manos de los demonios, de las manos de los tiranos, de las manos de los malos prelados."

Hacía unos meses que se venía hablando en Italia de la posible venida del rey de Francia, Carlos

VIII, llamado por Ludovico el Moro, caudillo de Milán. Savonarola, que tantas veces había anunciado como inminente el castigo de Dios, pensó que justamente sería la espada de aquel Rey la que liberaría a Florencia, cual instrumento de las venganzas divinas, dando comienzo a la regeneración de Italia. Así lo predicó desde el púlpito, e invitó abiertamente al "nuevo Ciro" a atravesar los Alpes. Cuando se supo en Florencia que Carlos VIII había pisado ya suelo italiano, el pueblo aclamó a Savonarola como profeta veraz. Y él mismo decía: "He aquí que la espada ha llegado; las profecías se cumplen; los flagelos empiezan; he aquí que el Señor conduce los ejércitos. ¡Oh Florencia! Se acabó el tiempo de los cantos y de los bailes; ahora es tiempo de llorar con ríos de lágrimas tus culpas. Tus pecados, ¡oh Florencia!; tus pecados ¡oh Roma!; tus pecados, ¡oh Italia!, son la causa de estos flagelos." Carlos entró en Florencia y permaneció allí por diez días.

Como se ve, Savonarola estaba incursionando en la política, si bien consideraba dicha intromisión como parte del llamado de Dios. Se lanzó entonces a reformar la ciudad, oponiéndose ahora al gobierno de los Médici y a las costumbres semipaganas del Renacimiento. Mientras tanto Carlos VIII era vencido y debió retirarse de Italia. Luego de la mejora de las costumbres, Savonarola propuso una especie de régimen de gobierno "democrático". El proyecto del fraile no era, sin embargo, tan democrático que digamos; prefería el gobierno de uno solo, y como no encontraba la persona adecuada, digno de mandar a todo el pueblo en nombre de

Dios, se le ocurrió proclamar a Cristo rey de Florencia. Así, reuniendo al pueblo, les propuso: "Jesucristo, que es el rey del universo, quiere ser particularmente tu Rey. ¿Le quieres tú?" Todos gritaron que sí. Bajo la bandera de Cristo organizó diversos grupos de jóvenes de diez a veinte años, encomendándoles diversos oficios. Unos eran inquisidores; otros, correctores de faltas; otros, mantenedores del orden, supliendo así a los magistrados negligentes. Entusiasmados estos muchachos con su misión, se permitían entrar en las casas para revisarlo todo. Si sus dueños tenían naipes o tableros de juegos debían entregárselos. Lo mismo si poseían arpas, perfumes, espejos, libros de poesía, máscaras, etc. Instauró también una ceremonia que llamó *"Bruciamento delle vanità"*: la gente llevaba a la plaza los instrumentos de vanidad o de pecado, libros obscenos, pinturas deshonestas, perfumes, cabelleras postizas, ornatos femeninos, y puestos sobre un tablero en medio de la plaza, les pegaban fuego mientras sonaban las campanas.

Algunos efectos positivos alcanzó su plan de acción. Pero aquella tensión ascética de toda la ciudad no era durable. Comenzaron entonces a unirse los adversarios del fraile, que se autollamaron *"arrabiati"*, por la ira que sentían, con la intención de atacar a Savonarola y los suyos. Que se mete en política, que alardea de profeta. Al fin y al cabo, decían, su querido Carlos VIII se había mostrado inepto y vicioso. A ellos se juntaron incluso algunos dominicos y franciscanos, cansados ya de él, también ellos "rabiosos".

¿Qué actitud tomó el Papa ante los desplantes del fraile? Al principio Alejandro VI lo había tolerado, considerándolo como un religioso un tanto excéntrico, pero nada más. Luego creyó que debía intervenir. Primero lo hizo con gran suavidad. Comenzó por mandarle un breve congratulándose por el bien que hacía. "No dudamos –decía– que es el Espíritu Santo quien te mueve; pero como nos han dicho que tú en públicos sermones vaticinas cosas futuras, que te han sido reveladas por Dios, Nos, en cumplimiento de nuestro deber pastoral, queremos ser informados directamente de ti para que, conociendo el beneplácito divino, lo efectuemos. Te exhortamos, pues, y te mandamos en virtud de santa obediencia que te presentes ante Nos cuanto antes." Savonarola le contestó que no le era posible ir a Roma porque tenía fiebre, y además, mucho trabajo; sus enemigos podrían aprovechar la ocasión para atacarlo y matarlo. El Papa, molesto por el rechazo, declaró que fray Jerónimo había desobedecido una orden grave del Papa, y seguía con la suya, por lo que en adelante se le prohibía predicar. El fraile trató de tender puentes, suavizando la situación. Entonces Alejandro VI le levantó la orden de dirigirse a Roma, pero con la obligación de no predicar hasta tanto pudiese ir. Como luego corrió la voz de que el Papa había retirado esta última prohibición, Savonarola subió de nuevo al púlpito predicando durante toda la Cuaresma de 1496. Su lenguaje se hizo más audaz y violento que nunca. "El Papa no puede mandarme contra la caridad o contra el Evangelio. Yo no creo que el Papa quiera hacerlo jamás, pero si lo hiciese yo

le diría: Tú ahora no eres pastor; tú no eres la Iglesia romana; tú yerras... Hay que obedecer a Dios más que a los hombres." En todo el mundo cristiano se hablaba ahora de Savonarola, unos para idolatrarlo y otros para execrarlo.

Su predicación, cada vez más subida de tono, no ahorraba dicterios. "¡Oh Iglesia meretriz, has mostrado al mundo tu fealdad, y tu hedor ha subido hasta el cielo!", clamaba desde el púlpito. Por fin, Alejandro VI resolvió excomulgarlo. Savonarola sostuvo que dicha medida carecía de valor. Sin embargo dejó de predicar y de celebrar misa por un tiempo, pero luego de una crisis interior, cuyo contenido se ignora, volvió a las andadas. Ahora sus enemigos de Florencia tenían más poder e intentaron frenarlo. Entonces él se dedicó a enviar cartas a varios reyes de Europa, instándoles a convocar un concilio ecuménico y elegir un nuevo Papa. En la que le envió al emperador Maximiliano decía: "Aproximándose el tiempo de las venganzas divinas, me mandó el Señor descubriros a vosotros, reyes y príncipes de la república cristiana, algunas cosas secretas para que sepáis en cuán grave peligro se halla la navecilla de Pedro por culpa de vuestra tolerancia y de vuestras discordias [...] Testifico en la palabra del Señor que Alejandro VI no es Papa ni puede ser admitido al pontificado." Luego, tras enumerar sus deficiencias, prosigue: "Por lo cual, de parte de Dios omnipotente, de quien recibiste, oh César serenísimo, la suprema dignidad imperial, te aconsejo y suplico que sin tardanza ninguna procures congregar en lugar idóneo y libre un concilio solemne a fin de socorrer prontamente a tan perni-

cioso detrimento de las almas y a la navecilla de Pedro, que está en peligro [...]" Casi en los mismos términos escribió a los reyes de España, de Francia, de Inglaterra y de Hungría. Ninguno le hizo caso. Para colmo, su amigo Carlos VIII fallecía pocos días más tarde.

Ocurrió entonces un hecho impresionante, que relataremos siguiendo al P. García Villoslada. Cuando Savonarola tenía prohibido predicar, en su lugar solía subir al púlpito de San Marcos otro dominico, fanático suyo, fray Domingo Buonvivini de Pescia, no menos vehemente y arrebatado que su maestro. A fray Domingo le salió al paso otro fraile, el franciscano Francisco de Puglia, quien desde el púlpito de Santa Croce no sólo le contestaba en el mismo tono, sino que se atrevió a desafiarle a la prueba del fuego. Probablemente fue una manera de decir, y ni el franciscano ni el dominico tenían demasiadas ganas de meterse en las llamas de una hoguera para demostrar la falsedad o la verdad de la misión de Savonarola. Pero el pueblo se entusiasmó con la idea y en toda Florencia no se hablaba de otra cosa que del *juicio de Dios* por medio del fuego. Por fin ambos contendientes firmaron ante notario público. Mientras tanto, un visionario dominico, fray Silvestre Maruffi, aseguró que había visto unos ángeles que le garantizaron la victoria de Savonarola. Resolvióse entonces que en la plaza se encendería una gran hoguera en la que entrarían dos frailes, fray Domingo de Pescia, en representación de Savonarola, y fray Julián Rondinelli, por los franciscanos. Cuando llegó el día, Savonarola celebró la misa en San Marcos. Mientras tanto, en la plaza de

la Señoría se había reunido una gran multitud en torno a un tablado. No menos de 200 dominicos llegaron procesionalmente. Comparecieron también los frailes franciscanos. Pero los dos contendientes no aparecían. Es que se encontraban dentro del palacio, con los señores de la ciudad. El pueblo gritaba que empezasen de una buena vez. Ya fray Domingo estaba dispuesto a ello, cuando los franciscanos se empeñaron en que debía quitarse la capa pluvial, que quizás estaría encantada por Savonarola. Se la sacó y se cambió de hábito. Luego exigió que le dejaran llevar consigo una hostia consagrada. Todos, menos los dominicos, protestaron escandalizados de tal sacrilegio. Ni tampoco se tranquilizaron cuando Savonarola les quiso demostrar teológicamente que en todo caso se quemarían los accidentes tan sólo, mas no el cuerpo de Cristo. En tales disputas pasaron horas enteras. Se acercaba la noche. Como fray Julián no se presentaba, y fray Domingo no quería someterse a la prueba sin la hostia, la gente se puso furiosa. Y excusando al franciscano, a quien creían de buena voluntad, se volvieron a los gritos no ya contra fray Domingo sino contra el mismo Savonarola, acusándolo de no haber sostenido él en persona la prueba de fuego, ya que de él y su doctrina se trataba. La Señoría puso fin al alboroto mandando que se fuesen todos. Los franciscanos se retiraron cantando victoria.

Desengañado de tantas falsas profecías, visiones y promesas, el pueblo se preparó para la venganza. Savonarola había perdido todo su prestigio. La multitud asaltó el convento dominico. Luego vinieron

los soldados para detener el fraile. Empezó entonces un proceso en su contra. El Papa quiso que lo enviasen a Roma, pero los florentinos preferían que fuese juzgado allí donde había cometido el delito. El proceso terminó con la condena a muerte de tres dominicos, fray Jerónimo Savonarola, fray Domingo de Pescia y fray Silvestre Maruffi. El primero en subir a las gradas fue fray Silvestre, turbado y triste. En cambio fray Domingo, animoso, iba cantando el Te Deum. Por fin subió Savonarola recitando el Credo. Allí se los despojó de sus hábitos religiosos, y luego fueron degradados del estado sacerdotal, quitándoseles, según el ritual, los ornamentos. Un fraile dominico que debía pronunciar la fórmula, estaba tan nervioso que se equivocó diciéndole: "*Separo te ab Ecclesia militante atque triumphante*", te separo de la Iglesia militante y triunfante, a lo que Savonarola replicó serenamente: *"Militante, non triumphante: hoc enim tuum non est."* Es decir, de la que me separas es de la Iglesia militante, no de la triunfante, porque esto último excede tus posibilidades.

En lo que toca a nuestro tema del Renacimiento mundanizador de la Iglesia, por cuyo influjo tantos perdieron el sentido católico y se olvidaron de que eran sacerdotes, obispos o papas, para pensar que eran simples humanistas o mecenas de humanistas, la actitud de Savonarola constituyó un llamado clamoroso, aunque desequilibrado, a repudiar dicha infiltración. Lástima las concomitancias de su gesto.

3. *La pre-reforma católica*

Bien han señalado varios historiadores cómo durante algún tiempo se ha creído y admitido que la reforma eclesiástica, que después se llamaría "reforma católica" para contraponerla a la pretendida "reforma protestante", se puso en marcha solamente a partir del concilio de Trento. El análisis de lo acontecido en el siglo XV demuestra que aquel movimiento católico de reforma tiene raíces mucho más hondas y se extiende por todo el siglo precedente. Lo mejor de la Iglesia de aquel tiempo entendía la necesidad urgente de una reforma. Era casi una obsesión, de la que participaban no solamente los predicadores y los santos sino también los gobernantes, los teólogos y hasta los literatos. Y conste que no fue únicamente una tesitura teórica. Muchos se pusieron a actuar en esa dirección: los frailes en sus conventos, los predicadores en sus sermones y misiones populares, los obispos reuniéndose en sínodos, los mismos Papas disponiendo comisiones de reforma. "Hasta las piedras se ven forzadas a gritar reforma", dijo Matías Roeder en el concilio de Constanza. Así es la Iglesia. Aun en sus peores momentos, aunque se encuentre enferma o en estado agónico, no se rinde a las circunstancias sino que suspira por la salud y busca medios para recuperarla. Los deseos ardientes son siempre expresión de vitalidad. El gran número de santos de aquellos siglos que la Iglesia canonizó muestra que no eran pocos los que aspiraban a la perfección evangélica.

¿Quiénes necesitaban reformarse? Por supuesto que el pueblo cristiano en su conjunto. Las corrientes paganizantes del Renacimiento, al influir con tanta fuerza en los sectores intelectuales de la sociedad, fácilmente repercutían en el pueblo sencillo, por lo que se hacía necesario dirigirse a él, especialmente a través de la predicación y de la catequesis, de modo que no perdiera el aprecio a los valores trascendentes, enfrascados como estaban tantos en las cosas de la tierra. Más urgente aún era la reforma del clero. La labor pastoral estaba muy descuidada, encontrándose la gente desprovista de pastores y alejada de los sacramentos. Los principales responsables eran los obispos y los párrocos, cuya desidia en las cosas espirituales resultaba lamentable. A no ser por los frailes –cuya observancia regular tampoco era ejemplar–, la fe y la piedad popular hubieran naufragado miserablemente. También necesitaba reforma la curia romana, Papas incluidos. Hemos visto cómo varios de ellos se ocupaban más de los negocios políticos y mundanos que de los religiosos. Para colmo, las armas espirituales con que contaban, como la excomunión y el entredicho, que bien usadas les hubieran permitido poner freno a los errores y herejías, las emplearon casi siempre por motivos terrenos, con lo que tanto esas censuras como los propios Papas acababan por desacreditarse. La más grave omisión de los obispos consistía en la habitual ausencia de sus diócesis, ya porque acumulaban tres o más sedes episcopales, y no podían estar en todo, ya por espíritu áulico y el consiguiente deseo de estar siempre en la corte del rey, o del príncipe, o en la curia pontificia. Algo semejante pasaba con los párrocos y todos los que, teniendo por obligación la cura de almas, la abandonaban con frío desinterés. Sin embargo, no cabe duda que las voces más apremiantes, las quejas más unánimes, los deseos más vivos de reforma, se dirigían a la curia pontificia. Era la *reforma in capite*, la reforma en la cabeza, tan suspirada, preludio necesario para una *reforma in membris*, reforma en los miembros. En líneas generales hay que reconocer que antes de Trento, ni los Papas ni los obispos hicieron lo que correspondía.

Gracias a Dios surgió en aquellos tiempos una pléyade de fervorosos predicadores que, no pudiendo por el momento lograr la reforma de la cabeza, se abocaron con gran celo apostólico a la reforma de los miembros, es decir, de los fieles cristianos. Estos predicadores, dotados de elocuencia y a veces de santidad, incitando a la penitencia y a la reforma de las costumbres, avivaron la fe y elevaron el nivel moral, tanto en las ciudades como en el campo. Algunos de ellos fueron itinerantes, como San Vicente Ferrer y San Juan de Capistrano; otros tuvieron residencia fija, al estilo de Savonarola. Las muchedumbres los aclamaban y los amaban, lo que muestra que, a diferencia de lo que sucede hoy, la gente no había perdido la fe. Quizás el mayor de ellos, no sólo por su santidad sino también por la autoridad inmensa de que gozaba ante papas, reyes, obispos, teólogos y gente del pueblo era San Vicente Ferrer, de la Orden de Santo Domingo. Saliendo de Aviñón, donde se hallaba junto al famoso y controvertido papa Luna, Benedicto XIII, comenzó su apostolado por la Pro-

venza, siguiendo luego por la Liguria, el Piamonte, Suiza, el norte de Italia, para recorrer finalmente Flandes, toda Francia y toda España. Con el mismo celo apostólico predicó en la Italia renacentista –Lombardía, la Toscana, Siena y la misma Roma–, el franciscano San Bernardino de Siena, inculcando la costumbre de que se quemasen públicamente los instrumentos de vanidad, de lujo, de juegos y de supersticiones, al estilo de lo que patrocinó Savonarola. Asimismo se destacó como gran predicador San Juan de Capistrano, también de la Orden de San Francisco, cuya palabra arrastraba multitudes. Luego de asistir a la dieta de Francfurt, donde se resolvió la Cruzada contra los turcos, fue el alma de aquella expedición militar, que dio por resultado el triunfo de Belgrado en 1456, tres años después de la conquista de Constantinopla por parte de la Media Luna. Lo más admirable en todos esos apóstoles es el ardor de su celo, en virtud del cual se gastaron y desgastaron por corregir las costumbres y regenerar las almas de los pecadores; admirable resulta también su libertad de palabra contra los escándalos de las autoridades, fueran cuales fuesen.

Se intentó asimismo una reforma del clero regular. Si bien en menor grado que el clero secular, también las Órdenes religiosas necesitaban de reforma. No pocos abades y priores, proclives a moverse en la corte de los príncipes y señores temporales, a más de mundanizarse, dilapidaban allí las rentas del monasterio. Otros residían en el claustro, pero llevando una vida aseglarada y fastuosa.

En cuanto a los simples monjes o frailes, abandonados espiritualmente, salían con frecuencia del convento, frecuentando tabernas u otros lugares peores; por lo demás, se quebrantaba fácilmente la clausura, y se violaban los votos. Tal estado de cosas daba pie a la burla de los renacentistas, que creían encontrar en dicho espectáculo un aval indirecto a sus teorías mundanas y a su inconducta moral.

El expediente que casi todos los reformadores de Órdenes religiosas adoptaron en el siglo XV para que sus miembros volvieran a la observancia regular fue el de establecer, dentro de la misma Orden, algo así como una rama nueva, una "Congregación de Observancia". De tales claustros ya reformados salieron numerosos religiosos que entrarían luego en otros conventos o monasterios, infundiendo allí su concepción reformada de la vida conventual. Esas "Congregaciones de Observancia" eran regidas, en las Órdenes mendicantes, por un vicario general más o menos autónomo, ya que nominalmente seguía dependiendo del superior general de toda la Orden. Hubo así una reforma benedictina, una reforma dominicana, una reforma franciscana. En esta última, observantes y conventuales se enfrentaron con aspereza, hasta que el Papa debió separar del viejo tronco de la Orden la rama de la Observancia, dándole el primado sobre la otra.

a. La pre-reforma en los Países Bajos

El siglo XV fue así el escenario de numerosos conatos de reforma. Detengámonos en lo que aconteció en los Países Bajos. Ya en el siglo XIV habían aparecido allí varios místicos que tenían algo de humanistas, en el mejor sentido de la palabra. Entre ellos podemos nombrar, por ejemplo, al maestro *Eckhart*, contemporáneo de Dante. Este fraile dominico, profesor en la universidad de París, y luego predicador en Estrasburgo y Colonia, jamás ocultó su admiración por el pensamiento griego. "He aquí que Platón –decía–, el gran sacerdote, eleva la voz y quiere hablar de grandes cosas. Habla de una pureza que no es de este mundo, de algo que no está ni en el tiempo ni en la eternidad." Por lo demás, Eckhart soñaba con la unión más profunda posible del alma con Dios. Algunas de sus doctrinas últimas no fueron del todo aceptables, por lo que después de su muerte la Iglesia condenó ciertas proposiciones suyas, que parecían abrir la puerta al quietismo y al panteísmo. A él lo siguió *Juan Taulero*, también místico dominico, predicador en Basilea y Colonia. Él tampoco se cerró al humanismo. Recogiendo las lecciones de los neo-platónicos, siguió sus métodos de contemplación. "El que entra a menudo en sí mismo podrá realizar a veces desde su fondo interior nobles escapadas que le revelarán lo que es Dios más manifiestamente que los ojos del cuerpo le muestran el sol material. Este fondo era familiar a los paganos. Para conocerlo mejor, ellos desdeñaban las cosas perecederas. Grandes maestros como Proclo y Platón tuvieron sobre ello

un claro discernimiento." Agreguemos también el místico alemán *Enrique Suso*. Tales hombres espirituales juzgaban que la mística no era incompatible con el verdadero humanismo, ni contribuía a mutilar la naturaleza humana, ni la menospreciaba indebidamente. En cuanto a las expresiones audaces de Eckhart, tanto Taulero como Suso, ambos discípulos suyos, las atenuaron quitándoles su ambigüedad. Otra diferencia entre el maestro y sus alumnos es que en sus sermones el primero no mostraba devoción afectuosa a la humanidad de Cristo, mientras que Suso, más poeta, cuando se refería al Señor decía que era "la Sabiduría increada, encarnada y clavada en la cruz".

Esta mística de gran nivel, que floreció en los Países Bajos durante el siglo XIV, sufrió luego un evidente empobrecimiento, en la llamada *devotio moderna*. Se entiende por ella una corriente espiritual que en la segunda mitad del siglo brotó en aquellos Países, por obra sobre todo de *Gerardo Groote*. Era éste un afamado profesor de Universidad. Mientras ejercía la docencia, entendió que Dios lo llamaba para que se le entregase del todo. Nunca se atrevió a ser ordenado sacerdote, pero sí aceptó recibir el diaconado, dedicándose de lleno a la predicación. Un día el obispo de Utrecht le quitó el permiso de predicar. A juicio del pastor, Groote propiciaba un rigorismo exagerado, minimizando el valor del matrimonio, de la amistad natural y de la vida de familia. Además, al recomendar con tanta insistencia la vida interior parecía subestimar las obras exteriores y el valor de los sacramentos. Groote tuvo un discípulo que lo admiraba particu-

larmente, *Florencio Radewijns*. Él sí quiso ser sacerdote. Poco después de ordenarse, lo rodeó un grupo de clérigos y laicos que buscaban dirección espiritual, naciendo así la asociación de "Hermanos de la Vida Común". No se trataba de una nueva Orden, o de una nueva congregación religiosa, ni tampoco eran terciarios, si bien vivían en comunidad, bajo la dirección de un sacerdote. Al entrar, prometían observar la castidad, y aunque no hacían voto de pobreza, renunciaban de hecho a la propiedad individual. Luego Florencio creó otro grupo: la Congregación monástica de Windesheim. Éstos sí eran religiosos, y fueron muy bien considerados por su labor en pro de la reforma eclesiástica, tanto con su ejemplo como con sus escritos. A este grupo perteneció *Tomás Hemerken de Kempis*, religioso humilde y afable, autor de la célebre *Imitación de Cristo*. Consta dicho libro de cuatro tratados breves. En el primero ofrece algunos consejos útiles para la vida espiritual: la necesidad de seguir a Cristo, el valor relativo de las cosas terrenas, la compunción de corazón; el segundo es un llamamiento a la interioridad, con la consiguiente renuncia a los solaces externos, para concentrar todo el amor en Jesús; el tercero lo integran conversaciones varias del Maestro interior con el discípulo, interrumpidas con súplicas de éste, donde se ensalza la abnegación, el vencimiento propio, la paciencia, la humildad, la paz, la confianza y sobre todo el amor; el último versa sobre la devoción a la Eucaristía. La espiritualidad que el libro trasunta es más franciscana que dominica.

¿Por qué esta devoción se llama "moderna"? Porque buscaba distinguirse de la antigua, es decir, la predominante hasta entonces, de carácter más escolástico y especulativo. Groote y los suyos reaccionaban especialmente contra aquella mística alemana de que acabamos de hablar, encabezada por el maestro Eckhart. "Es mejor sentir compunción que saber su definición", leemos en el Kempis. Como se ve, juntamente con su tendencia a lo práctico y antiespeculativo, esta corriente de espiritualidad privilegiaba también la afectividad, de ahí su nombre de "*devotio*". El P. García Villoslada advierte en ella un "moralismo" excesivo, que en el obrar humano pone el acento sobre la ética. Pero acaso su característica más propia sea la "metodización" de la vida interior. En Windesheim todos los actos del día estaban perfectamente reglamentados, desde el modo de levantarse, oír misa, rezar el oficio, hacer la meditación, hasta la manera de comer, de pasear, de leer y de acostarse... Asimismo no parecía fomentar en sus seguidores el espíritu apostólico, por cuanto el apostolado podía ofrecer peligros para la propia santificación, como sostenía Gerardo Groote. También hay que señalar que la piedad que propiciaba era marcadamente individualista, con lo que la Iglesia como cuerpo místico quedaba en un cono de sombra.

Como se ve, la "*devotio moderna*" implicó una categórica reacción contra el espíritu del humanismo mundanizante. Sin embargo, y a pesar de sus méritos y del bien que la *Imitación de Cristo* ha producido y sigue produciendo en tantas almas, nos parece que la reacción en que Tomás de Kem-

pis se engloba no fue la mejor. No sólo por su desconfianza de la escolástica y de la mística especulativa, sino por su rechazo de todo lo que es humanismo, o posible reconciliación del pensamiento antiguo con Cristo. La tarea de asumir dicha cultura era por ellos tildada como pura vanidad, preocupaciones inútiles, diversiones culpables. Justamente uno de los impedimentos mayores que encontró la *devotio moderna* para influir socialmente en el pueblo cristiano y en la reforma de la Iglesia fue su antihumanismo, su menosprecio de los valores naturales, su inadaptación a las instancias rescatables de los tiempos nuevos.

Siempre en el ámbito de los Países Bajos, nombremos otra figura de particular relevancia. Nos referimos a un desertor de la "*devotio* moderna", que si bien se ubicaría en las antípodas de dicha corriente, con todo conservó siempre algo de su espíritu. Nos referimos a *Desiderio Erasmo*. Nació en Rotterdam en 1469. Como era huérfano, fue colocado por sus tutores en un colegio que los Hermanos de la Vida Común tenían en Hertogenbosch. Más adelante diría que esos años fueron para él tiempo perdido, considerando la escasa o mala formación humanística que allí le habían impartido. Luego de salir de dicha institución, entró a los 18 años en una casa de los Canónigos Regulares de San Agustín. No fue, por cierto, un religioso entregado con fervor a su vocación, ya que su apego a las letras humanas le absorbía totalmente. Sin embargo siguió sus estudios hasta ordenarse de sacerdote, tras lo cual dejó el convento y comenzó a proponer una visión de la Iglesia muy distinta de la que proponían los Hermanos de la Vida Común. Pronto resolvió dedicarse a la teología, pero concentrándose sobre todo en la Escritura y los Santos Padres.

La obra de Erasmo fue más crítica que constructiva. La reforma de la vida cristiana que él preconizaba consistía en purificar el cristianismo de todo lo accesorio que con el pasar del tiempo se le había ido agregando, juntamente con practicar una piedad no formalista, sin tantas ceremonias, dejando de confiar en las obras exteriores, lo que era a su juicio puro fariseísmo. Los propagadores de esa piedad falsa e ignorante no eran para él sino los frailes, a quienes aborrecía entrañablemente. No hay otra vida religiosa que la que se profesa por el bautismo, decía. Su concepto del cristianismo resultaba escuálido, frío, poco dogmático y nada místico. Particular inquina mostraba por la teología escolástica. Sus doctores, decía, ignoran el hebreo y el griego, incapacitándose así para leer las fuentes en el original; mezclan el aristotelismo y la dialéctica con los dogmas revelados, llenando la teología de cuestiones inútiles y ridículas, y descalificando a los adversarios con el mote de herejes; en última instancia, lo que hacen es corromper la "filosofía de Cristo", que se debe extraer directamente de los evangelios y las epístolas, como lo hicieron los Santos Padres, sin glosas escolásticas.

¿Fue, en verdad un reformador? Él nunca pretendió llevar a cabo una reforma ni en sí mismo, ni entre sus amigos, ni en el clero, ni en el pueblo. Fue más bien un vigía y un espectador, observando

a la gente desde su atalaya. "Era un moderado –escribe el P. García Villoslada–, sin otros extremismos que el amor a la paz y a la tranquilidad; lejos de ser un dogmatizador o un fanático de convicciones firmes, su pensamiento más bien propendía a la duda y al escepticismo." Con tales cualidades, difícilmente se puede reformar nada. Por lo demás, su mismo programa era muy imperfecto, porque se quedaba sobre todo en la parte negativa, en lo que había que eliminar, los vicios, los abusos, mientras que en la parte positiva dejaba mucho que desear. Se ha dicho que fue un precursor de su amigo Lutero. *"Erasmus posuit ova, Lutherus exclusit pullos"*, Erasmo puso los huevos, Lutero extrajo los pollos. Sin embargo luego se malquistó con él. Siempre quiso estar en una suerte de línea media, sin jugarse demasiado. Bien ha escrito Rubén Calderón Bouchet: "Desde que la tolerancia ocupó el lugar de las cuatro virtudes cardinales, Erasmo se convirtió en una especie de santón laico, para uso exclusivo de los grandes equidistantes [...] Erasmo amaba la paz pero no logró pacificar nada. Todo lo contrario: se las ingenió para que los bandos en pugna se volvieran contra él y no lo hallaron maravillosamente ecuánime sino repugnantemente neutro." San Ignacio siempre experimentó particular alergia frente a este personaje.

b. La pre-reforma en España

Veamos ahora lo que aconteció en España. Durante el Renacimiento, la situación era allí muy es-

pecial, ya que aún no habían salido de la cosmovisión medieval, tardando así más de un siglo en asociarse a la gran restauración de las antiguas letras. Este "retardo" fue una de las causas, quizás la principal, de las diferencias que la separaron de los otros pueblos de la Cristiandad. Claro está que ello no significó en modo alguno que estuviese "rezagada", en el sentido peyorativo de la palabra. Más bien fue lo que posibilitó que llegasen intactos al Siglo de Oro español los ricos contenidos de la Edad Media, ya desaparecidos en casi todos los otros pueblos.

Fue menester que Alfonso V de Aragón se apoderase de Nápoles para que, una vez más en la historia, la ciudad vencida subyugase al vencedor con los esplendores de su erudición. Comenzó entonces a bosquejarse en España el primer Renacimiento. Sin embargo, había de subir al trono la reina Isabel la Católica para que, gracias a su mecenazgo, y más tarde al intercambio cultural de los literatos de la Península con los humanistas de Italia, se desarrollase del todo el movimiento grecolatino en suelo español. Desde la corte de Isabel se fue propagando un brillante movimiento renacentista que logró introducir en las escuelas de España la cultura clásica que se había recogido en Italia. A ello contribuyeron muchos estudiosos, el primero de los cuales fue, al decir de Menéndez y Pelayo, "el extirpador de la barbarie, el que mezcló (como cantaba el helenista Arias Barbosa) las sagradas aguas del Permeso con las del Tormes, el Maestro *Antonio de Nebrija*". Era el Permeso un río de Beocia que manaba del monte Helicón y estaba consa-

grado a las musas. Juntamente con Nebrija, recordemos al filósofo valenciano *Luis Vives*, así como a las universidades de Salamanca y de Alcalá, y en torno a ellas los Colegios menores, donde se estudiaban diversas lenguas, la latina, la griega y la hebrea, así como también humanidades y retórica. Los escolares se ejercitaban en aquellos "colegios", luego de haber asistido a las clases en las facultades de la Universidad.

El Renacimiento español fue eminentemente católico, sin interferencias paganas o mundanas. Quizás ello se debió en buena parte al gran esfuerzo de Fernando e Isabel en pro de esta causa. A dicho buen influjo, entre otras cosas, se debió que el papa Alejandro VI les otorgase el merecido apelativo de "Reyes Católicos", porque supieron armonizar perfectamente los intereses nacionales y patrióticos con los de la Iglesia. Un cronista de aquella época escribe: "En su hacienda pusieron gran cuidado, como en la elección de personas para cargos principales de gobierno, justicia, guerra y hacienda; y si alguna elección se erraba, que sucedía pocas veces, al punto la enmendaban, no dejando crecer el daño; para estar prevenidos en las elecciones, tenían un libro, y en él memoria de los hombres de más habilidad y méritos para cargos que vacaren, y lo mismo para provisión de los obispados y dignidades eclesiásticas." El capellán de la corte le dedicó a Isabel un opúsculo en estos términos: "A vos, por quien nuestros reinos han sido restaurados y reformados en todos los estados a la integridad de la fe y de la religión y santas costumbres. Por quien España ha recobrado la corona, fama y gloria entre todas las naciones. A vos, dotada de excelso genio, enseñada y guarnecida de profundo saber; pura en fe, entera en castidad, llena de real clemencia, humildad y gracia, gloria de nuestros siglos, reina de las reinas que vimos y leímos [...]" Tal era la idea común que los españoles tenían de Isabel. Y eso que ella, tan delicada en la intimidad, en el gobierno se mostraba sumamente enérgica, y cuando se trataba de ejercer la justicia, su severidad se revelaba implacable. "*¡Brava hembra! Bragas ha, que non faldetas*", era un dicho que corría por Castilla.

Su religiosidad era tan auténtica como profunda. Rezaba cada día el oficio entero. Su fe estaba sólidamente arraigada, ya que la alimentaba con la frecuente lectura de la Biblia, de algunos tratados de San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Gregorio, vidas de santos, la *Suma contra gentiles* de Santo Tomás, y algún libro de mística. Digno de tal mujer fue su esposo don Fernando, con debilidades morales de que aquélla careció, pero de fe no menos honda. Por obra de estos dos reyes, España pasó a ocupar un lugar protagónico en la historia de la Cristiandad.

Pronto entendieron la necesidad perentoria de procurar la reforma de la Iglesia en España, levantando el nivel del clero, cuya situación moral era lamentable, aunque quizás no en tal alto grado como en Italia. Lo hicieron, según corresponde, recurriendo al consejo de algunos eclesiásticos inteligentes y virtuosos, y con la anuencia del Papa. Si éste, que era, recordémoslo, Alejandro VI, se mos-

traba renuente a extirpar ciertos inveterados abusos, los Reyes insistían una y otra vez hasta lograr su propósito. "Entendemos de reformar el estado seglar en cuanto pudiéremos, reduciéndolo a la buena e antigua gobernación, que así mesmo se provea cómo el estado eclesiástico se reforme." Así hablaban los Reyes a los obispos congregados en Sevilla. Lo más perentorio era la reforma de los obispos, tratando de que para en adelante se eligiesen los más aptos. A este respecto escribe Hernando del Pulgar, secretario y cronista de los Reyes: "En el proveer de las iglesias que vacaron en su tiempo, hubo [Isabel] respeto tan recto, que, pospuesta toda afición, siempre suplicó al Papa por hombres generosos e grandes letrados e de vida honesta; lo cual no se lee que con tanta diligencia hubiese guardado ningún rey de los pasados."

Los Reyes querían evitar que sucediese en España lo que pasaba en Italia, y por eso en sus súplicas al Papa le señalaban los graves inconvenientes que se seguían de los arbitrarios nombramientos hechos por Roma, por ejemplo de obispos sin celo apostólico, que a veces eran extranjeros, sin interés alguno por las cosas de España, y que por ende fácilmente se ausentaban de sus diócesis, si es que alguna vez la habían llegado a conocer. Pedían asimismo que poseyesen competente formación teológica, moral y canónica, y que de ser posible hubiesen estudiado en alguna Universidad. El Papa secundó tales propósitos. Así surgió en España una legión de obispos tan doctos como celosos, inmediatos precursores de los que aparecerían luego del Concilio de Trento, mereciendo este gran elogio

de San Carlos Borromeo: "El clero de España es el nervio de la Cristiandad." Un gran triunfo de los Reyes fue la bula *Orthodoxae fidei*, de 1486, por la que el Papa, a la sazón ya no Alejandro sino Inocencio VIII, les concedía el "derecho de patronato y de presentación" para todas las iglesias catedrales y monasterios del reino de Granada cuya renta pasase de los doscientos florines.

Junto a los Reyes Católicos encontramos una figura por ellos convocada. Nos referimos a *Francisco Jiménez de Cisneros*. Así lo describe el P. García Villoslada: "Recia personalidad de imponente grandeza, hombre polifacético, que era la admiración de todos por sus virtudes de santo, que reformaba los conventos y promovía climas de espiritualidad como el mejor de los reformadores, gobernaba su arquidiócesis como para servir de modelo a todos los prelados, discutía con los eruditos sobre cuestiones bíblicas y filológicas como un sabio del Renacimiento, regía a toda la nación como el mejor de sus reyes, creaba universidades y dirigía campañas militares, no mirando más que al bien de España y de la Iglesia."

Nació Cisneros en 1436. Luego de hacer sus estudios en la universidad de Salamanca, decidió ser sacerdote. Justamente poco tiempo atrás, los Reyes acababan de hacer construir en la ciudad de Toledo, como expresión de agradecimiento a Dios por el éxito obtenido en la batalla de Toro sobre los partidarios de Juana la Beltraneja, el espléndido monasterio de San Juan de los Reyes, y lo encomendaron a los franciscanos observantes.

Cisneros, resuelto a entrar en dicha Orden, ingresó allí para hacer el noviciado, cambiando su nombre de Gonzalo por el de Francisco, en homenaje al Santo Fundador. Tras terminar sus estudios, fue ordenado sacerdote. La época era gloriosa para España. En 1492, el año mismo del descubrimiento de América, Granada había sido conquistada por los Reyes, quienes hicieron nombrar como arzobispo de esa ciudad a fray Hernando de Talavera, el confesor de la Reina. Para sucederlo en el oficio de orientar su conciencia, Isabel llamó a Cisneros, que se encontraba en Valladolid. Él respondió que sí pero con una condición, y era que no lo obligasen a residir en la corte sino en el convento más próximo a ella. Al mismo tiempo los frailes lo hicieron provincial de Castilla, lo que aceptó de buena gana por parecerle una ocasión propicia para introducir la Observancia en todos los conventos franciscanos. "Aunque la religión de mi padre San Francisco está reformada –le dijo a Isabel–, es la que tiene más necesidad de reformación", ya que si bien eran numerosos los franciscanos en España, muy pocos se contaban entre los observantes, los cuales, para colmo, vivían perseguidos por los conventuales o claustrales. Hacía tiempo que los Reyes se habían propuesto emprender en serio la reforma de la vida religiosa en toda España, lo que el papa Alejandro les había concedido, autorizándoles a escoger una persona idónea que visitase y reformase los conventos y monasterios de monjas de cualquier Orden religiosa. Luego, en bula posterior, extendió dicha jurisdicción a todas las Órdenes. Los Reyes pusieron sus ojos en Cisneros. Con plenos

poderes del Papa y de los Reyes, el insigne franciscano se lanzó a su ímproba labor.

Con toda humildad fue recorriendo, montado en un burrito, buena parte de España. El método que seguía no era, sin embargo, de blandura y persuasión. Entraba en los conventos munido de la autoridad papal y real; reunía a los frailes y les daba una plática sobre la necesidad de observar sus reglas y costumbres primitivas; mandaba le presentasen los privilegios y dispensas "y los quemaba como Alcorán de vida ancha", en frase de un contemporáneo; les imponía luego mayor austeridad, en bienes y en posesiones... En algunas partes fue bien recibido; en otras, le resistieron, hasta de manera violenta. A veces alegaban que su género de vida había sido aprobado por documentos pontificios. Los de Talavera tuvieron que ser expulsados por la fuerza; los de Toledo salieron de la ciudad en procesión; los de Salamanca armaron por las calles un escándalo. Alejandro VI respaldó siempre a Cisneros.

Pronto el Rey lo hizo nombrar arzobispo de Toledo. Uno de los primeros puntos de su programa reformista fue la dignificación del culto divino, en orden a lo cual dispuso la restauración de la liturgia mozárabe o visigótica, ya casi extinguida. Erigió asimismo iglesias, monasterios y hospitales. Para la reforma del clero convocó varios sínodos locales o regionales. Pero su proyecto más trascendente, sobre todo en relación con el tema que nos ocupa, es decir, el humanismo cristiano, el renacimiento católico, fue la fundación de la *universidad de Alcalá*. También este designio lo concibió dentro de

su programa de reforma del clero ya que, a su juicio, la universidad había de ser un plantel de pastores de almas y de teólogos. Pero el propósito iba más allá de la formación de buenos sacerdotes. Buscaba también implantar en España los estudios humanísticos. De hecho esa Universidad llegaría a ser el más rico florón del humanismo español. Eligió para sede de la misma la ciudad de Alcalá de Henares, que estaba bastante cerca de Toledo, quizás en orden a tenerla a su alcance y poder intervenir en su marcha con plena libertad. Cuidó también el entorno de la fundación, para lo cual se preocupó no sólo por dar salubridad a la villa, desecando los terrenos pantanosos que la circundaban, sino también de subvenir a las necesidades principales de la población estudiantil, procurando que se introdujera la imprenta y comenzase la edición de libros. El edificio inicial fue modesto. Sólo posteriormente se haría el grandioso monumento que hoy conocemos, en bello estilo renacentista español, con ornamentación plateresca. El mismo Cisneros redactó las constituciones, inspirándose en las de la universidad de París. Maestros españoles formados en aquella ciudad ocuparon las principales cátedras. Se entendía que la teología era la reina de las ciencias, a la cual debían supeditarse todas las demás como servidoras suyas. A lo que se negó fue a adoptar la teología de una escuela concreta, por lo que dispuso que en Alcalá se enseñase "según las tres veredas", la tomista, la escotista y la nominalista. Nos extraña que aceptase sobre todo la nominalista. Quizás a ello lo movió el que Ockham, su iniciador, hubiese sido franciscano como él.

El calendario de la Universidad disponía celebrar con especial solemnidad las fiestas de los cuatro Santos Padres latinos: Ambrosio, Jerónimo, Agustín y Gregorio, en lo cual se ha querido ver un deseo de entroncar la teología con los doctores positivos más que con los escolásticos. Centro de la Universidad fue el "Colegio Mayor de San Ildefonso", con becas para 33 estudiantes, donde cada año se elegía el rector de la Universidad. Formando corona a dicho Colegio Mayor se establecieron varios más: el de los teólogos, el de los religiosos, el de los filósofos, el de los lógicos, el de los gramáticos griegos y el de los enfermos.

Uno de los frutos de la naciente Universidad fue la edición de la *Biblia Sacra Polyglotta*, llamada "complutense" porque se imprimió en Alcalá (*Complutum* era el antiguo nombre de Alcalá). Esta obra, monumento de la ciencia española puesta al servicio de la fe, es realmente representativa de lo que fue el Renacimiento español, ya que en ella se buscó armonizar lo antiguo con lo moderno, la crítica filológica con la teología tradicional, la lingüística con la ciencia bíblica. Cisneros fue quien la ideó y el que reunió los sabios que la pudiesen realizar, un selecto grupo de humanistas, filólogos y escrituristas, proveyéndoles del instrumental científico necesario, como eran los más antiguos códices de la Biblia, y, naturalmente, de los convenientes subsidios económicos. Cuando Cisneros vio la labor muy adelantada, hizo venir de Logroño al mejor tipógrafo de España, teniéndose que fundir caracteres de los alfabetos griego y hebreo. Al tomar en sus manos el primer libro impreso, el carde-

nal, ya anciano, levantó los ojos al cielo: "Gracias os doy, Señor, porque habéis querido que vea yo felizmente terminada esta obra, en la que he puesto todo mi cuidado y solicitud." Y, volviéndose a los que lo rodeaban, dijo: "Muchas cosas he hecho hasta ahora en beneficio de la república difíciles y costosas, pero ninguna, amigos míos, como ésta, por lo cual me debéis felicitar muy de veras, pues desde hoy quedan patentes a todos los manantiales de nuestra religión, en los cuales se podrá beber mucho más pura la ciencia teológica." Destaca García Villoslada una coincidencia histórica: sólo cuatro meses después, Lutero lanzaría su grito de rebeldía. Más a tiempo no podía ofrecer Cisneros a los teólogos católicos las armas esenciales para defender la fe y combatir la herejía. Estaba logrando lo que se había propuesto desde el comienzo, cuando en el acto de inauguración de la Universidad le había dicho a Carlos V: "Señor, mientras vos ganáis reinos, yo trabajo para formar hombres, que honren a España y sirvan a la Iglesia."

La reforma del clero, si había de ser completa, tenía que incluir también la revisión de los estudios teológicos. En otros países, como por ejemplo Italia, el Renacimiento no supo empalmar con la ciencia medieval de los escolásticos, por lo que se produjo una ruptura entre literatos y teólogos, para grave daño de unos y de otros. Sólo en España se acertó a hermanar la formación clásica con la teológica, la teología bíblica y positiva con la especulativa, para provecho de ambas, y así, en vez de un rompimiento con la tradición escolástica, se produjo un espléndido florecer de la ciencia sagrada, pletórica

de nueva savia y llena de galanura, tan al gusto de los humanistas. Señala el mismo historiador recién citado, que también en otras naciones, después de Trento, se cultivó dignamente la teología, pero lo hicieron a imitación de España, y casi siempre por medio de profesores españoles. La *universidad de Salamanca*, agrega, antes que la de Alcalá, fue la que introdujo la nueva metodología. A diferencia de la de Alcalá, salida de la nada, la de Salamanca representaba la tradición y la madurez, que se renovaba lentamente, conservando lo sustancial del Medioevo. La joven Alcalá influyó en un principio sobre la vieja Salamanca, estimulándola; pero, a fin de cuentas, fue Salamanca la que dio con la fórmula definitiva. El inventor de esa fórmula se llamó *Francisco de Vitoria*, el cual, llegado a Salamanca el año 1526, emprendió una esperada reforma de la teología, que García Villoslada resume en los siguientes puntos:

a) Eliminación de cuestiones minúsculas y sutilezas bizantinas, en favor de los problemas trascendentales y las cuestiones candentes, aplicando los principios permanentes del dogma y la moral a los asuntos de actualidad. Así, el mismo Vitoria trató, en sus famosas *Relectiones*, del derecho de España a la conquista de América y las condiciones de la guerra justa, mereciendo el título de "fundador del derecho internacional".

b) Exposición sencilla, de sobria elegancia, con claridad y método, en lugar del enmarañado estilo y barbarismos gramaticales y lingüísticos de los escolásticos anteriores. No es el estilo de Vitoria, por

cierto, un modelo de belleza clásica, pero, dentro de su sobriedad correcta, configura una evidente reacción.

c) Instauración de la *Suma Teológica* de Santo Tomás, como libro de texto, en lugar de los *Libros de las Sentencias* de Pedro Lombardo, por sus ventajas metodológicas y doctrinales.

d) Renuncia a los compendios, florilegios y libros de segunda mano, para acudir a las fuentes: Sagrada Escritura, Santos Padres, Concilios, documentos eclesiásticos, etc., lo cual implica el estudio de la historia, la patrología, la lingüística, la exégesis científica.

Tal fue la reforma teológica española, cuyos primeros frutos se manifestaron en el Concilio de Trento. Lástima que el propio Vitoria, próximo ya a la muerte, no pudiese aceptar la invitación que le hicieron el emperador Carlos y el príncipe don Felipe de asistir al Concilio. Felizmente el designado en su lugar fue fray Domingo de Soto, su colega en Salamanca, quien gracias a su participación en la reforma vitoriana, pudo hacer en Trento la apología y defensa de la auténtica teología escolástica frente a muchos Padres conciliares, juristas o humanistas, que no conocían otra escolástica que la decadente de los viejos tiempos.

4. *La Compañía de Jesús y el* "Ratio Studiorum"

Consideremos ahora el aporte de la naciente Compañía de Jesús para enfrentar, superándola, la crisis del Renacimiento de tipo paganizante. Que la juventud asuma el humanismo y cultive el estilo, decían aquellos primeros jesuitas, pero que no se nos paganicen las costumbres ni se enfríe la fe. Resulta conmovedor observar la atención con que San Ignacio, ocupado como estaba en asuntos de tanta trascendencia, ponía sus ojos en la enseñanza de los jóvenes desde su atalaya de Roma, y daba instrucciones sobre los textos clásicos que debían emplearse en los colegios. A uno de los suyos, el P. Frusio, le encargó que trabajase sin descanso en seleccionar para los alumnos un conjunto de libros de los clásicos, previamente expurgados de errores y obscenidades. Se lo encargó con tanto interés que, estando aquel profesor en Venecia, le pidió que le escribiera cada ocho días, contándole cómo iba cumpliendo el encargo. Otra muestra de su interés por este aspecto de la formación de los jóvenes la encontramos en una carta que el Santo dirigió al prior de la Trinidad en Venecia. "Es el caso que, viendo yo a la juventud de suyo tan aparejada a recibir y conservar las primeras impresiones que en ella se hacen, ahora sean buenas, ahora malas, y de cuánto momento sean para todo el resto de su vida los primeros conceptos y los ejemplos y documentos buenos y malos que se les den; y considerando por otra parte cómo los libros, máxime de letras humanas, que suelen comúnmente leerse a los jóvenes, como Terencio y otros, tienen, entre

muchas cosas útiles para la doctrina y no inútiles, antes provechosas para el arreglo de la vida, otras muy profanas y deshonestas que sólo con entenderse dañan, supuesto según dice la Escritura: *Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua* (Gen 8, 21), parecíame siempre y ahora también me parece, bien considerado todo lo dicho, que sería muy conveniente que de estos libros de humanidad se quitasen las cosas deshonestas y nocivas, poniendo en lugar de ellas cosas de más edificación, o bien sin nada añadir, quedasen las buenas solas, cercenadas las contrarias." Al fin Ignacio se convenció de que Terencio, comediógrafo romano del siglo II antes de Cristo, muy conocido en la Edad Media y el Renacimiento, resultaba inexpurgable y lo excluyó de las aulas.

Véase también este fragmento de una carta de Polanco, secretario de San Ignacio: "En Terencio creyó [Ignacio] dificilísimo encontrar modo de quitar lo menos honesto, ya que parecía estar embebido necesariamente en el argumento. El P. Frusio pensó en que se dijese del amor honesto y conyugal todo lo que del lascivo se decía. Pero a nuestro padre no le agradó esta manera de expurgar las obras, pues decía que los ánimos juveniles tanto se suelen mover con el amor conyugal como con el deshonesto, y ambos proponen ante los ojos de su alma imágenes torpes. Y por esta causa mandó finalmente que no se explicase a Terencio y lo desterró de nuestras escuelas."

Hemos señalado el fervor con que el Renacimiento redescubrió el mundo y los textos de los clásicos. Entonces fue cuando aparecieron los primeros Colegios de Humanidades, donde se cursaban las letras clásicas. La estima de que universalmente gozaban las lenguas y la literatura antigua en la Europa del siglo XVI favoreció este proyecto de los Colegios, cuyas aulas rebosaban de estudiantes, ansiosos de adquirir allí aquella cultura clásica, y sobre todo aquel dominio de la lengua latina que era por aquel entonces el vehículo de toda cultura superior y un signo imprescindible de erudición.

Desde el comienzo de su labor apostólica, la Compañía insistirá mucho en los estudios humanísticos. No fueron en realidad los jesuitas, como algunos lo han sostenido, los inventores del llamado "método humanístico". Cuando la Compañía comenzó a abrir sus primeros institutos de enseñanza, a mediados del siglo XVI, existía ya una tradición pedagógica de esta índole en las Universidades europeas, entre las cuales descollaba la de París por lo acertado de sus planes. Fue providencial en su formación que pasase San Ignacio por tres Universidades tan célebres como las de Alcalá, Salamanca y París. De ese modo conoció por experiencia la bondad de aquellos métodos. Sobre todo le resultó aleccionador lo que aprendió en París, que luego tomaría de modelo para lo que dispuso sobre los Colegios. El P. Jerónimo Nadal, rector del primer colegio que abrió la Compañía, en Mesina de Sicilia, hizo lo suyo, y en compañía del P. Polanco trabajaron junto a San Ignacio para organizar todo lo relativo a los estudios, confiriéndoles ya una gran importancia a las Humanidades clásicas. Tras muchos intercambios de tentativas que se realizaron

durante casi medio siglo en los 293 colegios que había erigido la Orden, se fue gestando la llamada *Ratio studiorum*, que apareció en 1599. Allí se engloba lo mejor del Humanismo renacentista, despojado ya de cuanto en sus comienzos pudo tener de extremoso.

La *Ratio*, como documento elaborado luego de asidua experiencia, se distingue por su índole eminentemente práctica y por aquella serenidad y madurez que imprimía en todas sus obras el espíritu ignaciano, tanto en lo que se refiere al adelantamiento espiritual del individuo, como a su progreso intelectual. El P. Arturo M. Cayuela, en su esclarecedor libro sobre las humanidades clásicas, dice que se prestaría a un estudio muy interesante el cotejo de la *Ratio* con el libro de los *Ejercicios espirituales*. En ambos emprendimientos, escribe, "se observa una fijeza de fin enteramente determinado, tras el cual se va en toda la obra y en cada una de sus etapas: una elección atinadísima de medios los más eficaces para conseguir el fin prefijado; un plan muy gradualmente progresivo; una fuerte concentración y convergencia de procedimientos; reducido número de verdades y de cosas, pero todas muy fecundas y metidas con repeticiones hasta el fondo del alma; y un continuo empeño en excitar la actividad personal y en sacar todo el partido posible del fondo de energías anímicas, con dirección que ayude y no estorbe la iniciativa individual, sino antes bien la desenvuelva".

En la estructuración de la *Ratio*, las Letras humanas preceden a la Filosofía, y ésta a la Teología,

ascendiéndose así de lo sensible-racional a lo filosófico-especulativo, y de allí al nivel de lo sobrenatural. Paralelamente, se comienza por el ejercicio de aquellas facultades que en el niño son las primeras en desarrollarse, como la memoria, la imaginación y la sensibilidad, aunque valiéndose de todas ellas para favorecer el desenvolvimiento de la inteligencia; se atiende luego a acrecentar lo más posible el vigor intelectual por medio del razonamiento, que recae ya sobre ideas abstractas; y, como coronamiento de todo, la razón se ve iluminada con la luz que viene de lo alto y la eleva a la contemplación del orden sobrenatural. Dentro de este programa tan lógico se dispone que los alumnos se dediquen primero a los estudios literarios durante cinco años, de los cuales los tres primeros se empleen en dominar el instrumento de las lenguas clásicas, el cuarto se destine especialmente a plasmar el estilo, y el quinto se consagre a la Retórica y Poética. Todo esto constituye lo que podríamos llamar "la forma", el aprender a escribir y el aprender a expresarse convenientemente. Es como el envase. Luego viene "el fondo", es decir, el contenido doctrinal: primero la Filosofía, y a continuación, principalmente para quienes aspiren al sacerdocio, y en aquellos siglos también para los laicos, si así lo deseaban, cuatro años de Teología. En total, doce años.

Dentro de cada etapa se busca lograr una sólida vertebración mediante el procedimiento de la "concentración". Nada hay que tanto perturbe al joven como la multiplicidad simultánea de materias inconexas. En Letras, esa materia es el latín; en el segundo período, la Filosofía, y en el tercero, la

Teología escolástica. Lo que se busca es la solidez intelectual, lejos de todo enciclopedismo acumulativo, sobre el telón de fondo de la armonía del saber, una idea bien renacentista, por lo demás. Así lo comenta el P. Cayuela: "¿Se ha reparado en el provecho que representa para un joven el llevarlo desde el primer año hasta el último con un método tal, que mientras le hace subir cada uno de los grados propios de cada curso con ascensión progresivamente continua, le funda los conocimientos sucesivos sobre los anteriores, sin destruir nada, sin obligarle a variar de criterio, antes edificando siempre sobre sólido y bajo la dirección del mismo arquitecto que diseñó todo el trazado del edificio?"

Detengámonos, si bien brevemente, en la parte humanística de este plan, que es lo que tiene más que ver con el tema que nos ocupa. En los cinco años que lo integran se va de lo más sencillo a lo más arduo. En el primero se leen trozos sueltos de Cicerón, máximas y relatos fáciles, fábulas de Fedro. En el segundo, cartas escogidas de Cicerón, *De bello gallico* de César y algunos trozos de Ovidio; de griego, fábulas de Esopo y algunos diálogos de Luciano de Samosata. En el tercer año, las cartas más extensas de Cicerón, así como sus libros *De amicitia* y *De senectute*; también Salustio, Curcio y Tito Livio; de Virgilio, lo mejor de las *Églogas*, el libro cuarto de las *Geórgicas*, y algunos libros de la *Eneida*; de griego, San Juan Crisóstomo, Jenofonte... En el cuarto año, del latín, pasajes largos de los historiadores, César, Salustio; de los poetas, sobre todo Virgilio y Horacio; del griego, San Juan Crisóstomo y San Basilio, Platón, Homero, San

Gregorio de Nazianzo y otros. En el último año, todo lo que se pueda de Cicerón, los mejores poetas, Demóstenes, Platón y Tucídides, Homero, Hesíodo, Píndaro y también San Juan Crisóstomo, San Basilio y San Gregorio. Como se ve, la alternancia de lecturas clásicas y cristianas que el primer humanismo había introducido en las mesas de los príncipes, en busca de aquella misteriosa armonía que los Padres, especialmente griegos, habían buscado entre sí y los antiguos, y de la que se habían embriagado los platónicos del Renacimiento, retorna ahora en los preceptos de la *Ratio*.

Con tales características se presentó en la sociedad de su tiempo el método humanístico, y continuó rigiendo, primero en las Universidades, y luego en los Colegios. Implantado a fines del siglo XVI, reguló la pedagogía en casi todas las naciones de Occidente durante más de tres siglos, sin necesitar reforma, salvo pequeños retoques.

VII. El humanismo cristiano

Hemos llegado al término de nuestra exposición sobre esta época tan tempestuosa de la historia. Un poco más y el paganismo habría invadido el santuario mismo, y la Iglesia, totalmente mundanizada, hubiera perdido su identidad sobrenatural, convirtiéndose en un apéndice de la cultura antigua, y por tanto, volviéndose cautiva del mundo. Pero también hay que decir, como señala Godefroid Kurth, que si la Iglesia, frente a la oleada inte-

lectual de aquella época, se hubiera limitado a protestar y a reaccionar, envolviéndose en la tradición como un soldado vencido en los pliegues de su bandera, habría sido rebasada, perdiendo toda influencia sobre la sociedad. La Iglesia prefirió patrocinar un Renacimiento católico. Aceptar todo lo bueno que había en aquella admiración por la Antigüedad clásica, pero canalizándolo y poniéndolo en confluencia con el cristianismo. Aun teniendo en cuenta todas las deficiencias que en su momento hemos señalado, es lo que trataron de hacer algunos de los Papas, como Pío II, Nicolás V, Julio II y León X, grandes Mecenas rodeados de una gloriosa falange de artistas que pusieron sus talentos al servicio de la gloria de Dios. Algo semejante se diga del cardenal Cisneros. Lo esencial es que al abrirse así a la cultura de los tiempos clásicos, la Iglesia no sacrificó ni una parcela de las verdades superiores, ni un artículo del Credo. Con todo, debemos reconocer que un toque de mundanización afectó a la Iglesia de aquellos tiempos, en su boato, su grandilocuencia, su exaltación del hombre, cuyas consecuencias pueden observarse hasta el día de hoy. Pongamos el ejemplo de Miguel Ángel. Aunque él jamás renegó del catolicismo, ni mucho menos, sin embargo sus obras no pueden ocultar cierto carácter prometeico. Véanse si no la musculatura de su Moisés, o el humanismo algo profano de los personajes de la Sixtina, tan lejos en su estilo de la sacralidad medieval, o del arte icónico oriental, o del primer Renacimiento al modo de fra Angelico. Hay ya en él una cierta desmesura en la admiración del hombre, algo de espíritu fáustico o antropocéntrico, que en épocas posteriores será ampliamente desarrollado hasta llegarse a la adoración del hombre. Claro que ello no se da aún en Miguel Ángel, pero la tendencia es patente, si bien refrenada todavía por su sincero cristianismo. Digamos entonces que la tempestad fue superada en lo esencial, evitándose el naufragio de la Nave. Ello no significa que no haya dejado cicatrices en la virginidad espiritual de la Iglesia.

Tan injusto sería idolatrar al Renacimiento como aborrecerlo. Creemos atinadas estas palabras que pone Castellani en su libro sobre el Apocalipsis:

"El llamado Renacimiento no fue un nuevo nacimiento de la civilización, como se ilusionó el mundo moderno; ni una nueva creación, ni una resurrección de la cultura; eso es un engaño. Los historiadores protestantes y liberales crearon esa burda ilusión, de que el Renacimiento –y la Reforma– marcan el fin de las Épocas Oscuras, y el Alba de los gloriosos y refulgentes tiempos... en que vivimos: más oscuros que nunca. Estamos de vuelta de ese desaforado mito del iluminismo. Por el contrario, y por una reacción contra él, muchos autores actuales pintan el Renacimiento como una caída vertical, un verdadero desastre, causa de todas las ruinas actuales, y vuelven sus ojos nostalgiosos a la Edad Media, como a un parangón de todos los bienes. Las dos teorías son extremosas y simplistas.

"Quien bien lo considere, verá que el llamado Renacimiento fue una especie de equilibrio inestable entre la gran crisis ya mencionada del siglo XIV –con su Muerte Negra, su Cisma de Occidente, su

Guerra de los Cien Años, y su universal desorden político– y la otra gran crisis del XVII producida por el Protestantismo; una especie de gran resuello, una brillante fiesta, en la cual se quemaron, espléndidamente por cierto, las reservas vitales acumuladas durante la Edad Media. Esa es la visión de los mejores historiadores actuales: una breve y alocada primavera después de un largo y duro pero muy saludable invierno. Junto con el reencuentro del arte griego y las obras de los grandes sabios antiguos, la invención de la técnica moderna, y la estructuración estatal de los grandes reinos europeos, el paganismo, mantenido durante la Edad Media en el subsuelo, irrumpe a la superficie de la vida europea, al mismo tiempo que afluyen a ella las riquezas de todo el orbe, y estalla la gran revolución religiosa."

Uno de los frutos positivos de esta experiencia, gloriosa y dolorosa a la vez, fue la decisión que se tomó de instaurar una educación católica superior, donde ninguno de los grandes elementos de la cultura grecolatina quedase al margen de la cosmovisión católica. Así, por obra de la Iglesia, el mundo griego y el mundo latino una vez más se pusieron de rodillas delante de Cristo. Eso es lo que se pretendió con el llamado "humanismo cristiano". Sobre este tema recomendamos el excelente libro del autor que citamos varias veces más arriba, el P. Arturo María Cayuela, y que lleva por título *Humanidades clásicas. Análisis de sus aptitudes para constituir la base de unos estudios esenciales formativos*. Tales humanidades son las que formaron a aquellos de nuestros mayores a quienes hemos

admirado por su educación, su distinción, su visión amplia y universal, nada enciclopedista, la armonía de su inteligencia con su sensibilidad y su voluntad, capaces de practicar la eutrapelia y de hacer grata la existencia a los demás. Todo ello tiene no poco que ver con el contacto que aquellas personas han mantenido con los grandes autores, paganos y cristianos.

Porque dicho contacto, como señala el P. Cayuela, es altamente fecundante. "El orden clásico, lejos de ser rígido y frío, exhibe movimiento y calor por la presencia de una fantasía que anima y colorea los pensamientos y los objetos, y de una sensibilidad que penetra de pasión los razonamientos y de simpatía afectiva todas las cosas. En unos autores esa fantasía revestirá un carácter más risueño e ingenuo, como en Homero y Aristófanes; en otros se presentará más sombríamente sublime como en Esquilo, o más severamente brillante como en Sófocles; y aun en algunos, como Tucídides y Demóstenes, se delatará sólo por la metáfora rápida robada a la vida del momento; pero siempre esas obras hablarán a la vez a la mente y a los ojos; siempre pondrán delante la idea iluminada. Los latinos no recibieron por herencia las mismas dotes de imaginación que los hijos de la raza helena; y por eso no nos han dejado una galería de obras maestras poéticas que sostengan paralelo con las que Grecia nos regaló. El distintivo del romano ha sido siempre la razón práctica, pero, una vez empapado del helenismo, supo también él ser artista y poner a contribución de su arte una fantasía tan equilibrada como la de los griegos. Véase si no a Cicerón."

Convendrá, pues, volver a la educación clásica. Hoy se olvida que buena parte de lo apreciable que nos queda, los derechos del ciudadano, sus deberes, el sentido de lo jurídico, y tantos otros valores, provienen del mundo griego y romano. Como señala Gilbert Highet, en el terreno de la filosofía y de la religión, del lenguaje, de las ciencias y de las bellas artes, en especial la escultura y la arquitectura, podría demostrarse cómo gran parte de las mejores cosas que escribimos, hacemos o pensamos, son prolongación de lo que crearon los griegos y romanos. Y no hay nada de vergonzoso en ello. Por el contrario, lo vergonzoso es desconocerlo y olvidarlo. Será preciso desenterrar las joyas de nuestros abuelos. Sólo así se podrá educar el gusto poético de la juventud, como deben procurarlo todos los jóvenes que quieran embellecer su vida y su alma, elevándose sobre la chatura de la prosa diaria hacia la esfera radiante de una existencia signada por ideales. Quien haya logrado saborear aquella cultura, estará preparado para gustar a Cervantes, Shakespeare, Goethe, Dostoievski, Borges, Marechal, la pintura de los iconos, Velázquez, Zurbarán, fra Angelico, la escuela holandesa, van Gogh, Ballester Peña, la música de Palestrina, Bach, Mozart y Wagner...

"La moderna civilización europea –dijo un estudioso contemporáneo–, desde la Edad Media hacia abajo, es el resultado de dos factores: la religión cristiana para el alma del hombre y las disciplinas griegas para su inteligencia." He ahí los dos ingredientes de una formación integral: la doctrina cristiana, por un parte, y por otra, la formación clásica, guardándose la debida jerarquía y subordinación. Cerremos estas consideraciones con el siguiente testimonio de un antiguo discípulo de un Centro de Humanidades Clásicas, tal como nos lo transcribe el P. Cayuela:

"Me complazco en atestiguar, como en tributo de reconocimiento a los sacerdotes que me educaron de joven y me iniciaron en las letras humanas, que jamás en su escuela y bajo su dirección confundí yo en mi inteligencia y en mi espíritu las realidades cristianas y la sabiduría de las Humanidades. Tenían organizada con tal maestría nuestra educación, que jamás se nos ocurría colocar en el mismo plano el Sinaí y el Calvario de una parte, el Olimpo y el Capitolio de la otra. No eran a nuestros ojos valores del mismo orden, sino de un orden muy diferente. De un lado la certidumbre de la fe, a la vez temerosa con el santo temor de Dios, y asegurada por la santa esperanza, los sacramentos, la vida moral de la conciencia, la responsabilidad del alma libre sujeta a la Ley divina, el amor de Dios y el porvenir eterno; de otro lado, una abierta y hermosa cultura humana, recreo del espíritu y goce de la vida, pero que en realidad no nos aportaba nada definitivo para nuestro destino supremo y no nos garantizaba nada esencial. ¡Los mismos locales en que asistíamos a los ritos de estas dos culturas eran tan diferentes y hablaban a nuestras almas un lenguaje tan distinto! Allí, a un lado, la Capilla, en donde encontrábamos a Dios en el recogimiento de una vida interior, sobrenatural y personalísima; allí, al otro lado de las clases, los salones de estudio, el salón de actos, donde nos divertíamos

con los dioses y con sus literaturas, pero sin pasarnos por la mente creer en ellos, es decir, entregarnos a ellos. Aquellos dioses, al contrario, se convertían allí en servidores nuestros; aquellos autores gentiles que los habían cantado se trocaban allí en artífices de nuestra formación. Semejante régimen de doble plano nos resultaba beneficioso. ¡Con qué fruición me complazco en evocar los recuerdos de aquellos años, ya tan lejanos, de mis Humanidades! No tengo remordimientos de que aquellos estudios me hubiesen hecho el menor mal a mi conciencia. Al contrario, el espectáculo del paganismo, las familiaridades literarias con los dioses de la Mitología, aquél no sé qué de impresión teatral que nos producía aquella literatura, nos aumentaba nuestra estima seria y profunda hacia nuestra religión y hacia sus energías morales, que nos daban tantas fuerzas para obrar el bien y resistir el mal. Es bueno haber conocido religiones y dioses en quienes uno no creía, para mejor conocer y amar al solo Dios que llena los deseos."

Bibliografía consultada

Jean Seznec, *The survival of the pagan gods.* The mythological Tradition and its Place in Renaissance Humanism and Art, Princeton University Press, Princeton 1972.

Nicolás Berdiaeff, *El sentido de la historia*, Studium, Santiago de Chile 1936.

Una nueva Edad Media, Apolo, Barcelona 1951.

Godefroid Kurth, *La Iglesia en las encrucijadas de la historia*, Difusión chilena, Santiago de Chile 1942.

Gerard S. Walsh, S.J., *Humanismo medioeval*, La Espiga de Oro, Buenos Aires 1943.

Jacob Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Losada, 3ª ed., Buenos Aires 1952.

Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, 2 vols., Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires 1955.

Gilbert Highet, *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, 2 vols., Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires 1954.

Augustin Renaudet, *Dante humanista*, Les Belles Lettres, Paris 1952.

Arturo María Cayuela, S.J., *Humanidades clásicas*. Análisis de sus aptitudes para constituir la base de unos estudios esencialmente formativos, Zaragoza 1940.

Leonardo Castellani, *El Apokalypsis de San Juan,* Vórtice, 4ª ed., Buenos Aires 1990.

Ludovico Pastor, *Historia de los Papas*. En la época del Renacimiento, vol. I y II, Gustavo Gili, Barcelona 1910.

Giuseppe Toffanin, *Historia del Humanismo. Desde el siglo XIII hasta nuestros días*, Ed. Nova, Buenos Aires 1953.

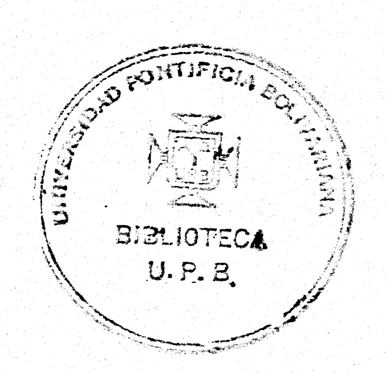
Louis Bouyer, *Autour d'Erasme*, Cerf, Paris 1955.

Hubert Jedin, *Manual de Historia de la Iglesia*, vol. IV, Herder, Barcelona 1986.

R. García Villoslada-B. Llorca, *Historia de la Iglesia Católica*, vol. III, BAC, Madrid 1967.

Johan Huizinga, *Erasmo*, Emecé, Buenos Aires 1956.

AA.VV., "Siete opiniones sobre la significación del humanismo en el mundo contemporáneo", *Rev. Univ. de Buenos Aires* (1961), núm. 3.



Impreso en Alba Impresores
Amancio Alcorta 3910, Buenos Aires
República Argentina

Noviembre de 2004